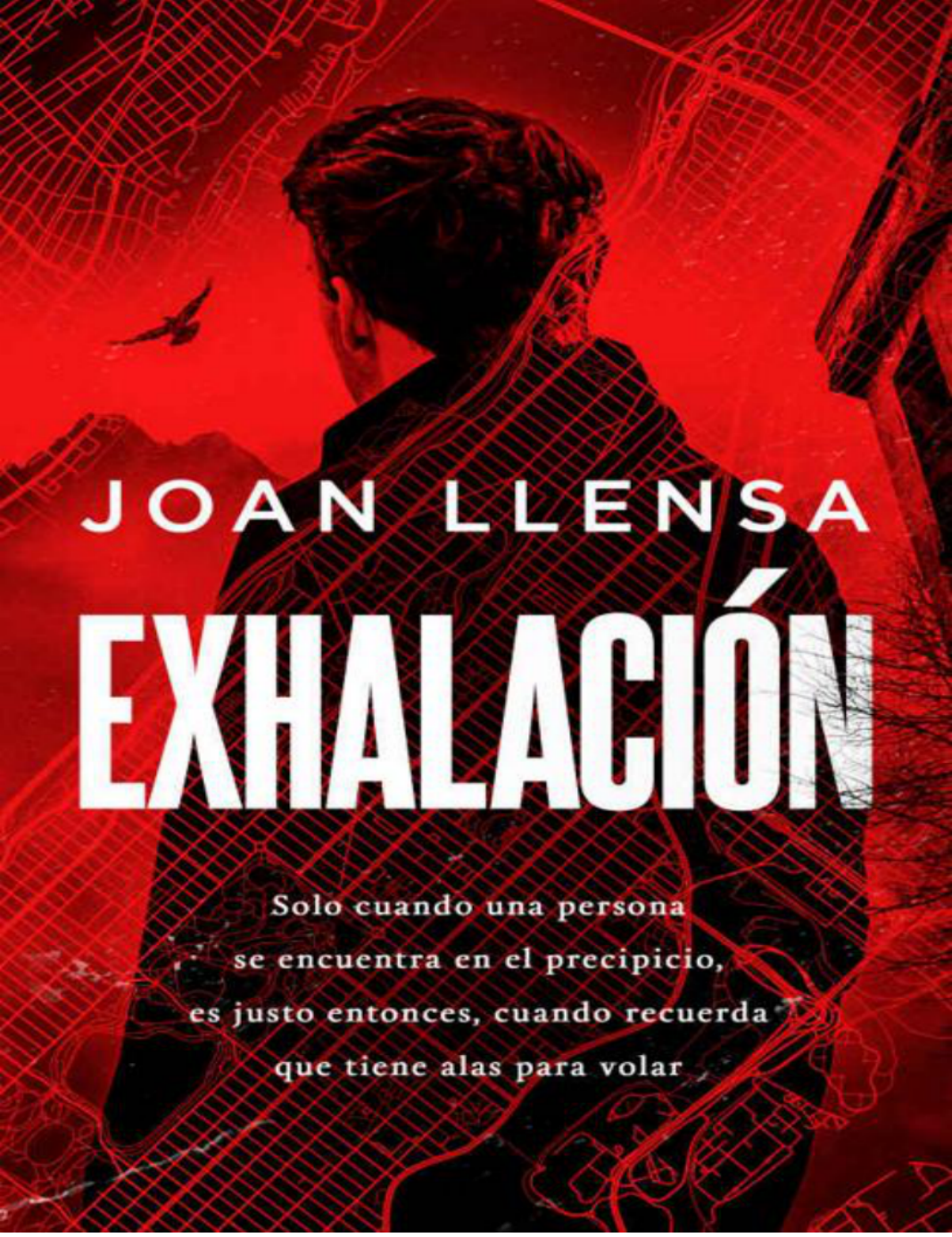
JOAN LLENSA
EXHALACIÓN
Solo cuando una persona
se encuentra en el precipicio,
es justo entonces, cuando recuerda
que tiene alas para volar

EXHALACIÓN

de

JOAN LLENSA

Título: Exhalación

Primera edición digital: mayo de 2023

© Joan Llensa, 2021

Del diseño de la cubierta: Pedro Tarancón
De la corrección: Llyc Correcciones

ISBN: 9798386566180
Depósito legal: GI. 7-2019
Sello: Independently published
Impreso en España

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor o autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

JOAN LLENSA

EXHALACIÓN

נְשִׁיפָה

Esta obra es de ficción. Nombres, personajes, lugares y circunstancias, aunque no sean por completo fruto de la imaginación, se utilizan con fines narrativos. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, con acontecimientos o espacios reales debe ser considerado pura coincidencia.

A ti lectora, lector.
¡Por seguir superándote!

Los retos son regalos que nos obligan a
buscar un nuevo centro de gravedad.
Simplemente encuentra una nueva forma
de mantenerte en pie.
OPRAH WINFREY

Las personas tranquilas y silenciosas
son las que tienen las mentes
más fuertes y ruidosas.
STEPHEN HAWKING

Hace tres meses

Tokio

El hombre corre por la acera como alma que lleva el diablo. Tropieza con una pareja y le gritan improperios. Se tambalea. Pierde el equilibrio. Cae al suelo mojado y el maletín se le abre, desparramándose el contenido.

Papeles. Informes. Archivos.

Él ni se inmuta ante las voces de los transeúntes. ¿Qué más da? En realidad, un único pensamiento persiste en su cabeza; llegar a casa. Bueno, quizá dos; ponerse a salvo.

Se pone de rodillas y se apresura en recoger las hojas que puede. Se le arrugan. Están sucias, empapadas por la lluvia que ha caído hace un rato.

«No importa», se dice.

«No importa», repite.

Cierra el maletín, se levanta del suelo y alguien lo agarra del brazo.

—Está usted loco —dice el hombre—. Mire por dónde va.

Lo mira con ojos inyectados, cansados, muy enfadados. Por un instante cree que el brazo que sacude en lo alto le descargará en forma de un puñetazo en la cara.

—Sí —es su única respuesta.

—¿Sí, qué? —Las mejillas se le ponen rojas—. ¡Maldito loco!

Se suelta como puede de las pinzas del hombre y arranca a correr dejándolo atrás con la ira hinchándole las venas.

—¡Corre, maldito! Y no vuelvas o te mato.

Una risita se le escapa, atragantándole. Tose un par de veces. «Te mato», piensa. Se le antoja un buen chiste.

Toma el cruce a la izquierda. Atraviesa el centro comercial que ocupa toda la manzana. Su apartamento es el siguiente.

«Un poco más y estás en casa».

«Un poco más y quizá vivamos».

Saca el teléfono de su bolsillo, se lo acerca a la oreja y dice:

—Siri, llama a «mi amor».

Su amor. La mujer que tanto ama y desea. Más con el paso de los meses. Más con cada año juntos.

«Llamando a "mi amor"», le dice la voz inhumana.

Primer tono.

Sigue corriendo.

Segundo tono.

Boquea fatigoso por la falta de oxígeno.

Tercer tono.

¿Y si no están en casa? No. No se puede permitir pensamientos negativos.

Cuarto tono.

El buzón de voz va a conectarse. Eso sí será un desastre. No hay tiempo que perder…

El clic al otro lado de la línea suena como un martillo percutor en su oído. Casi puede notar cómo su corazón se ha saltado un latido. Por el susto. Por lo extraño que es todo.

La gente a su alrededor parece moverse a cámara lenta. O quizá sea él que se mueve diferente. O lo percibe de otra manera.

—Dee, cariño. —La dulce voz de su esposa suena inquieta, pero él agradece que se lo haya cogido—. ¿Estás bien? ¿Ha ocurrido algo?

Dee tiene mucho por contarle. Piensa en decirle no y sí, por ese orden. No puede. No quiere incomodarla. Ha imaginado mucho este momento. Sin llegar a acercarse a lo difícil que es hablar con ella.

—¿Dee? —pregunta ante su silencio.

—Akane, mi amor —habla entrecortado, ahogado por la carrera. Se detiene y recupera el aliento. Luego dice—: Prepara la bolsa de viaje con lo esencial. En cinco minutos estoy ahí.

—¿Qué ocurre, Dani Dee?

—Te lo cuento cuando tomemos el avión.

—¿El avión? ¿Qué avión?

—¡Akane! —alza demasiado la voz asustando a unas ancianas que ahora lo miran mal y chismorrean—. Escúchame, por favor. Una maleta. Lo esencial. Pasaportes. El teléfono de la caja. La tarjeta de prepago. Cinco minutos. Tú y Eiji preparados. En cuanto llegue debemos salir del país.

El aire es espeso. Plomizo y pesado. Los sonidos de la ciudad se han extinguido.

—¿Entendido?

Sabe la respuesta sin oírla.

Akane afirma cuando Dani aprieta el icono rojo de la pantalla. No necesita la confirmación. Su mujer hará lo que le ha dicho y pronto, junto a su hijo Eiji, saldrán de la ciudad. Cuando aún estén a tiempo.

Dani se asoma al callejón. Ha sacado la tarjera sim del teléfono. Lo arroja al suelo, al lado del contenedor. Alguien lo encontrará y le hará

provecho. Quizá. Rompe la tarjeta por la mitad y la deja caer en el desagüe de la alcantarilla.

Sus latidos se han relajado y la respiración ha vuelto a un estado más seguro. El dolor del pecho… sigue allí.

«Qué más da».

«No puedo detenerme ahora».

«Por Akane. Por Eiji».

Dani toma una bocanada de aire y se vuelve a la carrera. El bloque de apartamentos está allí, a un par de calles.

Cuando Dani llega al portal de su edificio, en otro lugar, no muy lejos de allí, el sonido de una alarma ensordece al personal del laboratorio y una explosión sacude el edificio.

1

Ahora

Algo No Marcha Bien

—¿Qué te preocupa, Félix? —preguntó el doctor D'angelo desde su sillón, detrás de la mesa.

—Verás, Mario, hace unos días que no percibo bien los olores y, a pesar de que sé que no es nada grave, se puede decir que Marta me ha obligado a venir.

—Tú hazle caso a tu mujer, siempre. Aunque con esto no lo tengo tan claro. —Se frotaba la papada justo por debajo de la mascarilla—. La pérdida del sentido del olfato puede estar relacionada con algún problema… psicológico mayor. ¿Algún suceso a tener en cuenta? ¿Alguna caída, golpe o dolor en concreto?

Félix abrió mucho los ojos y negó enérgicamente con la cabeza.

—No. Nada diferente de mi rutina diaria.

—Bien, Félix. Quítate la camisa y siéntate en la camilla.

El doctor Mario D'angelo y Félix Heredia eran amigos desde la infancia. Se volvieron inseparables el mismo día en que empezaron las clases. Compartían muchas tardes de aventuras y, aunque siguieron caminos muy distintos al hacerse mayores, lograron que sus vidas no se alejaran mucho. Un detalle bastante poco común.

Félix era un hombre grande, no gordo, de huesos gruesos y mayor corazón. Su metro ochenta y cinco le da un aspecto de tipo tosco y duro mientras que sus ojos pequeños y azulados en un rostro de mandíbula cuadrada, le tildaban de bonachón.

Durante sus años buenos —de juventud rebelde, libre y alocada—, Félix, el grandote, se ocupó de mantener a raya a los matones del instituto. Cuando Mario llegó a mediados de curso no tardaron en fijar las dianas en él. Venía de una familia italiana que había residido en plena toscana. Algo que ni antes ni, sobre todo, ahora alcanzaba a comprender. ¿Quién en su sano juicio se marcharía por propia voluntad de un lugar así de hermoso? De ahí que no tardaron en correr los rumores sobre la familia D'angelo.

Mafiosos, extorsionistas, prófugos. Las opciones cambiaban y evolucionaron con las semanas. Incluso Félix albergó cierta esperanza de que algún día, ese amigo raquítico, debilucho y de poco hablar, se lo confesara en secreto. Que le premiara por su lealtad con un dinero manchado de extorsión.

Nunca lo hizo.

La realidad, como ocurre la mayoría de las veces, era más sencilla y aburrida que la imaginación de los jóvenes.

Sus padres vivían en la choza antigua de unos terratenientes poderosos de la zona. Ellos se encargaban del bienestar de los cultivos, del jardín y las flores, y, en alguna ocasión, incluso de servir a los amos si la situación lo requería. Un aniversario de los hijos, una merienda de negocios, un acuerdo de compraventa…

Fiora y Joseph, que así se llamaban sus padres, se marcharon un día solo con lo puesto. El sueño de dar a su hijo un futuro mejor no se realizaría en aquellas tierras en las que ya ni siquiera tenían voz ni voto. Vivían bajo la sombra de los deseos de otros. Y su hijo, Mario, con apenas nueve años, ya era el centro de la diana más apetecible.

Nadie sabe ciertamente qué motivo los llevó a Aurora, el pueblo norteño español donde se instalaron, pero el destino unió a aquellos chavales como uña y carne.

Félix, que siempre había soñado con tener un hermanito con el que poder jugar al fútbol en los ratos libres, vio en Mario no solo eso, sino a quien cuidar y proteger.

El doctor D'angelo ausculta a su amigo y paciente. Inspiración profunda. Exhalación lenta.

—Aguanta la respiración.

Le da unos golpecitos en la espalda y sigue con una exploración bucal, de oídos y ganglios. Le ordena que se tumbe y le palpa el abdomen con los dedos índice y corazón en busca de inflamaciones, bultos o despertar algún dolor que le hubiera pasado inadvertido.

—Descríbeme ese cambio en el olfato del que me hablas —animó Mario.

—Son pequeños detalles sin importancia. Por ejemplo, el olor de los geranios o de las rosas no los percibo igual que antes. Tienen un deje… desagradable.

—Entiendo.

—Incluso las tartas de Marta. Siento que lleva otros ingredientes.

—No me hables de tartas que me entra el hambre, Félix. Y Marta tiene un arte fuera de lo común con los postres.

—Creo que por eso me ha hecho venir. Que no oliera bien sus postres la molestó.

Los dos se ríen.

—Seguro que sí tiene algo que ver. Y si no las hueles, entonces será

verdad que existe alguna anomalía.

D'angelo le explora otra vez los ganglios del cuello, luego los de las axilas. Le pellizca un cacho de carne y observa la reacción. Elasticidad correcta y coloración normal. Le da unos golpecitos en el pecho y dice:

—No parece que haya motivo de qué preocuparse.

—Ya te lo he dicho, Mario. Vengo para que Marta se quede tranquila.

—Pero —cortó el doctor— quiero que te vea un especialista.

—¿Por? Si dices que me quede tranquilo…

—Por seguridad, la enfermera te hará un test de antígenos, amigo. Aunque no creo que sea la covid. Prefiero descartar algún tipo de disfunción cerebral o cognitiva.

—Mientras la disfunción no sea de las partes bajas…

Los dos se rieron.

—Dependiendo de los resultados quizá debamos extirparte algo allí abajo —siguió D'angelo con la broma.

—Hazlo y será tu último trabajo, amigo.

2

Empeorando

—¿Qué te ha dicho? —preguntó Marta cuando Félix entró en casa, dando un portazo demasiado fuerte.

—Nada del otro mundo. Solo que me manda a hacer unas pruebas específicas.

—¡Ves! —exclamó nerviosa—. Ya sabía yo que te ocurría algo raro. No es normal.

—No, no, no. Es solo por descartar. Dice que no cree que haya problema alguno. —La calma. Y le planta un beso en los labios.

Durante la comida, Félix fue llevándose la comida a la nariz antes que a la boca. Aspiraba su aroma y esperaba una respuesta, pero ellas eran sutilmente diferentes.

No le dijo nada a Marta. Ya se preocupaba bastante y no sería él quien le diese más dolores de cabeza de los necesarios.

—¿Y cuándo dices que te harás las pruebas?

—La semana próxima en el hospital comarcal. Ya llamarán para decirme hora y día en concreto.

—La semana que viene… ¿Tan rápido? ¿Lo ves? Es urgente.

Él no le responde con palabras. Tan solo niega con la cabeza.

Félix y Marta se conocieron en el concierto estrella de la fiesta mayor de Aurora, el pueblo que los vio nacer y en el que adquirieron la casa en la que vivirían.

El pueblo mantenía el encanto rural antiguo sin faltarle las últimas tecnologías. Barrios elegantes de carreteras anchas y jardines bien cuidados en las zonas nuevas. Y unas calles de adoquines negros y estrechas fachadas en el casco viejo.

Sí era cierto que muchas de las tiendas que daban vida al pueblo se perdieron por la industrialización y modernización, pero la nueva era avanzaba sin tener en cuenta esos detalles. Se cargaba a quien se pusiera delante.

Marta trabajaba de maestra en la escuela de primaria de Aurora y era una de las más queridas. Su bondad y empatía hacia los problemas

de los demás la habían convertido en un pilar de diferentes grupos; la Asociación de Mujeres Contra la Violencia, el Club de Lectura y la Agrupación por la Preservación de la Memoria y la Cultura Municipal.

Marta llevaba el cabello largo hasta los hombros de un rubio trigo. Una piel blanca con las mejillas rosadas y unos ojos grandes y verdes. Una mujer bella y encantadora.

—Qué bien que no te hagan esperar —dijo después de reparar en su silencio—. Últimamente la gente parece acudir en masa a los centros hospitalarios. Y por tonterías.

—Es la vida moderna, cariño. El estrés diario, la falta de reconocimiento en el trabajo por parte de los jefes y la inseguridad por el futuro que hacen enfermar.

—Verdad. Ansiedad, malestar general… La enfermedad del siglo XXI. Sin contar con los estragos que causó la covid-19… Espero que no aparezcan más mutaciones.

* * *

Esa tarde pasearon y aprovecharon para respirar el aire limpio del paisaje invernal. Las vacaciones de navidad estaban cerca y las calles ya lucían de la decoración típica con el tintineo de las luces navideñas atrayendo a carteras cargadas y tarjetas de crédito listas para echar humo.

Ese año, en la plaza Mayor se había instalado una churrería que hacía las veces de decoración como de postal a recordar. Al lado del enorme árbol de Navidad y el típico *tió*, un tronco mágico que cuando los pequeños del pueblo acudieran el día veinticinco por la tarde a darle de palos, este los recompensaría con chucherías, chocolatinas y demás dulces típicos. El aroma de los churros recién fritos, del aceite de las patatas fritas y de otras delicias se aposentaban en el ambiente. Varios puestos de figurillas artesanales y encantos de la tierra complementaban el decorado con un hilo musical de villancicos. Parecía que hacía décadas que no tenían unas fiestas navideñas normales.

Félix y Marta se hicieron con medio quilo de cada: unos churros de los de siempre, de toda la vida, y otros bañados con chocolate negro. No resistieron la tentación de llevárselos a la boca de camino a casa y abrazados como dos recién enamorados.

A sus treinta y tres años seguían sin tener descendencia. No por no haberlo intentado ni por falta de ganas. De hecho, lo habían probado de todas las maneras, habidas y por haber. Y, aunque se negaban en desistir en los intentos, les daba miedo hacerse las pruebas de fertilidad. «Sois muy jóvenes aún», les decían. Pero a ellos les daba cierto temor y no querían que nadie les quitara la poca ilusión aun a

sabiendas de que si existía algún problema en ellos, lo mejor sería saberlo cuanto antes y afrontarlo.

Llegaron a casa bien caído el sol. En invierno era de noche a las seis de la tarde, así que no se puede decir que fuera tan tarde. Eran las seis y media cuando metieron la llave en la cerradura.

—¡Marta! ¡Félix! —La voz era de Carmelita, la anciana vecina que los llamaba a voces saliendo por la puerta principal.

—Carmelita —saludó Marta—. ¿Cómo está? Hoy no la hemos visto cuidando el jardín.

—Marta, cielo. Antonio se derrumbó después de comer y está en el hospital.

—¡Por Dios! No lo sabía. ¿Qué le ha ocurrido?

—No lo sabemos todavía, Marta. Le han hecho pruebas por si se trataba del maldito virus, pero ha salido negativo. Se lo han quedado en un box y no me dejan ni entrar. Me han dicho que están pendientes de las analíticas y que dependiendo del resultado lo trasladarán a Gerona o Barcelona.

—Si necesita cualquier cosa, aquí estamos, Carmelita. No lo dude.

—Lo sé, cariño. Y te lo agradezco. Pero no podemos hacer nada. Y estoy aterrada. Se me cae la casa encima.

—Venga a casa con nosotros —invitó Félix—. Podemos cenar juntos y si quiere quedarse a dormir con nosotros tenemos habitación libre.

—Gracias. De verdad. Pero los médicos tienen el teléfono de casa y no quiero ausentarme mucho rato por si acaso llaman para informar.

—De acuerdo, pero no dude en pedir lo que necesite.

Félix percibió entonces un aroma extraño que le llamó la atención.

Mientras Carmelita hablaba le llegó una mezcla curiosa a sus fosas nasales, que se abrieron y aspiraron intentando descifrar dicha fragancia.

Era dulzona y agria a la vez.

Se puso nervioso y le costó trabajo aparentar normalidad. Marta lo miró y se dio cuenta de que algo no iba bien. Más tarde lo achacaría al ingreso de Antonio y la preocupación por Carmelita, pero no le contaría la verdad.

Una cosa era que no oliese la canela del pastel o el limón de la tarta de Marta. Una bien distinta era aquel… ¿tufo?, ¿fragancia? Ni siquiera él podía ni se veía capaz de definirlo.

Aun así, lo que lo perturbó por encima de todo lo demás fue un detalle casi imperceptible.

Sus ojos distinguían una especie de vapor que emanaba de Carmelita.

Le salía de la cavidad bucal, de las fosas nasales y lo veía nacer del interior del cuello de la chaqueta.

Era muy efímero.

Era extraño.

Cuando se despidieron de Carmelita, Félix se giró hacia ella a observarla de nuevo y tuvo la certeza de que aquello no era normal. La anciana dejaba una estela tras de sí que se mezclaba y perdía en el aire.

¿Se estaba volviendo loco?

¿Le estaba fallando el cerebro?

La única certeza era que necesitaba las pruebas, y sintió por primera vez que a Marta no se lo podía decir. No quería preocuparla. No más de lo necesario.

3

Hace tres meses

Tokio

Akane estaba en la puerta con las maletas hechas cuando Dani aprieta, desesperado y muchas veces, el intercomunicador del portal.

El crujido eléctrico despierta el auricular del aparato y le devuelve la robotizada voz de su mujer.

—¿Dee? —pregunta ella—. ¿No vas a subir?

—No hay tiempo que perder, cariño.

—Pero no tengo nada para ti, Dee. Solo he preparado una bolsa para Eiji y para mí.

—No importa, cielo. Así está bien.

—Pensé que querrías hacerlo tú mismo —se disculpa.

—No importa, amor —la calma aunque su voz es apremiante y temblorosa—. Llévate solo una de las dos maletas y bajad de inmediato. No podemos perder ni un minuto.

Akane se queda con la pregunta en el aire cuando Dani Dee ya ha dejado la conversación. No va a hacerle esperar.

Salen del apartamento, llaman al ascensor y bajan.

Todo el miedo y las cábalas que se han formado en su cabeza se acentúan en cuanto ve a su marido a través del cristal del portal. Está visiblemente angustiado. Tiene el rostro perlado en sudor y se está mordiendo el labio inferior. La camisa con los botones superiores desabrochados y el pelo revuelto.

Abre el portal y se abraza a él.

—¿Qué está ocurriendo, Dee? —Su voz es un susurro.

—Luego lo hablamos, amor. Primero debemos salir del país.

Akane sigue la mirada de él. Una mirada que la advierte de que Eiji está allí y, supone, no sería bueno que lo escuchase.

—Entonces, ¿a dónde vamos?

—A tomar las vacaciones que merecemos. —Se arrodilla frente a su hijo—. ¿A que te apetece mucho, bichito?

—¡Sí! —exclama el pequeño al tiempo que se echa encima de Dani

en un abrazo tan fuerte como cariñoso.

* * *

Al llegar a la estación de tren, Akane no aguanta más la curiosidad.

—¿En tren, Dee? ¿Vamos a viajar en tren?

—Sí, cogeremos el Narita Express hasta el Aeropuerto Internacional de Narita.

—¡El Narita Express! —exclama—. Pero si es imposible conseguir un asiento si no es reservándolo con mucha antelación.

—Lo sé.

—Pensaba que era un viaje no programado…

—Y lo es, amor. He tenido que pagar una suma muy importante para tener asientos. Ha sido el único modo de conseguirlos.

Ella abre la boca y los ojos de una manera tan acusada que hasta da miedo.

—¿Y cuánto has pagado, Dee?

—Quince mil yenes.

—¿Quince mil por tres pasajes? Si son diez veces su precio…

—No, amor. Es el precio individual. Los tres billetes me han costado cuarenta y cinco mil yenes.

El rostro de Akane empalidece al comprender lo que parece un descenso al infierno o una huida a la desesperada. Daniel cree por un instante que su mujer va a perder el conocimiento de un momento a otro. En lugar de eso, su gesto se vuelve amargo y taciturno.

No vuelven a hablar hasta haber tomado el tren. Un trayecto de sesenta kilómetros que dura unos cincuenta y cinco minutos.

El Aeropuerto Internacional de Narita es uno de los más transitados del mundo. Con lo cual, el ir y venir de turistas, empresarios y diplomáticos, se mezcla en una amalgama de colores y atuendos de lo más variopintos.

Dani Dee se acerca a las taquillas con el teléfono móvil de prepago en la mano. Una de las nuevas mejoras en cuanto a tecnología; el uso digital es parte primordial hoy en día. Y Tokio es una pionera en prácticamente todo lo que hace.

—Ponga su equipaje en las cintas, por favor.

—Solo llevamos esta maleta.

El hombre los mira extrañado. Un viaje a la otra punta del mundo, que les llevará dos días, y no llevan equipaje.

—Bien, en ese caso, esta maleta puede subir al avión como equipaje de mano.

—Perfecto.

—Aquí tiene sus billetes, señor. Su vuelo a Zúrich saldrá en dos horas. Diríjanse a la terminal uno South Wing.

Dani recoge los billetes, le da las gracias al hombre y sigue las instrucciones que le ha dado.

—He de suponer que los billetes de avión también están por las nubes, ¿no?

—Más o menos —asiente, levanta los hombros y pone cara de no haber roto nunca un plato.

—¿Nos vamos a Zúrich, Dee? —pregunta Akane, que no aguanta más la incógnita.

—Quería que fuese una sorpresa para Eiji, mi amor —dice este mirando al pequeño—. Ya veo que no aguantáis la intriga.

—¡Porfi, porfi, papá! —grita Eiji con una mueca en la cara que implora compasión—. Queremos saberlo…

—Está bien. —Conviene Dani—. Primero volaremos a Zúrich. En unas doce horas, si no hay turbulencias, habremos llegado. Luego haremos trasbordo hasta un nuevo vuelo que nos llevará a nuestro destino final.

Dani se calla. Akane y Eiji sienten la emoción de modos bien diferentes. Akane con miedo a saber el motivo real del viaje. Tan apresurado. Tan misterioso. Eiji, sin embargo, con ilusión por unas vacaciones inesperadas. Cualquier destino le parecería perfecto a él. De ahí la impresión de que la sonrisa de felicidad se le extiende de oreja a oreja.

—¡Venga, papá! Dilo de una vez. ¿Dónde iremos después? ¿Dónde iremos después?

—Eso, amor —suplica también Akane para presionar a su marido —. Dínoslo ya de una vez.

—Está bien, impacientes. —Se rinde al fin. Finge haber perdido una gran batalla—. Nos vamos a Palma de Mallorca.

4

Ahora

El Mundo Se Desmorona

Al día siguiente, y tras una noche que pasó sumido en una duermevela constante, Félix se mantuvo un rato largo tumbado en la cama, mirando las bigas de madera del techo y con la mente concentrada en la pesadilla.

Soñó que andaba por la orilla de la playa de guijarros de Llançà, donde veraneaban todos los años en la Costa Brava. Descalzo y con el cielo de un azul celeste avanzaba sin prisa sintiendo el azote fresco de las olas en sus pies.

Estaba solo.

No había nadie tomando el sol. Nadie dándose un baño. Nadie paseando.

Cerraba los ojos y aspiraba el salitre del mar. Podía sentir el agradable calor del sol en su rostro.

De golpe, un estruendo retumbó mar adentro. Él, angustiado, abrió los ojos y dirigió la mirada más allá del horizonte sin llegar a ver nada.

Los latidos de su corazón empezaron entonces a ganar fuerza y velocidad en sus tímpanos. El cielo comenzó a tornarse pálido y luego gris. Era como si millones de estorninos danzaran en lo alto, cubriendo los rayos de luz alterando así su color natural.

Otro estruendo.

El agua se retiraba de la orilla. Cada vez más lejos. Cada vez más rápido hacia el horizonte.

Vio cómo el lecho marino se mostraba ante él. El verdor de las posidonias y otras algas autóctonas en contraste con las rocas ennegrecidas.

Entonces se dio cuenta del olor.

Un sutil y azufrado deje que le recordaba que algo no iba bien. Le penetraba los orificios nasales sin remedio dirigiéndose como alfileres que se clavaran en su cerebro. Cada aspiración se hacía más pesada.

Más fatigosa. Se sentía violado. Una agresión a la que no podía rendirse. «¿Quién puede negarse a respirar?», se preguntó.

Le quemaba el paladar, la garganta y se le había hinchado la parte posterior de la lengua, volviéndola rugosa y molesta, con un sabor agrio.

Se sentía perdido. Miraba a todos lados y la nada le saludaba. Todo cuanto conocía desaparecía o se transformaba en algo diferente.

Las piedrecitas de la playa se asemejaban a gusanos; blancos y pequeños, moviéndose espasmódicamente.

La vegetación de hierba baja eran tallos muertos y calcinados por un fuego amarillo que ardía en diferentes flancos.

El hedor a azufre se hizo más intenso. Tanto, que obligó a Félix a cubrirse la nariz. No podía soportarlo.

Intentó moverse. Y tampoco lo logró.

Atrapado.

Anclado a un suelo orgánico que le hipnotizaba y mareaba. Una arcada amenazó con obligarlo a devolver. Espasmo. Dolor. Le quemaba tanto la faringe y el esófago que no pudo hacer más que dejarse caer al suelo.

Sus posaderas emitieron un sonido parecido a un resquebrajo. «¿Se me agrieta el culo?», se preguntó. «¿O son los gusanos que he aplastado?».

Lejos de hacerle pensar en otra cosa, la pesadilla adquirió más violencia. Un viento frío, tan gélido como miles de cuchillas que podrían matar, se arremolinó a su alrededor.

Félix oyó cómo se rompían los tejidos de su ropa. Pantalones, camisa, chaqueta. De cada corte salían hilos llevados por el viento. Miles de manos fantasmales que tiraban de su ropa. Se desvanecieron como el agua del mar lo había hecho un instante atrás y se vació frente a él.

Haciendo acopio de valor, Félix se obligó a levantarse. Debía salir de allí. Ponerse a salvo. No sabía que se trataba de una pesadilla, sino que pensaba que de verdad debía luchar por su vida.

Al ponerse de pie, una ráfaga más terrible aún, y acompañada de otro estruendo, le arrancó los calcetines y los calzoncillos de cuajo.

Totalmente desnudo frente a la fuerte violencia de la naturaleza sentía la quemazón en el interior. Un fuego que avanzaba incesante arrasando con cada célula de su cuerpo con el azufre maldito.

Iba a rendirse.

Iba a dejarse quemar.

Sin embargo, en el último segundo (o en la última inspiración), vio algo que lo petrificó por completo; los grandes peñascos que el mar había dejado a la vista no eran rocas. Sino que eran cadáveres. Hombres. Mujeres. Niños. Cientos de cuerpos cenicientos

amontonados uno al lado del otro, uno encima del otro. Y de ellos, una neblina espesa emanaba de sus cuerpos indelebles.

Ese era el hedor que olía.

El hedor de cientos, quizá miles, de muertos pudriéndose.

Luego se despertó.

* * *

Estiró el brazo a un lado esperando notar a su querida Marta tumbada, durmiendo aún. En lugar de eso, sintió el frío de la nada. Giró la cabeza. Marta ya no estaba en la cama y él ni se había percatado.

Tenía la frente perlada de sudor.

Giró el rostro al otro lado y vio que el reloj marcaba las once y media. Un suspiro salió de sus labios. ¿Cómo había dormido tanto? Nunca lo hacía.

Se sentó en la cama y se obligó a levantarse. Todavía le parecía percibir cierto sabor a azufre en la garganta.

—Cariño —la voz de Marta apareció desde la puerta del dormitorio —, has dormido como un bebé. ¿Estás bien?

—Sí —la afirmación le rasgó y quemó la garganta—, quizá me he engripado.

—No debiste tomarte el café ayer tras la cena. Ya sabes que te produce ardores.

Félix tembló.

—Puede que tengas razón, Marta. La cafeína me deja un malestar incómodo. No volveré a tomarlo. Jamás.

—Eso es lo que terminas diciendo siempre y luego no cumples.

Ambos sonrieron.

—Si quieres dejamos la visita para otro día. O puedo ir yo sola. Casi será mejor que descanses.

Ya se había olvidado de que Antonio estaba en el hospital y le prometieron a Carmelita acompañarla.

—De eso ni hablar. Dame diez minutos para darme una ducha y vamos para allá.

5

El Obrador De Las Fragancias

Ya en el coche, Félix había recuperado parte de la calma gracias a que el agua de la ducha se había llevado el regusto amargo e inquietante de la pesadilla.

—Es raro que no le hayan dicho nada todavía a Carmelita —dijo Marta.

—Casi no he dormido ni descansado esta noche esperando una llamada o algo —Carmelita respondió desde el asiento trasero.

Félix la iba observando por el espejo retrovisor. Aguardaba intuir el vapor que había logrado ver el día anterior. O un resto del olor. Pero nada era igual en este momento. Quizá sí se tratara de la mente, que le estaba jugando una mala pasada.

—Incluso así, Carmelita, por lo menos ha estado en su cama. Una noche en el hospital no es buena para nadie.

—Sí, cariño. Y las articulaciones se quejan que no veas.

—Verá como se arregla todo y Antonio se pone bueno a la de tres.

—Así lo quiera Dios. —Se santiguó.

Dios tenía poco que ver, o nada, mejor dicho, en la recuperación del pobre anciano. Pero eso era algo que ayudaba mucho a los cristianos. La fe. La creencia en un ser superior siempre ha acompañado a la humanidad. Sea de la cultura que sea uno se acuerda de ellos —sus dioses— cuando está malo, ha sucedido una desgracia o necesita ayuda.

Félix, en contra de ellos, jamás había pensado en Dios como un ente a venerar y respetar. De pequeño había sido criado por unos padres católicos que lo obligaron a ir a misa todos los domingos y, prácticamente, todos los sábados. Lo esperaban y se arreglaban con sus mejores galas; pantalón de pinzas, camisa blanca bien planchada, chaqueta, el pelo aplastado con raya al lado y agua de colonia a chorros. Verlos rezar las salmodias y cantar las canciones del día, hacían que él se incomodara más de lo debido. Por no hablar de los días entre semana que lo mandaban a ayudar al cura; limpiar, hacer recados, etcétera.

No es que quisiera llevarles la contra, pero cuando tus clases pasan

por un filtro episcopal y haciendo primaria en un colegio de monjas, la verdad es que uno puede terminar hasta los cataplines de tanta oración y tanto rezo por imposición.

Él era de los que pensaba en Dios de un modo más genérico y simbólico. Lo mismo que si uno le rezaba al Sol para que saliera al día siguiente o que calentara sus horas más frías. ¿Absurdo? Quizá sí. Pero también había sido objeto de culto como un dios durante años en eras y civilizaciones muy antiguas.

A propósito de eso, Félix pensó en las personas de la antigüedad. Cuando alguien moría o enfermaba por medio misterioso, decían que era un «mal feo» o quizá un «castigo divino». Eran ajenos a que la explicación podría ser tan sencilla como un cáncer, una diabetes, un infarto o el ataque de uno de tantos virus que hoy en día sí se conocían y ellos no imaginaban que pudieran existir.

Les era más sencillo echarles la culpa a los demonios, las brujas o entes sobrenaturales.

Los druidas, adivinos o sabios de la naturaleza cumplían un propósito similar a un canal para hablar con dichos dioses. Y para ellos fue real hasta que la medicina se fue imponiendo dejando casi fuera de lugar a las viejas creencias. Salvo cuando la medicina fallaba. Entonces, la mayoría regresaba al rezo, a las súplicas divinas o a los elementos al encuentro de la salvación.

* * *

Ya en el hospital, la chica que atendía la recepción fue muy amable con ellos. Les indicó que no podía acceder a los datos del paciente y se comprometió en buscarles un médico que les aclarase las dudas. Se sentaron en los sofás de piel oscura que había en la amplia sala y aguardaron pacientes.

Al rato, un señor de no más de cincuenta años y bata blanca se acercó a ellos.

—Buenos días —dijo extendiendo la mano—, soy el doctor Santos. Ustedes son los familiares de Antonio Ríos, ¿me equivoco?

—Sí, digo, no —respondió Carmelita, nerviosa—. Quiero decir que…

—Ella es su esposa. —Acudió Marta al rescate—. Y nosotros amigos de la familia.

—Encantado de saludarles.

—¿Está bien, doctor? ¿Qué le ha ocurrido a mi Antonio?

—Es pronto para decir nada. Lo importante es que se encuentra estable y no tememos por su salud. Aun así, nos gustaría hacerle unas pruebas más para asegurarnos de que no es nada grave.

—¿Qué le ocurrió, doctor? —preguntó Marta—. ¿Ha sido un

infarto?

—Eso creímos al principio. La clínica así nos lo hizo pensar, sin embargo, no hay sufrimiento cardíaco ni rastros de trombo en cerebro ni otros vasos sanguíneos. —Un silencio incómodo formuló la pregunta por los tres. Con lo que el doctor terminó respondiéndola—. Por eso es de vital importancia que siga ingresado en observación. Más que nada para asegurarnos de que no se repite. Podrá irse a casa en cuanto nos cercioremos de que su estado es estable.

Los tres asintieron con la cabeza.

—¿Podremos verlo? —quiso saber Carmelita.

—Por supuesto. Lo tenemos en un box privado. Síganme.

Siguieron al doctor Santos.

Nervios. Emoción. Incertidumbre. Expectación. Todo se mezclaba en un instante y eliminaba cualquier interferencia externa. Solo importaba ese momento. Esos segundos andando en un pasillo dirección al box de Antonio.

Félix se sorprendió oliendo pausada e intensamente el aire. Sus órganos olfativos reaccionaban a un estímulo fuera de lo común. Rosas. Agua fresca. Pino. Madera. Cenizas. Un batiburrillo de diferentes fragancias que nada tenían que ver con el olor aséptico de una instalación hospitalaria.

Se dio cuenta de que solo a él parecía llegarle los olores. Marta y Carmelita no parecían inmutarse. El doctor quizá estuviera acostumbrado. Pero ellas…

—Marta —dijo en voz muy baja al oído de ella—. ¿Notas este olor? Es raro, ¿no?

Su mujer lo miró extrañada y respondió como si fuese lo más obvio que podía decirle.

—Cariño, huele a hospital. —E hizo un gesto con la boca y nariz.

—No, no es eso. Quiero decir que hay algo diferente en el ambiente.

—A limpio, cariño. Huele a limpio. A productos de limpieza.

Y Marta dio el tema por zanjado, girándose de nuevo y centrando la atención en los pasos del doctor Santos.

Félix no hizo lo mismo. Él inhaló como un sabueso que busca pistas. Los perros policía huelen el aire y las superficies en busca de detalles imperceptibles para los humanos. Y él estaba haciendo lo mismo. Se le abrían los alerones de la nariz, pero nada le fue familiar. O relevante.

Entraron en el box y un fuerte olor a amoníaco invadió a Félix.

—Aquí lo tienen —anunció el doctor Santos—. El paciente más bueno del día.

—Y de la noche, doctor —corrigió Antonio—. No lo olvide.

—Mi amor. —Carmelita se le echó a los brazos con cuidado de no

tocar los tubos que le salían de los brazos. Fue un abrazo contrito—. ¿Cómo estás?

—No me han tratado como en el hotel de Tenerife cuando hicimos el viaje con el Imserso, pero bueno… No voy a quejarme.

—Nada, Carmelita. Su marido es un muy buen paciente. Como pocos, de hecho.

—Gracias, doctor.

—En unas horas, si se mantiene estable, lo tiene de vuelta en casa.

6

Hace tres meses

En Algún Punto Sobre El Mediterráneo

La azafata de vuelo se detiene en el pasillo, agacha su esbelto cuerpo y sonríe.

—¿Quiere que le prepare una infusión? —pregunta, cortés.

—No será necesario, gracias —responde Dani—, ya llevo unos caramelos.

La asistente de vuelo espera un segundo. Cuando ve el paquete de Halls se da por satisfecha y se va.

—¿Estás enfermo, Dee? —le pregunta su esposa.

—Ya sabes que con los cambios horarios y de temperatura… Nada que no arregle el sol de Mallorca.

Akane sonríe, pero sus ojos se ven tristes.

—¿Piensas decirme qué ha ocurrido?

Él no dice nada. Mira al pequeño Eiji que se ha quedado dormido con la boca abierta y emite un silbido muy peculiar.

—Ya sé que tu trabajo en los laboratorios es confidencial, Dee —insiste—. Es solo que estoy preocupada.

—Lo sé. —Le pone la mano en el mentón y se lo aprieta un poco—. Nada me importa más que tú y Eiji, cariño. Jamás haría nada que os pusiera en peligro…

—Y de eso no tengo la menor duda. Te conozco, Dee. Y sé que ha de haber ocurrido algo muy grave para que nos marchemos del país así.

Dani asiente.

—Verás —le dice, al fin, acercándose mucho a su oído y bajando la voz a un nivel casi ultrasónico—, una de las cepas con las que estábamos trabajando ha logrado infectar al equipo.

—¡Por Dios! —exclama y, al instante, se pone la mano en la boca y susurra—: ¿Qué cepa? ¿Estás contagiado?

—Se trata de una mutación, un virus nuevo de la familia de la gripe con trazas de viruela.

Akane abre demasiado los ojos. No entiende mucho de medicina, ni de laboratorios. Pero sí sabe que las dos enfermedades son muy peligrosas. Al menos la primera de ellas.

—Pensaba que la viruela estaba erradicada —dice.

—Se puede decir que lo está. Hace décadas que se dejó de vacunar a la población y se dio por extinta. Pero la realidad es que unos cuantos laboratorios en el mundo guardan cepas de la misma.

—¿Por?

Él levanta los hombros y niega con la cabeza. Luego explica:

—No lo sé. Para investigar, para asegurarse de que no vuelva a atacarnos algo así… por decirte algo.

—¿Y cómo es posible que haya mutado la gripe con viruela?

—Era uno de nuestros proyectos secretos, cielo.

—No —arrastra la «o» como si esta pesara dos toneladas.

—La biotecnología y las guerras biológicas han hecho cambiar las reglas del juego… No me siento orgulloso, pero el Gobierno nos encargó fabricar una de las armas más letales con las que atacar en caso de llegar a tener que usarla.

—Y ahora se ha escapado.

—Uno de los viales que contenía la nueva cepa se rompió. Las medidas de contención eran claras: incineración de todo el box casi al instante. Sin embargo, el jefe de equipo —que no fue al que se le rompió y pudo salir del box justo antes de que se cerrara herméticamente— empezó a presentar síntomas extraños.

—¿Síntomas extraños?

—Sí. Lo pusieron en cuarentena al igual que a parte del equipo que no estaba dentro. En unas pocas horas, comunicó a los supervisores que estaba perdiendo el sentido del gusto y el olfato. Lo más destacable era que ninguno de ellos presentaba fiebre, malestar, ni dolores articulares. Y en el siguiente análisis, los cinco dieron positivo.

—¿Y los que estaban en el box antes de cerrarse?

Dani niega.

—¿Me estás diciendo que…?

—Ardieron junto a todo el material.

El rostro de Akane se quiebra. Sus extremidades tiemblan al ritmo de su mandíbula. Está conmocionada. Su piel ha empalidecido y palpita ante las palabras de su marido. No se atreve a preguntar. Y, a la vez, sabe que debe hacerlo.

—¿Has… estado…?

—No, cielo. No he estado en contacto. Ni con el equipo ni con el virus.

—¿Y han dejado que te marcharas como si nada? No lo entiendo.

—Empecé mi turno con normalidad. Hasta que recibí un mensaje en el móvil. Era un enlace a los archivos de la fuga, de su intento de contención y de su escape de control.

—Así que te avisaron.

—Sí, Hashimoni trabajaba en el equipo expuesto. Aún no sé cómo se lo hizo para burlar el protocolo de seguridad que no permite el contacto con el exterior, pero gracias a él estamos aquí.

—¿Y qué le ha ocurrido a tu amigo?

—Supongo que sigue en el box de confinamiento. No lo sé. En cuanto vi los datos salí de allí volando.

—¡Pero, Dee! ¡Te buscarán!

—No importa, cielo. He tomado medidas. Y… si los datos son correctos…

Dani baja la mirada. Tiene los ojos humedecidos.

Un pitido seguido de la voz de la asistente de vuelo se hace con el ambiente.

«Señoras y señores, les anunciamos que, en breve, llegaremos a nuestro destino. Por favor, abróchense los cinturones…», y bla, bla, bla.

—Dee, puedes decírmelo —le susurra olvidándose de la voz monótona—. ¿Qué ocurrirá si los datos son correctos?

—No importará quién nos busque. No importará quién hable. Tendrán problemas mucho mayores con lo que se cierne encima. Tanto como que la humanidad jamás ha vivido algo así en toda su historia.

—Pero es un virus —niega ella como si quisiera la confirmación de que nada puede ser tan malo—. Existirá una vacuna, ¿no? Dime que tenéis una vacuna, Dani Dee. ¡Dímelo!

A Dani le cae una lágrima por la mejilla y niega con la cabeza.

7

Manzanas Demasiado Hechas

Los médicos y las enfermeras fueron muy comprensivos con la pareja de ancianos. Dejaron que hablaran un rato largo, poniéndose al día de sus respectivas noches en vela. Carmelita se puso muy contenta al ver a su media naranja tan animado y guasón. Ya prácticamente había dejado atrás la ansiedad de las últimas horas y su rostro evadiéndose delante de ella.

Cuando Félix había entrado en el box donde aguardaba el divertido Antonio, su mente todavía no había regresado de las cavilaciones que se hacía en relación a los nuevos olores. Y a la pesadilla.

Sin embargo, tardó dos segundos en darse cuenta de que allí, en el ambiente que los rodeaba, apreciaba algo bien diferente.

—¿Te han dado algo para comer? —preguntó Carmelita.

—¿Con lo que pagamos para mantener en pie este hotel? —respondió Antonio, teatral y con un movimiento de la mano sobre la barriga—. Más les vale darme unos buenos banquetes.

La enfermera, que todavía andaba por la habitación comprobando el suero, le confesó:

—El mejor paciente se merece la mejor comida.

Luego lo miró fijamente, le guiñó un ojo y salió del box con una gran sonrisa.

—¡Oye! —Carmelita le golpeó en un costado—. ¿Qué ha sido eso? A ver si a mi edad tendré que sacar las uñas y luchar por ti. Menudo donjuán estás hecho.

—Cielito…, pero si eres la rosa más bonita del jardín. Por el amor de Dios. No tengo ojos ni humor para ninguna más. Solo es que son tan buenas…

—Y guapas. Y jóvenes —replicó con un puchero la anciana.

—¡Sí, eso también! —afirmó—. Pero del mismo modo lo es que yo ya lo tengo todo muerto.

Entre risas que animaban a los presentes, Félix se acercó a Antonio con su mejor cara. Se alegraba mucho de verlo tan animado y feliz. El

problema era que en su cabeza solamente había sitio para una cosa: el maldito olor.

En esta ocasión percibía un dulce aroma a manzanas. No el olor que desprenden cuando las muerdes fuerte con los dientes ni el de cuando las cueces en el horno. Era más bien… como de manzanas podridas. ¡Eso es! No llegaba a ser desagradable, pero era tan dulce que se volvía empalagoso.

Del mismo modo que le ocurrió la noche anterior con Carmelita y luego en la pesadilla de anoche, los ojos de Félix se habían confabulado con su olfato para mostrarle aquella bruma misteriosa.

El cuerpo grandote de Antonio, que estaba cubierto con la típica bata blanca de hospital que se anuda por detrás dejando los brazos al aire —y otras partes si el paciente decidía andar—, emanaba su peculiar vapor.

Félix aspiró para asegurarse de que no eran imaginaciones suyas.

No lo eran.

Aspiró de nuevo cerrando los ojos. Todos lo hacemos cuando queremos que el aroma nos remueva los recuerdos y los haga más vívidos.

Eran manzanas podridas. Sí. Antonio olía a manzanas podridas.

—Voy a pensar que me quieres más de lo que siempre he creído —dijo Antonio al ver a Félix tan cerca de su rostro—. Si quieres darme un beso… no te cortes.

Félix se apartó con demasiada brusquedad. ¿Tanto se había acercado?

—Discúlpame, Antonio —se excusó sintiendo que un repentino calor le subía a las mejillas.

—¡Anda ya! —Lo acalló—. Ven aquí y dame un abrazo, hombre. Que yo también me preocupo mucho por ti y por Marta.

Félix se acercó a él y este le apretujó entre sus enormes brazos. Félix, por el contrario, no se atrevió a casi tocarlo por miedo a hacerle daño. Lo que sí hizo fue observar de cerca su piel arrugada y el vapor que se mantenía allí cubriéndosela.

Aspiró de tan cerca que hasta las papilas gustativas de su lengua reaccionaron diciéndole que las manzanas estaban en su cavidad bucal. Tuvo que reprimir una arcada y el flujo que sintió subirle por su esófago.

—¿Has comido manzanas? —preguntó.

—¿Cómo dices?

—Que si te han dado manzanas —dijo más bajo y añadió—: No sé, compota o mermelada. Algo así. Recuerdo que cuando mi padre estuvo ingresado se quejaba continuamente porque no parecía existir otro tipo de postre.

Antonio se rio.

—No, si aún creerás que esto es un hotel de verdad, Félix. Qué inocente eres. Una taza de leche aguada y las galletas más sosas que me he llevado nunca a la boca. Eso me han dado. Y porque he insistido, que sino… me tenían en ayuno.

El vapor emanaba de la boca de Antonio como el humo de una brasa recién extinguido el fuego.

Félix se unió a la risa que se había contagiado a los demás que estaban en la estancia.

Estaba claro que ellos no veían ni olían lo mismo que él.

* * *

Al rato, Marta se encontró con una amiga del trabajo en el pasillo, que también estaba de visita a un familiar ingresado. Las dos se marcharon juntas para hacer la compra en el supermercado. Félix se quedó con el marido de Eva, la amiga.

—Ya volveré andando —dijo él—. Ve tranquila.

—Buena idea —añadió Félix—. Me irá bien andar. Voy contigo.

Cuando quedaron solos, Félix se excusó:

—Voy a ver a otro conocido que está en el edificio dos y no quiero irme sin saber que se encuentra mejor, pobre —mintió.

—Sin problema, amigo. Cuando quieras irte, mándame un mensaje o llámame. Será un buen paseo.

—De acuerdo, pero si ves que tardo, no te preocupes y vete solo. No quiero retenerte demasiado aquí.

Él asintió y le dijo que, en caso de marcharse antes, lo avisaría mandándole un wasap.

* * *

Félix recorrió los pasillos del hospital con una parsimonia casi hipnótica. La certeza de que su mente se estaba trastocando le llevó a un futuro en el que quizá podrían ingresarle en un centro como ese, o, peor aún, en un psiquiátrico.

No conocía ni había sabido de nadie que tuviera esa misma dolencia. No, al menos, que alguien se lo hubiera dicho o que alguien conociera a un amigo de alguien que lo fuera.

¿Que fuera qué? ¿Cuál sería la definición correcta?

«Hey, mira. El tarado de los olores. No. El tarado de las narices».

No era tan viejo para que le fallaran los sentidos. Joder. ¿A qué se debía si en las analíticas todo parecía estar bien?

Y allí, donde sabía que la gente siempre definía el olor como a «olor a hospital», esa desinfección antinatural percibida por todos —y por él mismo otras veces—, le era ahora arrebatada por el hedor a frutas

podridas.

8

Hace tres meses

Aeropuerto de Mallorca

El aeropuerto de Mallorca no está muy transitado. Lo cual Dani agradece. Hacer colas y perder el tiempo recogiendo equipaje innecesario es lo que termina por hacer perder los nervios a cualquiera.

Eiji aún está adormilado, con los ojos pegados y cansado por el largo viaje. Han sido horas, aunque se sienten en el cuerpo como semanas.

El sol está asomando en el horizonte cuando salen de la terminal. El cielo es una pintura preciosa de tonos pastel y el aire huele ligeramente a salitre y a crema bronceadora.

—Tengo la sensación de repetir nuestra luna de miel —dice Akane dando una bocanada al aire—. Después del viaje me siento liberada.

«Una extraña liberación», piensa Dani.

Los turistas y sus caras sonrientes contrastan con la de Dani. En cierto modo, mantiene la mandíbula apretada y en tensión. Por mucho esfuerzo que haga en disimularlo, Akane lo conoce muy bien. La sombra debajo de sus ojos y el tic en su ojo derecho lo delatan.

—¿Estás bien, cariño? —le dice con suavidad.

Asiente.

—Lo estaré de verdad cuando lleguemos a la finca y desconectemos del mundo. —Saca otro caramelo y se lo toma.

Desconectar del mundo. Qué frase tan bonita. Antiguamente sí desconectaba la gente cuando ni siquiera, al salir a dar un paseo, podías llamar a casa. Hoy en día, los teléfonos móviles son ordenadores en conexión continua, las televisiones están en red y en las redes sociales todos publican sus vidas al instante. Una información valiosísima que Dani nunca quiso para su familia. No tiene una sola cuenta en ningún lado y ninguna aplicación que pueda

obtener ni datos ni geolocalización.

—Por cierto —dice Akane con las cejas alzadas arrugando un poco la frente—, no he visto que te conectaras en todo el viaje.

Sonríe. No responde.

En ese momento, un taxi de color negro y amarillo, de algún modelo de automóvil antiguo, se para enfrente de la familia. Un hombre con el pelo despeinado, rostro alegre y gafas de sol acude corriendo a abrirles las puertas.

—¡Bienvenidos a Mallorca, familia! —dice en tono feliz—. El paraíso en la tierra les aguarda.

—Muchas gracias, señor —responde Akane alegre al percibir la bondad del hombre.

—Llámenme Paco. —Hace una reverencia y guiña un ojo a Eiji—. Y tú, pequeño, puedes llamarme colega.

—Vale, señor.

—¿Cómo has dicho? —Se pone serio y se lleva una mano a la oreja.

—Vale, colega —accede Eiji con una radiante sonrisa.

—¿Y el equipaje de los señores? —pregunta y otea alrededor extrañado.

—La maleta de mano y nada más, Paco.

—De acuerdo entonces. —La recoge y la introduce en el maletero mientras los tres suben al taxi. Paco se sienta frente al volante, se abrocha el cinturón y se levanta las gafas de sol para guiñarle el ojo a Dani—. ¿A dónde llevo a esta estupenda familia?

—A Villa Sa Dragonera, en Cala d'Or.

El chófer silba.

—Un pueblo precioso con unas calas divinas y unas vistas de ensueño. Y la villa… un lujo de los auténticos. En marcha.

La isla de Mallorca es uno de esos lugares mediterráneos que tanto se han explotado por el turismo. Mientras unos se enriquecen, el planeta va sufriendo la presión humana.

El Gobierno mallorquín concedió hace unos años mucho poder a la conservación del medioambiente y el patrimonio natural y cultural. Demasiado tarde. Quizá por eso ya es casi imposible conceder permisos de nuevas construcciones, los precios del suelo son abismales, y el paisaje baila entre grandes hoteles, apartamentos turísticos, casas más humildes y un paraje en ocasiones salvaje.

Al sur de la isla se encuentran un buen número de pueblos que mantienen el encanto isleño y la sostenibilidad parece haber encontrado cierto equilibrio.

Cala d'Or es uno de ellos. Y a las afueras, al nordeste, Villa Sa Dragonera se alza como un fortín en medio de la naturaleza.

Una verja de hierro de unos cuatro metros de altura se levanta frente al taxi, que reduce la velocidad hasta detenerse frente a ella.

La propiedad está envuelta en un muro de piedra igual de alto en el que asoma el verde de la vegetación.

—Aguarde un segundo, por favor —dice Dani al chófer.

Como si alguien le hubiese escuchado, la puerta de hierro se abre con lentitud y un chirrido de roce metálico.

—Adelante —invita Dani.

Paco pone primera y se adentra en la propiedad muy despacio. Como si se encontrara en la entrada principal de Parque Jurásico.

Tras el muro, un campo de césped bien cuidado se expande como si no tuviera fin. Pinos autóctonos, alguno de ellos curvado de modo antinatural, salpican el cuidado terreno.

Al fondo, la majestuosa villa, construida en piedra, se alza como un gigante de otro tiempo. Se divisan dos torres y grandes arcos que forman su exterior.

—¿Puedo bañarme en la piscina, papá? —pregunta Eiji emocionado al divisar la enorme mancha de agua.

El clima era bueno a pesar de las fechas en las que estaban. Los meteorólogos lo habían achacado a una ola tropical procedente de África. Fuera por el motivo que fuera, por lo menos podrían estar en manga corta y aprovecharse de un calorcito agradable.

—Por supuesto que puedes, aunque primero debemos desayunar.

Paco detiene el coche frente a las escaleras que los separan de la puerta principal de la gran casa. Una pareja de ancianos les aguarda allí de pie junto a otra más joven.

Dani, Akane y Eiji bajan del taxi. Paco se apresura en abrir el maletero y retornarles la maleta.

—Bienvenidos de nuevo, señores —dicen los sirvientes con una leve reverencia.

—Antonia, José. —Akane abre los brazos y se va en busca de ellos —. Cuánto os he echado de menos. Y lo que habéis crecido vosotros — les dice a sus hijos.

—Y nosotros a ustedes, señora. No les esperábamos hasta agosto.

—Un cambio de planes de última hora en el calendario —responde Dani con una sonrisa ladeada.

—Un cambio muy bueno, señor —añade José con aire agradecido —. Pasen y pónganse cómodos. Antonia ya les ha preparado un bufé de lo más gustoso.

José se gira hacia su hijo.

—Sebastián, recoge el equipaje de los señores y llévalo a su estancia.

El joven baja las escaleras de un salto. Duda al ver el interior del maletero vacío.

—Solo llevamos esa, Sebas —dice Dani—. Por cierto, Paco. Entra un momento en casa. José te pagará los honorarios. Que no llevo

suelto.

El taxista no suelta la maleta de la emoción. Nunca ha visto una de esas villas en persona. Como mucho en las revistas de famosos o un programa de color rosa.

José le alarga dos billetes de cincuenta euros al chófer.

—¡Uy! —Se sorprende—. ¡Esto es demasiado!

—Ni hablar. —Dani le obliga a coger los billetes.

Paco rebusca en un bolsillo interior de su traje, saca una tarjeta y se la entrega a Dani.

—Si necesita cualquier cosa, no dude en llamarme.

—Lo haré. Gracias.

—Gracias a ustedes. Adiós, colega —le dice a Eiji que se ha asomado por una puerta para despedir al conductor con grandes aspavientos.

9

Ahora

El Niño Triste

Andando por el hospital, Félix se sentía extrañamente invadido por un sentimiento de ingravidez.

Sus pies tocaban el suelo sin poder sentirlo. El ambiente estaba cargado y espeso, tanto, que le costaba moverse a una velocidad normal.

Cada vez que se cruzaba con una enfermera o un médico, le llegaba el olor a flores, a trigo, a menta. Incluso a pan recién horneado.

Él se giraba, se detenía a un lado y los observaba. El vapor emanaba de sus cuellos de camisa, de sus manos, de su rostro o de sus bocas si hablaban.

El pasillo del hospital era una larga línea recta que iba de un extremo a otro, cruzando los tres edificios que formaban el hospital. El cuarto era para pacientes de larga estada que precisaban una recuperación asistida. Lo anduvo tres veces. Luego bajó las escaleras e hizo lo mismo por la otra planta, que terminaba en la zona de urgencias con un gran cristal que ocupaba toda la pared y regalaba una preciosa vista a los que no acudían a verla. Ni mucho menos eran capaces de ver el paisaje ni lo pequeños que eran frente a la naturaleza. Sus dolencias eran lo primero allí. Y el tiempo de espera, la eternidad. Donde cada segundo se convertía en desesperantes minutos de angustia.

A pesar de no comprender nada en absoluto, Félix se apoyó en la pared opuesta a la puerta de la gran sala. Cualquiera que se fijara en él no habría imaginado por lo que estaba pasando ni por el debate mental que había en su cerebro. Dirían que era otro más como ellos; un acompañante o una visita estirando las piernas.

La sala de espera estaba medio llena. O medio vacía. Todo dependía de si eras más o menos positivo frente a la vida. Eso mismo le habían dicho infinidad de veces a él. Ahora la veía del lado negativo.

«Cada momento de tu vida se rige por la mente. Ella ordena al

cuerpo reaccionar según su propia decisión. Si piensas que todo está bien, lo estará. Si piensas que todo está mal, también lo estará».

Ahora, viendo a las personas —de todas las edades y razas— aguardando el turno de ser visitados, asumió la conclusión de que todos ellos sentirían de una manera totalmente diferente aquella espera. Y de muy distinta manera, el pensamiento de un futuro. Ni siquiera el más cercano les estaba asegurado. Las fiestas de Navidad vistas desde todos los ángulos posibles.

Félix paseó la mirada sobre cada uno de los rostros. Tenían la mirada, la expresión facial y la forma corporal de preocupación. Y eran ajenos a que él, también de manera preocupante, veía los halos de vaho que desprendían y les envolvían.

La puerta automática de cristal se abrió en cuanto un anciano salió de la sala con el brazo vendado. De la mano de la que supuso sería su mujer, la fragancia dulzona a flores frescas le llegó a la nariz atrayéndole la atención.

La anciana se percató de que los estaba mirando con una leve sonrisa en los labios. También le sonrió y añadió:

—Seguro que todo irá bien.

Félix asintió.

Qué frase más bonita y cargada de ironía. ¿Qué significado tenía «ir bien»? Si cada uno de ellos se movía por anhelos y deseos tan distintos como estrellas hay en el cielo, ¿ir bien no podía ser miles de maneras distintas?

Fue observando el andar fatigoso de los ancianos hacia el aparcamiento. «¿Por qué olían a flores?», se preguntó.

Entonces, sin previo aviso, le llegó otro aroma acompañado de una voz aguda y cantarina.

—Les queda poco, señor.

Félix pensó por un instante que la voz estaba en su mente y se trataba simplemente de un eco de su consciencia. Se equivocaba. Al dejar de ver a los ancianos y girar la cabeza hacia el otro lado, supo quién había formulado la afirmación. Y no fue su mente. Era un niño que se había puesto a su lado, apoyado también en la pared, imitándolo a él.

—Hola, chaval —dijo a modo de saludo.

—Qué hay, señor —no sonó como una pregunta.

El niño no tendría más de once años. Sus cabellos castaños le caían por la frente en ondulaciones y reflejos más claros. Tenía el rostro muy pálido y los ojos de un verde sucio, como el agua de un estanque dejado de cuidar. Llevaba una sudadera naranja que le iba un par de tallas más grande y unos pantalones azul marino, también muy anchos, con unas rayas amarillas a los lados y en las rodillas. En los pies, unas bambas Vans.

—¿Estás aquí con tus padres? —preguntó. No se veía demacrado. Así que lo más lógico fue pensar que estaba de visita. Añadió—: ¿Acompañando a tu abuelo, quizá?

—Algo así.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Bueno. —Se quedó pensativo—. Quiero decir que hemos venido por mi hermano. Se ha caído en bici y le duele mucho la pierna.

Félix miró al interior de la sala intentando decidir quiénes, de los que estaban allí, serían su familia.

—¿Dónde están?

—Ya era su turno. Acaban de entrar.

—¿Y te han dejado aquí solo? —Se sorprendió Félix.

—No se han dado cuenta. —Sonrió—. Además, le he visto a usted y me ha parecido que estaba un poco triste.

—Tus padres deberían haberte enseñado que no se debe hablar con extraños —le advirtió—. Nunca sabes qué intenciones puede tener un desconocido.

—Ya. Si me lo han dicho muchas veces.

—¿Entonces?

—Verá, señor, he sido yo quien se ha acercado a usted. Así que… es usted quien no debería hablar conmigo.

Félix sonrió.

—¿Y cómo es que no les haces caso?

—Porque usted es de fiar. Lo sé.

—Eso no se puede saber, chaval. —Sonrió Félix—. Hasta que, quizá, sea demasiado tarde para ti.

—Yo sí lo sé. Lo he olido desde allí.

Félix se puso serio de golpe. ¿Qué significado tenía ese: «Lo he olido desde allí»?

—¿Cómo dices?

—Pues eso. Que le he olido. Por eso sé que es una buena persona. Pero está triste y tiene miedo. Y no debería tenerlo. Es un adulto.

Atónito. Sin palabras.

—Señor, ¿está bien? —preguntó el niño al ver que el rostro de Félix se tornaba muy pálido.

—Sí, estoy bien, chaval. Pero no entiendo lo que me estás diciendo…

—Claro que lo sabe. —Sonrió de nuevo el chico con una caída de cabeza—. Lo que sucede es que es nuevo en esto, ¿a que sí?

¿Qué decir? Todo parecía darle vueltas. Y haberse convertido en algo irreal. Olores, hedores, el niño… ¿Qué tipo de sueño era ese?

—Acérquese —ordenó el niño. Félix obedeció y se agachó junto al joven. Este le tendió la mano—. Supongo que no hace mucho que conoce su don. Pero no es el único. Huela.

Félix aspiró el aroma del niño. Su halo era de un tono ligeramente verde, amarillo y blanco. Y la esencia… fresca. Salina. Y parecido a agua de azahar.

—Usted también huele así —afirmó—. Por eso sé que somos iguales.

—Yo no sé lo que soy. —Félix se derrumbó—. Ni siquiera sé lo que significa esto. No es más que una enfermedad mental o algo así.

—¡Qué va! Se equivoca.

—Ojalá tuvieses razón, chaval. Pero los médicos ya me están haciendo pruebas para saber qué le ocurre a mi cabeza. —Luego se percató de lo que significaba eso—. Quizá tú también…

—Déjese de tonterías, señor —lo aplacó el niño con una sonrisa de oreja a oreja—. Se trata de un poder. Como los superhéroes de los cómics. ¿Sabe?

—¿Ah, sí? —le siguió la corriente. No merecía la pena entrar en una discusión con un crío sobre los problemas mentales que le atacaban. Aunque si el chaval también los sufría, quizá sería bueno que sus padres conocieran el caso para actuar a tiempo. Si es que «a tiempo» era algo bueno—. ¿Eso crees?

—No lo creo. Lo sé. Usted y yo podemos oler a los demás.

—Lo que hace todo el mundo.

—No como nosotros. Olemos distinto. Podemos percibir sus miedos, sus enfermedades o, incluso, su maldad.

Félix estaba asombrado. No se le había ocurrido. ¿Sería eso posible?

—¡Carlitos! Menudo susto nos has dado.

La mujer de pelo rojizo que gritó se acercaba a ellos con el rostro de verdadera preocupación.

—Hola, mamá. Estaba aquí con mi amigo.

—Mucho gusto, señora. —Félix le tendió la mano y ella se la apretó.

—Discúlpeme y discúlpelo —se excusó—. Seguro que le ha estado incordiando. Nadie está aquí por placer. Desde luego que no.

—Para nada. Es un joven muy educado y atento. Llegará a ser una gran persona.

—Su hermano se ha roto el fémur y estamos de los nervios. Gracias por hacerle compañía. —Entonces se giró a mirar a su hijo—. Y tú, Carlitos, ven. Van a dejar que le des un abrazo a tu hermano.

La mujer y el niño se dirigieron al interior de la sala y Félix siguió paralizado en el mismo sitio sin tener muy claro qué hacer o qué pensar. Lo que le había dicho el niño era tan extraño como irreal.

De golpe, Félix vio como Carlitos se soltaba de la mano de su madre e iba corriendo hacia él.

Félix se agachó instintivamente cuando Carlitos llegó a su lado.

—Si quiere, mañana puedo enseñarle a distinguir los olores —le

dijo en un murmullo.

—Te lo agradezco. Pero mañana ya estarás en tu casa cuidando de tu hermano. Seguro que le comprarán una campanilla para que pueda hacerla sonar cada vez que quiera algo y tú te convertirás en su esclavo al tener que llevarle todo a la habitación.

—¡Qué va! —Se rio a carcajadas—. Mañana estaré por aquí otra vez. Mi hermano se quedará aquí ingresado o en observación. No sé cómo lo llaman. Tiene algo en los riñones. Creo que es una piedra o algo así.

Asombrado de nuevo, Félix no sabía qué responderle. La madre de este no le había comentado nada y mucho menos había tenido tiempo para decírselo.

—Carlitos, por favor. —La madre había vuelto con cara no tan amable.

—¿Trato hecho? —insistió el niño esperando una respuesta.

—Señora —dijo Félix dirigiéndose a la madre—, le dan el alta a su hijo en cuanto le hayan enyesado, ¿verdad?

Solo buscaba calmar a la parte irracional que le decía que todo aquello era parte de un sueño extraño o una invención de un crío.

—No. Los médicos quieren tenerlo en observación unas horas. —Carlitos ladeó la cabeza y levantó las cejas, satisfecho—. Todavía no saben qué tiene, pero por lo que nos han dicho, puede que haya algo más. Quieren estar seguros antes de decirnos nada.

—Espero que no sea grave.

—Seguro que no. Dentro de lo malo, ha sido una suerte que se cayera por el terraplén con la bici. De no haber sido por eso quizá no se lo habrían visto en unas semanas. Y entonces sería peor.

—Hasta mañana, Félix —se despidió el niño con un guiño.

10

Hace tres meses

Cala d'Or, Mallorca

El Paquete Misterioso

José entra en la oficina de Correos, recoge el papel con el número y se sienta en una de las sillas vacías.

El aparato con números rojos luminosos parece congelado en el espacio-tiempo. Es algo que sucede en todas las oficinas públicas y gubernamentales. Y, por si fuera poco, los empleados parecen vivir en un extraño mundo paralelo.

La espera dura treinta y siete minutos exactos.

José se levanta y va directo al mostrador.

—Buenos días —dice—. Vengo a recoger este paquete.

Le entrega a la funcionaria el resguardo que llegó a la villa a su nombre. Teclea en el ordenador y el tiempo vuelve a expandirse.

Ha transcurrido una semana desde que la familia de Dani se instaló en Sa Dragonera. Y el modo de vida ha cambiado mucho.

Durante el año es como si la propiedad fuera de ellos. Mantienen el orden, reparan y supervisan todo lo que es necesario; jardinería, mantenimiento de piscinas, mano de pintura, limpieza general. Un trabajo duro que les permite una renta de cinco ceros anuales. Y eso sin tener en cuenta que los gastos personales no se descuentan de la nómina, sino de la cuenta de los señores.

Los chicos de José y Antonia quieren estudiar. Uno arquitectura y la otra veterinaria. Les van muy bien los estudios y José no tiene la menor duda de que lograrán lo que se propongan en la vida. Además, sus ahorros son tan sustanciosos que no deben preocuparse por el coste de la universidad ni nada más que puedan necesitar.

Los señores son muy amables y respetuosos. Siempre les han tratado como iguales, no como meros sirvientes.

Sin embargo, José se siente incómodo esta vez. El señor se ha

sentido indispuesto y pasa la mayor parte del día —y de la noche— encerrado en su despacho, y, a la vez, laboratorio, que tiene habilitado en el ala este de la villa.

Su rostro muestra fatiga, y una tos se ha hecho más persistente con el paso de los días. Él insiste en que no es nada más que un resfriado o un cuadro vírico y se niega a ir al médico.

—José —le dijo ayer—, en el correo de hoy debería llegar un paquete a tu nombre. ¿Podrías recogerlo?

—Por supuesto que sí, señor —afirmó.

—Fantástico.

—¿A mi nombre, señor? —pregunta.

—Sí, es algo sumamente importante, delicado y secreto. Por eso lo envié para ti. Espero que no te importe.

—Para nada. Faltaría más.

—Y llámame Dani, por el amor de Dios.

La mujer se levanta y se aleja del mostrador. Rebusca en una especie de carro recubierto en una tela parecida a un saco viejo y deteriorado.

José siente curiosidad por saber de qué se trata. No le preguntó nada a Dani ayer. Faltaría más. Pero se siente como un niño el día de su cumpleaños.

La mujer, con cara de pocos amigos, regresa con un paquete no más grande que un libro en tapa dura.

—Aquí tiene. —Se lo entrega—. Si me firma aquí debajo. —Le señala el final del documento.

Hace la firma donde le dice y ella se apresura en recogerlo de encima del mostrador. Rasga una parte del mismo y le lanza un pequeño resguardo. José recoge el papel y se lo lleva al bolsillo.

El paquete no parece contener nada en especial; está envuelto en un sobre de burbujas y contiene multitud de pegatinas escritas en otro idioma. Supone que japonés.

Y sonríe.

Supone también que se trata de un regalo para su esposa, la señora Akane.

11

Tu Deseo Se Hará Realidad

Era posible que pensase en tomar una ducha al llegar a casa, sin embargo, en cuanto estuvo de nuevo al volante de su coche, Félix lo descartó sin duda.

—¿No te parece precioso que tantos años después sigan amándose de ese modo incondicional? —preguntó Marta.

—Es como un cuento de hadas.

Félix se da cuenta de que su mujer, Marta, está callada. «¿Esperaba otra respuesta?», piensa mirándola de reojo y poniéndose un poco nervioso. La pregunta se las trae. Y no es fácil responder. Al fin, Marta rompió el silencio:

—¿Y nosotros? ¿Crees que llegaremos a experimentar algo así?

El corazón le dio un brinco. Era una pregunta con trampa. Lo sabía. Como tantas otras preguntas que le había hecho con anterioridad. Dudas que buscan que indiques algo, lo uno o lo otro, pero que siempre dejan un sabor amargo al interrogador y un sentimiento de culpa al interrogado.

—Me temo que sí —dijo afirmando y con los labios apretados—. Incluso diría que se escribirán canciones de amor sobre nosotros.

Funcionó.

Marta se rio y le dio un golpe en el hombro.

—Eres un bobo. Pero te quiero.

—Y yo a ti, cielo.

Pulsó el botón de encendido de la radio y la música sonó. Era una balada de los noventa. A Marta le encantaba ponerse a bailotear en casa mientras pasaba la aspiradora o barría con la escoba. Era un ritual incluso cuando fregaban los platos; uno fregaba y el otro secaba. Siempre al ritmo de la música.

—¿Qué hemos hecho mal entonces?

Félix sabía que se estaba torciendo. La maldición de las preguntas trampa.

—¿A qué te refieres?

—A que en algo debemos haber fallado. —Sus ojos se llenaron de

lágrimas—. Es un castigo divino o algo por el estilo. Yo qué sé.

—Cielo, lo que ocurre es que no todo el mundo puede ser igual.

—¿En serio?

—¿Qué?

—¿De verdad esta es tu opinión? ¿Que quiero ser como las demás?

—No me refiero a eso, Marta. Eres especial. Lo que ocurre es que hay personas que no pueden tener lo que desean. Y creo que son la mayoría. Nadie está totalmente satisfecho con la vida que lleva. Sea la que sea.

—Tener un hijo es más que un deseo, Félix. Es sentirme realizada. Es ser parte de la naturaleza. Del ciclo de la vida. Lo siento aquí —se apretó la mano en el pecho—, como si no hubiera nada dentro.

Félix detuvo el coche en el arcén. Con el motor todavía rugiendo, agarró las manos de su esposa.

—Ahí dentro hay más amor que en el pueblo entero, cariño. Eres el ser humano más maravilloso que he conocido y sabes que eres madre incluso sin tener hijos.

Marta se había hecho miembro de la Asociación para la Atención a los Huérfanos. Todos los miembros la querían tanto por las generosas aportaciones económicas, como por el tiempo que invertía en el cuidado de los niños.

—No es lo mismo.

—Lo sé. Y es por eso mismo que voy a acceder a tu petición.

Marta se lanzó a sus brazos.

—¿En serio? ¿Lo harás por mí?

—Sí. Lo que haga falta con tal de verte feliz.

La adopción había planeado como una sombra tenebrosa en la mente de Félix. ¿Sería capaz de amar a un niño que no fuera de su sangre? Esa había sido la discusión general. Otras tantas familias se habían inclinado por esa opción. Sin embargo, a Félix le daba miedo lo que pudiera suponer en un futuro. No dejaba de ser alguien que les retaría, que los pondría a prueba y se revelaría por las normas que le impusieran. Y ese temor se traducía en frases hechas del estilo: «Tú no eres mi padre», «No puedes decidir por mí» o «¡Qué sabrás si ni siquiera tenemos la misma sangre!».

No alcanzaba a entender cómo lo hacían los demás padres adoptivos y le costaba trabajo imaginarse a él mismo en una situación «familiar».

12

Hace dos meses

Tokio Está Que Arde

Las noticias no han hecho más que hablar de una extraña enfermedad que se ha expandido con rapidez por el centro de la ciudad.

Los vecinos hablan de un brote de gripe y las noticias de una variante del SARS-Cov-19, o, incluso, de la viruela. Lo cierto es que las autoridades no han sido nada claras al respecto. Mantienen un velo opaco, ciego y mudo. Más que alguna noticia e imágenes de técnicos protegidos en extremo.

Han acordonado varios edificios y, ahora, un parte especial aparece en la pantalla con grandes letras rojas y amarillas.

«El Gobierno acaba de decretar el cierre total de la ciudad desde la una y media de la tarde de hoy hasta nuevo aviso para contener el patógeno que se ha cobrado ya tres víctimas. La orden afecta tanto a los trabajadores y residentes, los cuales deberán dirigirse de inmediato a sus domicilios a la espera de nuevas instrucciones.

No hay motivo para preocuparse ya que el Gobierno ha elaborado un plan que garantiza el reparto de alimentos a todos los habitantes.

El cierre de la ciudad afecta también a los trenes y aeropuertos, los cuales se mantendrán inoperativos hasta nuevo aviso. Así mismo, las personas que hayan quedado atrapadas por la cuarentena serán distribuidas a pabellones que se están habilitando para recibirles.

Se desconoce el origen del virus. Según las primeras hipótesis, todo apunta a una mutación de la gripe aviar.

Este hecho no es raro y ya se ha visto en otras ocasiones.

Por el momento, se ruega que toda la población permanezca en casa».

* * *

¿Y quién se cree que no hay que perder los nervios?

La población sabe que cuando un Gobierno reconoce una emergencia es porque ya es muy grave y los efectos no se pueden

ocultar.

Sakura Miyamoto, enfermera del Hospital General de Tokio, sabe que les están ocultando mucha información.

Lo sabe por la avalancha de casos que han saturado Urgencias los últimos tres días.

Los pacientes llegan con fuertes dolores en el pecho, la garganta ardiendo y algunos con fiebre muy alta. En pocas horas empeoran y pierden la capacidad de respirar por sí mismos.

En las noticias hablan de tres fallecidos.

«Y una mierda», piensa Sakura. «Aquí no paran de morir pacientes».

Llevan veinte en tres días y los enfermos empeoran por minutos, se contagian. «No sabemos cómo protegernos. Los EPI (Equipo de Protección Individual) no funcionan. Además, las órdenes de los superiores han cancelado cualquier visita de familiares y todos los cuerpos son llevados de inmediato al crematorio donde son incinerados.

Sakura oye los chillidos del pasillo. Son la mezcla de dolor y sufrimiento con la desesperación de sus compañeros. Médicos, enfermeras, auxiliares, asistentes… todos se temen que es el fin.

—¡Mentirosos! —grita al televisor y lo apaga—. ¿Qué habéis hecho?

Sale corriendo de la sala y va con sus compañeros.

Carraspea.

Una molestia le quema la garganta.

Y tose.

13

No Es Tan Complicado Estar Bien

La pareja había estado cenando en La Quinta Esencia, un restaurante nuevo que había abierto sus puertas hacía apenas unos meses.

Una compañera de trabajo de Marta le había hablado del lugar y a esta le pareció oportuno el lugar para desconectar del ajetreo diario.

—Sandra me comentó que han abierto un nuevo restaurante justo al lado del río —le dijo.

—No será uno de esos lugares que te ponen un plato de diseño de un metro de diámetro y un centímetro cuadrado de comida, ¿no?

—Nada de eso. —Sonrió ante la ocurrencia de su marido—. Se ve que son abundantes y uno sale de allí satisfecho. Su carta puede contentar a diferentes paladares. Desde carnes a la brasa, platos veganos, especiales para celíacos, diferentes menús italianos… No sé. Pienso que puede estar bien.

—¿Te apetece probar entonces?

—La verdad es que sí. Podríamos celebrar que tú y yo —le costaba pronunciarlo en voz alta—… seremos padres.

—Bien. —Se le hizo un nudo en la garganta—. Me pediré un chuletón de medio quilo.

El día pasó sin más. En alguna ocasión, Félix se sorprendió mirando a través de la ventana la casa de los vecinos. Rememorando la situación vivida con Carmelita y su marido Antonio en el hospital, y, por supuesto, el encuentro con el niño y su extraña conversación.

Tras la ducha que había deseado desde que dejaron el hospital, se sintió renacido y con un vigor renovado. Se vistió con un elegante pantalón de pinzas negro, una camisa azul marino y unos zapatos negros. El pelo, aún mojado, peinado con cierto desorden. La imagen que le devolvía el espejo entero de la pared era la de un hombre elegante.

—Estás guapísimo —confirmó Marta abrazándolo por detrás.

Él se giró, la abrazó también y le plantó un beso en los labios.

—Y me lo dices tú.

Marta llevaba un vestido *beige* sin mangas y escote palabra de

honor. Le llegaba hasta los pies.

—¿Es nuevo? —le preguntó al no poder recordarla con él puesto.

—Lo tenía en el armario desde que fuimos a la conferencia anual de la asociación.

—Entiendo. Fue cuando te llevaste los dos y que no sabías cuál de ellos ponerte.

—Eso es.

—Sí recuerdo que esa noche elegiste el negro. —Se queda pensativo —. Fue un acierto.

Ella ladeó la cabeza. Llevaba el pelo rubio suelto por los lados como tirabuzones casuales. El resto de los cabellos recogidos en un moño. Sus ojos claros destacaban con una sombra dorada y el maquillaje justo y para nada excesivo. Los labios pintados de un tono rojo mate que le daba un aire seductor al tiempo que nada provocativo.

—Hace mucho que no nos dedicamos más a nosotros. En hacer lo que nos gusta.

—Cosas de la rutina matrimonial, creo. No ves que andamos siempre con el trabajo en la cabeza.

—Cierto. ¿Crees que hacemos bien?

Félix juntó mucho las cejas.

—Si no te apetece ir nos pedimos algo y que nos lo traigan —sugirió—. Podemos probarlo cualquier otro día.

—Me refiero a la adopción.

—¡Ah! Creo que es lo mejor que podemos hacer, cielo. Aunque luego no te quejes si no nos queda más tiempo para nosotros… Entre el trabajo y el cuidado de un bebé…

—Te quiero tantísimo, mi vida.

—Y yo a ti, cielo. Verás como será una aventura fantástica.

Se abrazaron y quedaron así un largo rato. Era una escena preciosa. Ambos unidos en uno. Casi se podía percibir la suave música envolviéndolos, haciéndoles mover sutilmente a un lado y al otro.

14

Ocho semanas antes

Cala d'Or, Mallorca

—Muchas gracias, José —Dani agradece mientras recoge el paquete.

—Si no desea que realice otro encargo especial me pondré con el jardín.

Dani asiente y le dice que puede seguir con sus tareas. Luego se va al despacho y se sienta en la silla de cuero.

—Bien —se dice a sí mismo—. Veamos si ha llegado sin daños.

Abre el paquete con mucho cuidado. El cúter rasga la ranura envuelta con precinto y descubre un envoltorio de burbujas de aire en el interior.

Sonríe y explota una de ellas. Luego otra. Siempre le ha gustado hacerlo. Desde muy pequeño. Piensa que a todas las personas les atrae este tipo de cosas mundanas.

Una caja metálica sin inscripciones aparece. La saca por completo del envoltorio. Tira este al bote para desperdicios que tiene a su lado derecho y respira hondo.

La abre.

En su interior, protegidos por corchos, hay tres viales de cristal que contienen un líquido parecido a leche.

Dani los sostiene entre los dedos. Observa su interior y el aislamiento. No hay rasguños, grietas ni fugas. Está correcto y en condiciones. Si el líquido hubiese perdido la espesura blancuzca debería desecharlo. Un momento…, no están todos bien. Al coger el tercer vial se da cuenta de una pequeña grieta en la parte baja. El material protector está manchado y se ha perdido parte del líquido, aunque conserva aún el color blancuzco.

Toc, toc.

Mira a la puerta sin decir nada.

La voz de su mujer llega amortiguada por la madera.

—Dee, cariño. ¿Estás bien?

Dani cierra la caja y responde:

—Pasa, cielo. Puedes entrar.

Akane lo hace. Está envuelta en un vestido de seda largo hasta los pies de colores llamativos que forman un conjunto selvático de fantasía.

—Eiji está en la piscina y se pregunta si saldrás a jugar con él.

—Por supuesto que sí, cielo. Estaba comprobando que el paquete hubiera llegado en condiciones. Ya salgo enseguida.

Akane entiende a Dani. Quiere que lo deje solo con lo que sea que esté haciendo. Cualquier otro día, y en cualquier otra ocasión, se marcharía con un saludo cordial y sin poner objeción. Pero no hoy.

Da un empujón a la puerta mientras ella se dirige a la mesa. La puerta hace resonar un buen golpe al cerrarse. Se sienta en la silla frente a su marido que la mira expectante.

—¿Qué es esto, Dee? —Señala la caja metálica.

Silencio.

—Dee, cariño. Lo que sea que nos llevó a huir de Tokio a toda prisa se ha liberado y la ciudad ha entrado en pánico. ¿No crees que merezco saberlo todo? Ya no me sorprenderá nada.

Dani asiente y sabe que Akane tiene razón. Ella conocía su trabajo en los laboratorios y nunca se inmiscuyó en nada. Ni preguntas, ni malas miradas, ni rencor por no hablarle de ello. Sabía que era confidencial. Ahora, sin embargo, el giro de los acontecimientos ha cambiado las reglas del juego.

—Por supuesto que te lo diré, cielo —dice asintiendo—. Ya es extraño que no nos hayan detenido.

—Y no creo que lo hagan, Dee. Si te detienen saben que puedes hablar de sus planes y, ahora mismo, contener el virus es más importante.

—No podrán hacerlo —niega él—. Ese pequeño monstruo tiene capacidades nunca antes vistas o conocidas.

—Estoy aterrada, Dee. En las noticias han hablado de los primeros muertos. —Hace una pausa. Luego sigue hablando—: Y los dos sabemos que si el Gobierno reconoce un par de ellos quizá estemos hablando de decenas.

—O cientos. Quizá, miles.

—Nadie puede entrar o salir de la ciudad y se ha decretado una cuarentena total para todos los ciudadanos. ¿Crees que se podrá contener?

Dani no dice nada. Solo niega con la cabeza y da unos golpecitos a la caja metálica.

Luego, habla.

—Ese es el motivo que hace de esta caja algo tan importante, cielo.

—¿Qué contiene?

—Tres viales con un prototipo de… llamémosle «vacuna».

—¿Qué dices?

—Parte del trabajo en el desarrollo de armas biológicas es el de crear escudos, también biológicos. ¿Y cuál es más efectivo que una vacuna que neutralice al virus?

Akane abre mucho los ojos.

—Con eso podremos salvar muchas vidas, Dee.

—Lo cierto es que no. —Abre la caja y le muestra las ampollitas de cristal—. Hay muy pocas posibilidades de que funcionen y, menos aún, de que creen una inmunidad efectiva o que se pueda replicar.

—Habréis hecho pruebas o algo —dice sin preguntar.

—Muchísimas. Pero el virus es muy avanzado, agresivo y potente. Se le ha dado, por decirlo de algún modo, inteligencia. En cuanto se encuentra con una posible barrera, se duplica a más velocidad, crea una mutación adaptada y destruye cualquier posibilidad de ser eliminado.

—Entonces lo que hay aquí dentro…

—Es lo único que ha logrado frenarlo. Pero ya te he dicho que no es una vacuna al uso.

Se queda callado otra vez.

—Sigue, Dee. Por favor. ¿Qué es exactamente?

Dani la mira a los ojos.

—El resumen rápido es que se trata de una vacuna potenciada con nanotecnología y magia.

—¿Robots y magia?

—Algo así. Su función tecnológica es modificar nuestra resistencia al patógeno y reescribir parte de nuestro código natural.

—Te refieres a nuestro…

—Sí. Reescriben directamente en el ADN y nos convierte en sujetos que no enferman o no pueden ser atacados por el virus.

—Pero la modificación genética es muy peligrosa, Dee. Puede afectarnos a niveles imposibles de imaginar. —Hace una pausa larga en la que ninguno de los dos se atreve a hablar. Al final, es ella misma la que rompe el silencio—. Puede cambiar a la humanidad.

Él asiente.

—Los test realizados a ratones y cobayas así lo han demostrado. Y es más, los sujetos pasan a ser contagiosos tras la segunda y última dosis. Y lo peor es que no solo contagian, sino que pasas a hacerlo como una parte biológica más. Como respirar…

—¿Me estás diciendo que te convierten en parte del virus?

—Sí, se reescribe su código en nuestro ADN y pasamos a ser portadores, no enfermos.

—Eso es muy peligroso. Es…

—Es lo que llevamos años intentando reproducir de los murciélagos. Ellos son portadores de multitud de virus que viven en simbiosis dentro de sus cuerpos esperando ser llevados al sujeto

necesario para empezar su ciclo vital.

—¿Y pretendes probarlo con nosotros? —Señala los viales.

—Sí, aunque ya no es tan sencillo.

—Explícate —exige.

—En cada vial hay la cantidad para cinco dosis y cada sujeto debe recibir por lo menos dos para que sea efectiva.

—Si hay tres viales tenemos de sobra.

—La verdad es que solo nos quedan dos, Akane. El tercer vial se agrietó durante el viaje y aunque no ha perdido por completo el líquido ni, al parecer, sus propiedades, no es apto para el uso.

—Eso es horrible… Aun así…

—El éxito de las pruebas es mayor en sujetos jóvenes.

—No. No estarás diciendo…

—Cálmate, cielo. Solo te aclaro que es más fácil que los niños logren sobrevivir, pero nosotros, los adultos… Ya es otro tema.

—De todos modos, no perdemos nada en intentarlo, ¿no?

—La verdad es que he estado pensándolo y… —le cuesta pronunciar lo que en su mente lleva días madurando—, creo que lo mejor será administrarles las dosis a los hijos de Antonia y José… Son nuestros únicos amigos, casi de la familia. Por lo menos que estén cerca. Y, por supuesto, a Eiji.

—Me parece una muy buena idea, pero, incluso así, hay para dos personas más. —Ahora es ella la que calla haciendo sus propias cábalas—. ¿No estarás pensando en…?

15

Una Cena Diferente

La Quinta Esencia resultó estar acorde con los atuendos elegantes de Félix y Marta.

La entrada acristalada le confería un aspecto frágil y de cuento de hadas, custodiado por dos hombres que aguardaban en una especie de palco.

El ambiente era íntimo, la intensidad de la luz estaba al mínimo. Las velas de las paredes hacían creer que era la responsable de tan espiritual efecto. Columnas enormes se alzaban hacia un techo abovedado con molduras de mil formas y tamaños.

Las mesas usaban manteles negros, cubiertos de plata y unas lucecitas —quizá leds—, simulaban un grupo de luciérnagas.

—Precioso.

—Si llego a venir con los tejanos y el polo me sentiría fatal.

—No creo que les importara demasiado. Sandra me dijo que no son para nada recriminatorios en cuanto a la etiqueta y sirven a quien venga.

El camarero les dio la bienvenida, se presentó y les entregó la carta. Un vistazo rápido y se dieron cuenta de que era cierto. Multitud de platos, menús y precios asequibles para todos los bolsillos; tanto para los humildes como para los ostentosos.

—El propietario es vasco —anunció Marta—. Vino de vacaciones a la Costa Brava y allí conoció a Patricia, la hermana del granjero.

—¿¡La hermana de Jordi!? —Félix abrió mucho los ojos.

—Ajá. Por lo visto fue un flechazo. De unas vacaciones de quince días, pasó a ser un mes, y de este a vivir juntos.

—Tiene buen gusto el vasco este.

—Txema. Se llama Txema, y viene de una familia de hosteleros bastante conocidos en el País Vasco. Tienen un par de restaurantes muy bien considerados y se tomaron su marcha como algo no muy bueno al principio.

—¿Y ahora?

—Están encantados —afirma—. Su marca ha crecido y ven a su hijo feliz. ¿Qué más pueden pedir?

—Ahora que lo dices… ¿No será el mismo que sale en la tele los mediodías?

—El mismo. La cadena local le ofreció la oportunidad y es un éxito.

—¿Y Jordi qué dice de todo esto? Que le hayan llevado a la hermana…

—Contentísimo. Viven en la granja todos juntos. Habilitaron la casa anexa a la principal y allí la pareja dispone de cierta intimidad. Aunque la verdad es que pasan más tiempo juntos que solos. Y la abuela, que aún vive, le ayuda con todo lo que hacen.

—¡Por Dios! Esa mujer tendrá por lo menos cien años.

—O más. Y se lleva muy bien con Txema. De ahí el nombre del restaurante; La Quinta Esencia. ¿No recuerdas las historias de las brujas elementales de la zona?

—Pues claro. Las brujas de aquí son como el aire que respiramos. Mires donde mires, allí están. Su legado es legendario.

Félix sonríe al recordar las viejas historias que le contaba su madre acerca de esas mujeres poderosas.

—Y tú sabes mucho de ellos, ¿no? —inquiere a Marta.

—No es un secreto. Su historia es muy bonita. Además que a Sandra le encanta hablar de las vidas de los demás.

—Seguro que no nos libramos de sus habladurías.

—Por supuesto que no, pero viniendo de ella no me molesta. No tiene maldad. Lo hace por que le tira más el periodismo que a muchos del ramo.

—¿Pues sabes lo que te digo? —pregunta Félix.

—Dime.

—Que me apetece probar uno de los menús de degustación. Así probamos un poco de todo.

—Buena idea. Me apunto.

* * *

La cena transcurrió con un aire entre solemne y ritual donde cada plato era presentado con su esencia más pura y tradicional.

El toque de la abuela, que algunos decían que era la heredera de un linaje de brujas —elementales— antiguas, se percibía en cada sabor.

Comieron como reyes, bebieron y brindaron por el pasado que los había unido, por el presente que los mantenía juntos y por el futuro con un nuevo miembro que llegaría a sus vidas en un futuro no muy lejano…

—No será fácil. Lo sabes, ¿verdad? —Félix le agarró una mano envolviéndola con las suyas.

—Sí. Pero estamos juntos en esto. —El calor de las manos de su marido la reconfortaba. Tan cercano, tan familiar, tan sincero—. Y es,

precisamente, eso lo que me da más fuerza que todo lo demás para afrontar el reto.

Tras los postres, Txema y Patri, los propietarios de La Quinta Esencia, salieron de la zona de cocina y saludaron a los comensales. Se hicieron fotos y hablaron con ellos. El restaurante era un reclamo para muchos y una cita ineludible para otros tantos.

—Hace mucho que no veo a tu padre —dijo Félix a Patricia a modo de disculpa—. Y eso que de jóvenes salíamos de fiesta juntos.

—Es lo que tiene el tiempo —afirmó Patricia—; pasa para todos y sin que apenas uno se de cuenta.

—Si no llega a ser por Marta, que me ha dicho quién eras, ni te reconozco. —Negó con la cabeza y una sonrisa en los labios—. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que te vi. ¡Si eras así de pequeña!

—Pasad un día de estos por la granja —invita Patricia—. Podemos planear una comida o una cena y nos ponemos al día. ¿Qué os parece?

—Sería muy buena idea —responde Marta sin dar tiempo a pensar en una excusa—. Y así conocemos al hombre que te ha robado el corazón.

Todos miraron a Txema. Luego, Félix añadió:

—Eso, y veo a tu padre, que lo echo de menos.

—Genial. Entonces, nos llamamos.

Txema y Patricia se alejaron de la mesa a atender a otros comensales que esperaban ilusionados. Marta se dio cuenta de que Félix no apartaba los ojos de la pareja.

—Son buena gente, ¿verdad, Félix? —añadió al ver a su marido con una fina sonrisa en el rostro.

—Y así es como te das cuenta de lo viejo que te haces —murmuró Félix—. De golpe, esa cría de tu amigo, ya es toda una mujer.

—Y tienen la vida por delante. Les irá muy bien. Lo merecen.

Félix no respondió.

Marta lo miraba fijamente. Vio que una sombra planeaba cubriéndole el rostro.

—¿Félix?

—Dime —dijo sin mirarla.

Marta vio que sus cejas permanecían muy juntas.

—¿Qué ocurre?

—No lo sé.

—¿Qué significa que no lo sabes?

—Pues eso —dijo sin más—. Que no lo sé. Es como… Veo algo raro en él.

Marta se sorprende aún más.

—¿Estás insinuando que Txema la engaña? ¿Que no es lo que parece? —Hace una pausa—. ¡No! ¡Me niego a creerlo!

—No, no. No es eso —se apresura a corregir su error—. Es que… huele raro.

—Ya estamos otra vez con los olores. Félix, acaban de salir de una cocina. Es normal que huelan raro.

—Qué va. No es a refrito ni pescado.

—¿Entonces?

—Es un aroma como de hierba recién cortada con un regusto a… agrio.

—¡Tú sí que estás agrio!

Marta le golpeó en el hombro con el puño cerrado y se rio tan alto que atrajo las miradas de algunas mesas. Lo cual provocó un ligero tono rosado en las mejillas de ella. Félix, sin embargo, permaneció impertérrito y muy serio.

—¿Félix?

No respondió.

—Esto empieza a preocuparme de verdad. ¿Cielo? ¿Me oyes?

Félix siguió en silencio. Su mente percibía el olor como un aviso y el sabor como algo de lo que alejarse, como una advertencia que no comprendía. Era como si sus neuronas recordaran un dolor antiguo y quisieran ayudarlo. Un recuerdo de alarma primigenio, ¿quizá?

Pero si eso era posible, aparecían nuevas preguntas a su ya de por sí misteriosa alteración. ¿A qué le temía? Y, ¿por qué justo ahora? ¿Qué era lo que había cambiado en él?

16

Siete semanas antes

Catedral de Milán, Italia

Las luces azules, amarillas y rojas tintinean en la piedra de la catedral a intervalos regulares rompiendo la plácida oscuridad.

Dos ambulancias y tres coches de policía custodian la plaza de enfrente. Los primeros atendiendo a dos personas tumbadas en el portal de entrada a un bloque de pisos. Y los otros evitando que la curiosidad de los transeúntes y turistas asfixie aún más a los desfallecidos.

La vecina del segundo B que ha llamado a urgencias está envuelta en una manta a pesar de no hacer una noche fría. La incertidumbre la hace temblar. Siempre le han dado pena los sintecho y aunque no le gusta tenerlos durmiendo en el rellano, jamás ha mostrado ira contra ellos. No como otros inquilinos que, lejos de compadecerse, les hostigaban e insultaban.

Raffaella es una buena mujer. Una de esas personas que siempre están dispuestas a ayudar al prójimo. Por eso llamó a emergencias.

—Señora —le llama la atención uno de los agentes que han acudido al lugar—, ¿fue usted quien llamó?

—Sí, vi que no se movían y me temí lo peor.

—Ha hecho muy bien —la apremia y ella siente un inesperado alivio—. De no ser por usted lo más probable es que no hubieran resistido la noche.

—Me alegro, agente. Cada día hay más personas que se ven obligadas a sobrevivir como pueden. Y eso no está bien. No. Nada bien.

—Es cierto, señora. Y los Gobiernos se ven saturados. —Hace una pausa demasiado larga—. Y no saben o no quieren saber de ellos.

—¿Se pondrán bien?

—Los trasladaremos al hospital y les harán un chequeo completo. Parece ser que tienen la temperatura muy elevada y deshidratación severa.

La vecina se pone pálida.

—¿No será el virus ese que sale en las noticias?

—No creo, señora. Eso ha sido en Japón y… ningún país ha reportado contagios.

—Sí, claro. Ni que eso fuera a tranquilizarme —dice con sorna—. Como si no estuviésemos acostumbrados a las mentiras de los políticos. ¿Acaso cree que nos lo dirían si hubieran detectado algún caso?

El agente no dice nada. Levanta los hombros a modo de respuesta.

—No, agente. No es necesario que responda. Toda la ciudadanía piensa igual. Una panda de calienta sillas que solo piensan en engrosar sus cuentas corrientes. Y, claro, ir de putas cada fin de semana. —La mujer ve que el agente ha abierto mucho los ojos y añade—: Disculpe que sea tan clara.

Mientras la mujer y el agente hablan, los operarios sanitarios suben a los indigentes a la ambulancia y salen disparados al hospital.

—Un equipo de limpiadores municipales vendrá en breve a limpiar esto —dice uno de los policías a su compañero.

El suelo de linóleo está cubierto de una masa informe de colores muy distintos. Vómito. Sangre. Mocos.

—Será mejor —responde Raffaella que no puede evitar meter cizaña—. Porque yo no pienso tocar nada de eso. ¡Dios! ¡Qué asco!

17

Ahora

El Inicio Del Fin

Al día siguiente del encuentro con Txema y Patricia, Félix se bebía una taza de café muy caliente, sentado en el sofá y acariciando a su gato Caramelo.

Le habían puesto ese nombre el día que lo encontraron en el contenedor de basura. Su maullido le pareció el llanto de un bebé y Marta fue sacando las bolsas, rajándolas de arriba abajo por si ese llanto lastimero era el hijo que tanto deseaban.

—Déjalo, cariño —le dijo Félix.

—No puedo. ¿Y si es nuestro pequeño? ¿Nuestro regalo divino?

Era evidente que él no pensaba lo mismo, pero ¿qué iba a decirle? Marta se apoyaba en la esperanza como un pilar que sostenía su vida y había dejado de lado otros sentimientos para evitar que entrasen y se alojaran en su corazón.

Ella no lo decía. Sin embargo, su latido era cada vez más duro, endurecido como la lava que se enfría convirtiéndose en roca. Al suyo le ocurría algo parecido. O por lo menos eso daba a entender a los demás. La verdad era que se cubría con una capa muy resistente que la protegía del exterior. Por las noches, sus sueños la delataban rompiéndole la frágil cúpula en mil pedazos. Y lloraba. Un llanto primitivo, doloroso y, en parte, gutural.

Félix sabía que no podía hacer nada por ella más que abrazarla y acompañarla en silencio.

Igual que hizo en el contenedor de basura ese día. Conteniendo las palabras y la respiración.

Cuando Marta vio la caja de cartón, la cogió como si se tratara de un objeto delicado, frágil, casi como su corazón.

El llanto emergía de su interior. Abrió la tapa y, en cuanto miró dentro, vio a un gatito que no tendría más de unas semanas de vida. Su pelaje atigrado estaba apelmazado y pringado de una sustancia desagradable. Marta, contra todo pronóstico, lo cogió con sus manos y

se lo acercó al pecho.

Félix se debatía entre recriminarle que le quedaba poco tiempo de vida y alentarla a llevarlo al veterinario.

—Pobrecito —susurró—. No te preocupes, yo te ayudaré.

Marta le fue arrancando con suavidad los trozos de roña que estaban pegados a su pelaje. Arrugó la nariz y dijo:

—¿A qué huele, Félix?

—A basura —respondió él con sorna.

Marta lo miró con una sombra de reproche. No era momento de bromas. Así que él dejó que su sonrisa se apagara y olfateó.

—Huele a… ¡caramelo!

—¿Qué dices?

—Sí, sí. Es como cuando mi madre fundía caramelo en un cazo para ponerlo en el fondo de los flanes caseros.

Marta olió y se echó ligeramente atrás. El olor que percibía ella nada tenía que ver con ese recuerdo agradable que había mencionado su marido. Le pareció oler a podredumbre, orina, suciedad…

Entonces, llevaron al pequeño Caramelo al veterinario. Les dijo que no era muy probable que viviera, pero se lo quedaría ingresado en la clínica para hacer lo máximo posible por él.

Marta lo visitó a diario. Dejó muchos quehaceres y rutinas por estar junto al pequeño felino atigrado.

Milagrosamente, y con la paciencia y cuidados necesarios, se recuperó.

Y así pasó a formar parte de la familia.

—Mira, Félix —le dijo entrando en casa con el gato a cuestas—. Viene a vivir con nosotros.

Él no respondió. Se quedó con cara de sorpresa que rápidamente cambió por una más agradable. Se le acercó y le acarició. El ronroneo del rescatado era agradable y le transmitía paz.

—Debemos pensar un nombre ideal —dice él rascándole entre las orejas.

—Ya se lo pusiste, Félix.

Este puso cara de interrogación.

—Caramelo —respondió Marta—. Cuando lo encontramos dijiste que olía a caramelo. Y me parece un nombre más que adecuado.

Ahora, mientras Félix lo acariciaba y él ronroneaba, se preguntó a qué se debía ese olor a caramelo que solo él parecía percibir. Quizá ya entonces su cabeza estaba fallando.

De repente, Marta apareció nerviosa por la puerta y devolviéndolo al presente.

—Es horrible, Félix.

—¿Qué ocurre, Marta?

Sus ojos llorosos amenazaban el inminente llanto.

—Es Txema. —En el acto, Félix recordó el olor a hierba—. Por lo visto le ocurrió algo ayer noche. No está muy bien.

—¿Qué ha sido? ¿Un accidente?

—No, no. Al parecer empezó diciendo que le dolía mucho la cabeza y luego se echó en la cama, empapado y temblando. Dolor de huesos y fiebre muy alta.

—La gripe —resolvió Félix.

—Es lo que pensó Patricia, pero al no bajarle, llamó al doctor Santoro y este mandó una ambulancia.

—¡¿Qué dices?!

—Lo ingresaron en el hospital y le controlan las constantes. Les dijeron que de haber esperado unas horas más, Txema habría muerto por colapso.

—¿Y qué es lo que tiene?

—No lo saben. Pensaron que se debía al viaje que hicieron a Italia, pero ha pasado demasiado tiempo y la incubación de los virus nunca es tan larga.

—¿Le han hecho el test para descartarlo?

—Pues no lo sé. No se me ocurrió preguntar. Entre los nervios y que no me lo esperaba… Pues imagínate.

—Lo comprendo. ¿Y cómo se encuentra Patricia? ¿Está bien?

—La han puesto en cuarentena hasta tener más resultados. Nadie puede verlos ni nada. Irán informando a la familia a medida que vayan sabiendo más.

18

Seis semanas antes

Cala d'Or, Mallorca

Están reunidos alrededor de la mesa baja de la piscina, en la pérgola que mandaron construir tres años atrás. Los jazmines se han apoderado de las columnas y parte del techado. Su color verde intenso tiznado por cientos de flores blancas le confiere un aire exótico y agradable.

—Siéntate, Antonia —le pide Dani con amabilidad.

Antonia termina de servir la limonada recién preparada y obedece, intrigada por el motivo de la reunión.

—¿Ha ocurrido algo, señor? —pregunta José con cierto temor—. ¿Les hemos fallado?

—No te preocupes, José —se apresura a calmarlo Akane con ese acento que no se le quita—. Os estamos muy agradecidos por todo el trabajo que habéis hecho siempre.

—Cierto —añade Dani—. Aunque no pasemos mucho tiempo juntos, sois parte de nuestra familia.

—Gracias, señor. —A Antonia le tiembla la voz—. Ustedes son nuestra única familia y rogamos a Dios que sea por muchos años más.

Un silencio espeso e incómodo los envuelve.

Antonia se cubre la boca con las manos ahogando un hipo y se le humedecen los ojos.

Akane se da cuenta de que Antonia imagina lo peor. Dani tiene el rostro cansado, y las ojeras hinchadas y oscuras bajo sus ojos lo han envejecido quince años. Lleva días —de hecho fue desde que llegaron a la isla— con una tos muy fea. No le extraña que la pobre esté angustiada. Decide hablar.

—La verdad es que queremos hablar con vosotros de un tema muy importante —mira a Dani— y nada sencillo de explicar.

Las miradas se entrecruzan e interrogan. Es José quien se lanza al fin.

—¿Tiene que ver con lo ocurrido en Tokio?

Dani asiente.

—En las noticias de hoy han dicho que es una mutación de la gripe

muy virulenta y que se está extendiendo muy deprisa.

Dani vuelve a asentir.

—Y por lo que cuentan —sigue Antonia—, al parecer ya hay otros países reportando casos parecidos.

—Así es. ¿Verdad, cariño? —Akane le da un puntapié a su marido para obligarle a reaccionar y que se explique.

Dani da un brinco tan fuerte que hace temblar la mesa. Luego, nervioso, se rasca la cabeza, coge el vaso de limonada y se la termina de un trago.

—Es cierto. —Se aclara la voz—. Pero no es toda la verdad.

Lo miran expectantes.

—Han dicho que se está controlando y que los enfermos son puestos en cuarentena —Antonia cuenta lo que vio en el canal 24 Horas—. Dicen que el aislamiento es la mejor barrera contra ese bicho y que, bajo ningún concepto, tiene parecido alguno con la covid. Y menos aún se tomarán medidas tan drásticas como dos años atrás.

Dani niega con la cabeza.

—En los próximos días se multiplicará el número de contagiados sin poder frenar la expansión por todo el mundo —explica Dani—. El virus es una mutación casi imposible de erradicar. Lo intentamos —se rasca el cuello—, sin éxito alguno.

—Pero habrá algo que puedan hacer, señor. —José no da crédito—. Ustedes los científicos encontraron la cura o lo que sea a diferentes virus y bacterias en el pasado.

—Se trata de un patógeno altamente volátil, resistente y agresivo. Muestra de ello es que ya escapó del confinamiento perimetral decretado en Tokio y pronto estallará en todo el mundo. Un solo día en el aeropuerto de Narita, en Tokio, se registran más de cien mil vuelos a nivel nacional y otros tantos miles a nivel internacional. Al año podemos hablar tranquilamente de más de cincuenta millones de pasajeros. La expansión es inevitable por más que intenten calmar a la población.

—Entonces… ¿Lo de Italia…?

—Solo es la punta del iceberg. Las grandes capitales ya deben de estar sintiendo un aumento de visitas a los CAP (Centros de Atención Primaria), a Urgencias y con patrones similares a complicaciones respiratorias, coronarias y renales.

—¡Dios mío! —exclama Antonia—. ¿Qué podemos hacer? ¿Qué debemos hacer?

—Ese es el motivo por el que os hemos hecho venir aquí. —Akane pone las manos abiertas en la mesa dando un golpe demasiado fuerte.

—¿Recuerdas el paquete que te mandé recoger y que iba a tu nombre, José?

—Sí —responde él.

—Contenía tres viales con una vacuna experimental. De hecho, la única que existe para plantarle cara al virus.

—Es una muy buena noticia, señor. —Se alegra Antonia.

—Sí y no. La efectividad de la vacuna es dudosa en adultos, pero en jóvenes suponemos que el éxito roza el noventa por ciento. No se han hecho las pruebas necesarias, pero creemos que con dos dosis debería bastar para inmunizar al sujeto.

—Es una excelente noticia, señor. Sus compañeros ya deben estar trabajando en ello. Lo que me parece extraño es que no han dicho nada en los telediarios.

—Ni lo dirán —zanja con más agresividad de la que quería—. Quizá harán creer que se trabaja en ello. Y seguro que lo hacen, pero los viales no llegarán jamás a la población. Todos los científicos implicados en el estudio ya deben de estar muertos a día de hoy. —El aire se ha vuelto gélido de golpe ante la revelación—. Deben prometerme que no le contarán nada de esto a nadie. Ocurra lo que ocurra.

—Se lo prometemos —dicen al unísono—. Aunque…

Dani no le deja terminar de hablar cuando él baja la cabeza un instante, cierra los ojos y, al abrirlos de nuevo, hace callar a José con un rostro muy serio.

—Mi esposa y yo hemos pensado que sus hijos deben recibir las dosis.

—No, señor. Primero son ustedes.

—Como les he dicho, los jóvenes tienen más posibilidades de inmunizarse y sobrevivir. Y aun así, quedarán las dosis suficientes para dos personas más. Akane recibirá una. La otra será para uno de ustedes dos.

—No, no, ni hablar —niega José—. No podemos permitirlo. Es usted, señor Dani, quien merece la vacuna.

—La única negociación que habrá de ahora en adelante será para decidir quién de ustedes dos la recibe. Sus hijos no pueden quedar solos y, con un poco de suerte, yo me habré inmunizado por contacto directo en los laboratorios —miente.

—Pensadlo con calma —les dice Akane—. Es una decisión muy importante.

—Lo ideal sería que mañana empezáramos por inyectar la primera dosis —aclara Dani—. Como mucho esperaré hasta el próximo lunes. Antonia. José. Solo uno de los dos.

19

Ahora

Buscando Respuestas

—Buenos días, Santoro.

—¡Félix, me alegra verte! —exclamó el doctor.

—¿Sabéis algo más de Txema?

—Nada. Le hemos hecho todas las pruebas que podíamos y no responde a ninguna. Es muy extraño.

El hospital era un hervidero de gente. Sobre todo, el Área de Urgencias. Al parecer, otros habían enfermado durante la noche y presentaban los mismos síntomas que Txema.

—¿Alguna idea de qué puede ser? —preguntó Marta.

—Pensamos en una intoxicación alimentaria y, por el momento, estamos haciendo un rastreo de a qué lugares fueron, dónde comieron y si existen contactos comunes.

—¡Dios!

La exclamación de Marta hizo que varios visitantes se girasen en su dirección. El doctor Santoro la miró extrañado.

—Cenamos juntos ayer —confirmó ella.

—¿Cómo?

—Bueno… Ayer fuimos a cenar al restaurante de Txema y Patricia, La Quinta Esencia. ¿Es posible…?

—Es algo a tener en cuenta —afirmó el doctor—. Por si mostráis algún síntoma o debemos aconsejar una cuarentena.

—Pero Patricia está bien, y nosotros también.

Santoro asintió. Luego, añadió:

—No significa nada. Si es una intoxicación alimentaria puede que Txema probase una salsa en concreto o se expusiera a lo que sea. Lo importante es que tenemos algo a lo que seguir el rastro.

—No será el puto virus nuevo que sale en la televisión, ¿no?

—Poco o nada sabemos de él, Marta. —El doctor se rascó la cabeza.

—Espero que no. Otro confinamiento total del país y termina de hundirnos como sociedad.

—Es una situación complicada…

Un doble pitido agudo que se repetía hizo callar al doctor. Rebuscó en su bolsillo. Sacó un aparato pequeño y negro del tamaño de una caja de cerillas con una pantalla minúscula. ¿Un busca? Se lo acercó a la altura de los ojos y miró la pantalla. El rostro se le tornó ceniciento. Luego, lo guardó de nuevo en el bolsillo de la bata y dijo con una disculpa:

—Si me permitís. El deber me llama.

Santoro se alejó de los dos a paso ligero y les dio las gracias.

—Ah, Félix. —Se detuvo y habló en voz alta—: Tus resultados son buenos. No hay de qué preocuparse.

Lejos de sentirse agradecido o contento, Félix sintió un repentino aroma a miel rancia.

—¡Qué bien, cariño! —se alegró Marta—. Es una buena noticia.

—Sí. —Sonrió este—. Mi cabeza no está tan mal como pensábamos.

Marta le rodeó con un brazo y lo empujó hacia adelante. Había preparado magdalenas caseras y zumo natural para Carmelita y Antonio.

Anduvieron por los pasillos; Marta ajena al nerviosismo creciente de Félix, él sin dejar de percibir los olores que le llegaban.

Sin decirlo, sus ojos también se preguntaban dónde estaría el chico de ayer. El joven le había dicho que le enseñaría a identificar los olores. Lo había llamado «el don».

Llegaron a la habitación en la que habían instalado a Antonio y estuvieron largo rato poniéndose al día. Es curioso cómo habla la gente en los hospitales. Por un lado, fingen que todo es normal y que hay que poner buena cara a pesar de las circunstancias. La verdad es muy diferente. Los enfermos quieren irse y dejar de ver las paredes blancas, las herramientas blancas, la ropa blanca y la comida… blanca y sin gusto. Porque no nos engañemos, por mucho que la salsa de tomate tenga el color rojo de la sangre, su sabor no puede ser más insípido. O sea: blanco.

Al rato, Félix se despidió de ellos con la excusa de estirar las piernas. Y sí, las estiró, pero en dirección a la otra punta del complejo para buscar a Carlitos.

A esa hora, la zona estaba tranquila en los pasillos internos. Nada que ver con el exterior o el Área de Urgencias. Una pareja de jóvenes, una mujer con un crío —de pocas semanas, parecía—, y una anciana en silla de ruedas que miraba por el gran ventanal del módulo cuatro. Félix siguió su mirada y vio como una mujer se bajaba a toda prisa de un coche.

La enfermera tras el cristal protector de la recepción del Área de Recuperación no levantaba la cabeza de lo que fuera que tuviera entre manos. Era algo que siempre se había preguntado: ¿Qué hacen las enfermeras cuando no están entrando datos de nuevos pacientes?

Quizá unos crucigramas o rellenando las casillas de un *haiku*. Aunque hoy en día lo más probable era que estuviese con alguna aplicación para el móvil espiando a sus compañeros en Facebook o Instagram. O quizá jugando a un juego o viendo vídeos en TikTok.

La calma aparente de la sala no se le contagió a Félix. Él sintió algo más parecido a la decepción. Ya suponía que era difícil volverse a encontrar con aquel joven, pero albergaba cierta esperanza de lograrlo. Hablar de los olores con un crío no parecía lo más sensato. Pero ¿con quién lo sería? El doctor ni hablar, y Marta… aún menos.

Retomó el pasillo con aire cansino. Abatido y preguntándose dónde estaría aquel joven alegre.

A lo largo del pasillo y dispuestas a un lado, había grupos de sillas flanqueando las puertas numeradas a la izquierda. Hoy estaban vacías, pero los días entre semana se pasaba consulta y se asemejaba más a un mercado ambulante que a un hospital. A pesar del rastro de precauciones que había dejado la pandemia de coronavirus, todo había vuelto a una normalidad contrita.

Cuando hubo cruzado el pasillo entero y subido las escaleras que lo llevaban a la recepción general, vio que Carlitos estaba sentado en uno de los sofás de piel oscura.

El niño lo saludó con grandes aspavientos, se alzó y salió corriendo en dirección a Félix.

—Buenos días, campeón —saludó con una sonrisa de verdadera alegría en los labios. Incluso sus dientes blancos encajaron en aquella gran recepción de paredes gris cemento.

—¿Qué hay? —dijo a modo de saludo—. Me gusta que haya venido.

—No tenía más opciones, chico. Han ingresado a un amigo. Y me dejaste con una intriga que ni el mejor de los libros.

A Carlitos no pareció importarle.

—¿Cómo está tu hermano?

—Bien. Tiene una piedra en el riñón y se la van a sacar.

—¡Ostras! —exclamó Félix—. Fue una suerte que vinierais, entonces.

Carlitos sonrió de lado y a Félix le dio un escalofrío.

—De suerte nada, señor. Ya se lo dije, usted y yo somos iguales. —Le dio la espalda y avanzó unos pasos hacia la puerta automática—. Venga. Allí estaremos más tranquilos.

Se fueron a la zona ajardinada que rodeaba el edificio. Una gran extensión de césped bien cuidado y arbustos autóctonos que salpicaban el terreno. Félix se preguntó si alguna vez los había visto florecer.

Hacía frío. Durante la noche, que no se había cubierto de nubes, la temperatura descendió congelándolo todo. El tono blanco de la vegetación que se mantenía a la sombra daba fe de ello. El rocío

congelado como una burbuja protectora.

—Así que cálculos renales. Y tú ya lo sabías.

—No, no sabía que era eso —dijo muy tranquilo levantando los hombros—, pero sí que tenía algo dentro que lo hacía oler raro.

—¿Y por qué no se lo dijiste sin más a tu madre?

Lo miró levantando mucho las cejas.

—¿En serio se cree que no lo he hecho muchas veces?

No esperaba respuesta.

—La de veces que se lo he dicho a mis padres —respondió el chico más como una conclusión para él que ya se había hecho mucha veces —, pero nunca se creen nada. —Luego fijó sus ojos, de repente molestos, en los de Félix—. Piensas que me lo invento para llamar la atención.

Félix decide preguntar directamente y sin rodeos.

—¿Por eso lo empujaste por el terraplén?

Silencio.

Carlitos le clavó aún más los ojos.

—¿Qué hacer si no? Si se lo decía no me creerían y, quizá, para cuando se lo encontraran, sería demasiado tarde para mi hermano. Sabía que si lo tiraba lo llevarían al hospital y aquí le harían las pruebas necesarias. ¿O dejarlo en manos de la suerte o intentar que se salvara?

—Pero si haces esto pensarán que eres malo.

—No me importa. Lo que cuenta es que ahora saben lo que tiene y lo pueden ayudar. Pero no estamos aquí para hablar de mí, ¿verdad, señor?

Félix tragó saliva. Le pareció que su garganta estaba seca como un desierto y sintió el buche igual que arena deslizándose hacia su estómago.

Asintió.

—Yo todavía no lo entiendo muy bien, pero sé que podemos oler cosas que los demás no pueden.

—¿Y eso significa…?

—Pues eso: que olemos lo que otros no pueden. ¿No le ha sucedido conmigo? ¿Se acuerda de ayer?

Claro que se acordaba. Asintió.

—Ese olor es el nuestro. Los que son como nosotros y tienen la facultad del olor, huelen así.

—¿Conoces a más como nosotros?

«Nosotros». Eso daba a entender que creía en sus palabras. Daba a entender que percibía el olor y él era especial, como el niño. ¿Se estaría volviendo loco? ¿Era así como empezaba a mostrarse la locura?

—Qué va. —Negó con la cabeza—. Usted es el primero.

—Entonces no puedes saber si hay más.

—Claro que lo sé. Es como pensar que solo existe la vida en la Tierra a pesar de que hay miles de millones de estrellas con miles de millones de planetas orbitando a su alrededor. ¿Acaso no hay nada allí afuera? Pues nosotros igual. ¿Acaso somos los únicos? Pues no, no lo somos.

20

Ahora

Aromas de otro tiempo

Félix recordó en un instante cuando era joven, un chaval de trece años. Acostumbraba a salir de casa y sus padres no sabían siquiera adónde iba o cuándo volvería. Sí, le ponían límites, pero no había manera de avisarles si se le hacía tarde, que, por otro lado, era lo habitual.

El día en cuestión que le vino a la memoria, era domingo, verano y fiesta en el pueblo. Lo recordaba con cierta nostalgia. Era el día en que se sentaban a la mesa junto a sus primos de Barcelona, que pasaban las fiestas con ellos.

Sus primos eran de esa clase de personas a las que les encantaba alardear y dárselas de importantes. Y solo por el hecho de estar viviendo en la ciudad condal, les daba un poder inimaginable. Ni que la *city* estuviese construida en el planeta rojo.

A Félix y sus primos, Roberta y Teodoro, les traía sin cuidado el poder de sentarse en el asiento de piel de un buen coche, un sueldo elevado o una ropa tres veces más cara que su valor real. Ni por asomo perdían el tiempo en nimiedades. Lo que realmente les importaba a ellos sí que los convertía en especiales.

Por un lado, estaba la máxima de poder dormir juntos. Con lo cual, «sufrirían» del efecto secundario del insomnio al estar levantados hasta las tantas explicándose relatos de miedo e historias imaginarias vividas. Por el otro, el gran festín de fiesta mayor que era a base de un entrante de embutidos selectos, canelones y solomillo de cerdo con setas. Los mayores brindaban con champán y ellos lo hacían con botellines de Coca-Cola. Eso sí era bebida de verdad.

Tras la comilona y «la charla de mayores» que los hubiera dormido de no ser por la cantidad industrial de azúcar de sus bebidas, los jóvenes esperaban pacientes a la hora del licor, la copa y el puro —así lo llamaban los padres—, que era cuando los adultos eran más vulnerables.

—Mamá —dijo Félix tirándole del brazo—, los primos quieren ver la orquesta.

—Esperad un poco y vamos todos —dijo ella abriendo la bandeja con pastas de crema, nata y chocolate que acababa de poner encima de la mesa.

—¡Porfi, Titaaaaaa! —gritaron los dos hermanos afirmando su impaciencia y añadiendo la presión justa.

—Niños. No molestéis a vuestra tía que si se enfada no nos invitará ningún año más.

Todos rieron ante la ocurrencia y la madre de Félix se apresuró en decir:

—Comed antes una pasta y dejad reposar la comida, que os sentará mal. Y luego serán vuestros padres los que no querrán regresar.

—Eso, eso. Además, hasta las seis no empiezan a tocar nada, que aún hace demasiado calor.

—Ya, por eso iremos al tiro primero.

—¡Ajá! —exclamó su padre—. Ahí está la verdad oculta. Lo que quieren es dinero. ¿Verdad, niños?

Los tres primos se miraron, dibujaron unas sonrisas de oreja a oreja y dejaron salir de sus labios un cantarín y sonoro «¡Síííí!» que no dejaba lugar a dudas.

Entonces, el tío sacó una cartera de piel enorme, rebuscó entre los billetes de colores y les dio tres de color verde, eran de mil pesetas.

—¿Dónde vas con tanto? —dijo su madre.

—Deja que se diviertan, chica. ¿Acaso no te hubiese gustado tener ese dinero en tus tiempos de moza?

—Las comparaciones no se pueden hacer. Sigo diciendo que es demasiado.

—Nada, chicos. Uno de verde para cada uno y si necesitáis más volvéis. Bueno, mejor no. Ya nos veremos en el baile. Buscadnos en la barra.

Salieron corriendo hacia la calle sin pensarlo dos veces. Lo último que querían era estar en medio de una discusión en la cual los únicos perdedores podrían ser ellos.

—Coged por lo menos una pastita, chicos —gritó mamá—. Y un beso agradecido.

Félix, Roberta y Teodoro hicieron caso y volvieron a su banco particular a darle un «gracias» con los labios edulcorados.

Cuando Félix se lo dio sintió una repulsión. No era el tufo del humo del puro, que ya había formado una niebla baja en todo el salón. Era algo parecido al hedor a putrefacción del vertedero, a las afueras de Aurora.

Ese lugar era el punto donde los habitantes dejaban los desperdicios electrónicos, muebles y demás trastos a la vez que el servicio de

recogida de la basura echaba las bolsas también en el descampado. Formando así una inmensa montaña de residuos.

Félix arrugó la nariz y se echó para atrás.

—¿Qué te pasa, chaval? ¿No estás acostumbrado al olor de los hombres de verdad o qué? —preguntó mirando a su padre con una sonrisa malévola. Luego añadió—: Es Varon Dandy, el «perfume genuinamente varonil» que vuelve locas a las mujeres.

Todos volvieron a reírse. Félix no. Él solamente pensaba en lo desagradable que percibía el olor a esa colonia que se suponía que te convertía en un hombre viril y agradaba a las mujeres.

—Si la tienda de ultramarinos de la esquina tiene —dijo al ver que nadie le respondía refiriéndose a Can Senen, uno de esos establecimientos en los que tienen siempre de todo—, te regalaré un bote.

* * *

Los muchachos salieron, esta vez sí, de la casa. Daban grandes zancadas, saltando y riendo por la calle de adoquines.

—¿Adónde vamos primero, Félix? ¿Al tiro?

—¡Qué va! Antes de nada, bajaremos a la zona fantasma y entraremos en el cementerio. ¿Qué os parece?

—¡Genial! —respondió Teo mirando a su hermana con los ojos entornados—. A no ser que tengas demasiado miedo y prefieras quedarte en la casa, Berta.

—¡Ni lo sueñes! —Se enojó ella apretando los labios.

—Vamos pues.

Serpentearon dando saltitos por la linde del pueblo. La zona fantasma no era más que una antigua fábrica textil junto a otra de papel. Aquellos edificios habían quedado en desuso, uno por la industria y el otro por una nueva construcción más grande y moderna.

La vegetación se había abierto paso por grietas, ventanales y puertas. Parte del techado se había hundido y las goteras de los días lluviosos habían creado surcos como ríos en paredes y suelos, dándole pinceladas onduladas y oscuras.

Aparte de alguna que otra máquina antigua, armarios con papeles inservibles y otras pertenencias que habían dejado atrás hacía años, no había nada.

Las ratas, alguna de ellas grandes como gatos, subían del río y construían sus nidos en aquel refugio natural amparándolas de los peligros del cielo abierto.

—¿Quieres uno? —preguntó Teo sacándose un paquete de cigarrillos del bolsillo.

—Pe-pero —tartamudeó Félix—, ¿de dónde lo has sacado?

—Mi padre tiene tantos paquetes que ni se entera si pierde alguno. —Sonrió satisfecho—. ¿Acaso crees que solo le van los puros?

—Yo nunca he fumado… —Félix agachó la cabeza y un ligero rubor rojizo le pintó las mejillas.

—No tienes por qué hacerlo. —Berta le puso una mano en el hombro y le dio un par de golpecitos—. Es una tontería para tontos.

—¡Tú sí que eres tonta! —Se abalanzó Teo con furia.

—Cuando quieras miramos las notas de clase y vemos quién es el tonto aquí. ¿Te apetece?

A pesar de que Berta era un año y medio más joven que Teo, la verdad era que sus notas brillaban como estrellas. Cada trimestre era el ejemplo a seguir, el fruto del trabajo y la niñita de los ojos de sus padres. «Para trabajar en la fábrica no necesitas dieces», terminaban diciéndole a él pasando de la rabia al conformismo.

—Venga —dijo Félix cortando y apaciguando la discusión, al tiempo que alargaba el brazo—, dame uno.

—¡Ese es mi primo!

Félix se puso el cigarrillo en los labios y aspiró cuando Teo le acercó la cerilla prendida.

El sabor del tabaco se le revolvió en la garganta, y los pulmones parecían batallar para expulsar aquel humo intruso. Le siguió un espasmo de tos seca. Casi podía imaginarse los canelones saliéndole por la boca. Su cabeza daba vueltas como el tiovivo, pero para nada era tan divertido.

Teo se rio de nuevo. Esta vez más fuerte y poniéndose rojo como un tomate.

Mientras Félix trataba de mantener la compostura le dio una nueva calada. Fue mala idea. El sabor le escoció los ojos y sintió que casi expulsa un pulmón de tanto toser.

Al final, tomó la decisión correcta y lo tiró en un charco de agua sucia y embarrada. El sonido al apagarse formó una columna de humo que ascendió hasta disolverse en el aire. Casi al mismo tiempo, Félix se sintió mejor.

* * *

El día fue divertido.

Tras fumarse el cigarrillo en la destartalada fábrica, recorrieron el caminito hasta el río. Allí tiraron piedras al agua, asustando a las grandes carpas que se veían en el cristalino líquido.

Anduvieron por la orilla y cruzaron un par de veces el puente de hierro colgante que amenazaba con caerse de un momento a otro. Luego, atravesando una zona espesa de árboles y zarzas que Félix denominaba «el bosque encantado», llegaron al cementerio municipal.

Se colaron en el interior y jugaron a escuchar a los que habían sido enterrados. Ponían las orejas en el frío mármol tallado e intentaban escuchar sus lamentos.

De regreso al pueblo, las calles ya se estaban llenando. Bueno, llenar no sería la palabra correcta. La verdad es que en el pueblo no había tantos habitantes como ni siquiera para llenar la playa Mayor. El caso es que el aumento de movimiento era evidente. Hombres, mujeres y niños arreglados con sus mejores galas se dirigían a la plaza donde la orquesta empezaba a animar el ambiente.

La primera parada que hicieron los chicos fue en el tiro. Coger una escopeta de balines y darles a las pelotas de colores era el sinónimo de ser un adulto, un hombre de verdad. Uno ya era mayor y podía sentir el poder en sus manos. Pero incluso en esto, Berta superó en puntuación a su hermano y a su primo.

—Sería más divertido ir a darle a esos peces que hemos visto en el río. —Teo fingió desinterés al conocer las puntuaciones.

—Mi padre tiene una en casa —dijo Félix y se arrepintió enseguida.

—Vamos a cogerla y nos cargamos a unos cuantos pájaros —Teo se animó de nuevo.

—Ni hablar —sentenció Berta. Menos mal, Félix no quería y no hubiera sabido cómo negarse, pero ella sí tenía una idea—. ¿Quieres que no volvamos más? Seguro que ya nos estarán buscando en el baile.

—Aguafiestas. —Le sacó la lengua.

—Lo que tú digas. —Hizo una caída de ojos con levantamiento de cejas como las actrices de cine—. ¡Vamos!

Al pasar por la churrería se hicieron con unos bastoncitos de algodón de azúcar.

En el baile se lo pasaron en grande, tanto ellos como sus padres. Los hombres en la barra levantando el codo bebiendo vino o vete tú a saber qué, las mujeres moviéndose al son de la música y los jóvenes correteando entre las parejas.

Por la noche, cuando todos dormían, Félix se tuvo que levantar para orinar. No le gustaba hacerlo por la noche ya que era durante esas horas de silencio cuando las historias de terror, los monstruos y los seres horripilantes cobraban vida. Era arriesgarse a que te coman o mearse encima.

Corrió por el pasillo hasta el lavabo con la esperanza de que todas aquellas leyendas fueran una mentira y él no se convirtiera en una historia más que contaran en un futuro.

Mientras jugaba a hacer caer un trozo de papel del váter con el chorro, sonrió. Le gustaba que la casa estuviera animada. Sus primos eran diferentes a ellos, pero incluso con esas divergencias se llevaban bien y daban una vida variada al hogar.

De regreso a su habitación, que compartía con Berta y Teo, el mal olor que había sentido durante la comida, le golpeó las fosas nasales de nuevo.

Se detuvo sin pensar en la amenaza que suponía la oscuridad.

Estaba frente al dormitorio de sus tíos y la puerta estaba entreabierta.

Se acercó de puntillas. Sentía el frío del suelo helándole los pies descalzos. ¿Cuántas veces le había dicho su madre que debía ponerse las zapatillas?

Se asomó a la habitación conteniendo el aliento, sin atreverse a parpadear y con los latidos galopándole en las orejas.

Entonces lo vio por primera vez.

Sus tíos estaban tumbados en la cama boca arriba. Inmóviles. Solo el subir y bajar de sus respiraciones en el pecho.

Pero en él. En su tío. Una fina neblina le salía por la boca abierta y la nariz. «Tiene la consistencia como serían los fantasmas», pensó. ¿Y si lo era? ¿Podía un fantasma ser lo que veía?

Entonces, el hedor del mediodía se hizo más fuerte y su tío profirió un gruñido gutural que lo arrancó del suelo. Salió disparado hacia la habitación, se metió debajo de la colcha y las mantas e intentó olvidar el tema.

Por la mañana no dijo nada a nadie. No quería que pensaran que se estaba volviendo loco. O, quizá, dirían que había sido causado por el exceso de azúcar. «¿Y que no me dejen tomar más Coca-Cola?», pensó. ¡Y un cuerno!

Fuera como fuere, al día siguiente, y tras un copioso almuerzo en el que Félix apenas comió, se despidieron de ellos hasta el próximo reencuentro.

—Cuando volvamos te traeré tu Varon Dandy, Félix. —Le señaló desde la ventanilla del coche—. Solo entonces serás un hombre de verdad. —Y le guiñó un ojo.

Por suerte para Félix, su tío nunca le compró la apestosa colonia. Por desgracia para él, no fue por no haberse acordado.

Ese mismo día por la tarde, cuando ya estaban en Barcelona, su tío empezó a encontrarse mal. Les dijeron que lo devolvía todo. Que pensaron que el exceso de comida y bebida de los días de fiesta le estaban pasando factura. Sin embargo, ingresó en Urgencias del hospital y en menos de cuarenta y ocho horas había fallecido.

Cáncer de pulmón. Eso dijeron. Muy violento, muy dañino, muy agresivo e incurable. Se le había apoderado de los pulmones en tiempo récord. Efectos del tabaco y las sustancias que llevaba ese pequeño canuto.

Entonces lo supo. Félix supo que algo en su interior no iba del todo bien. ¿Era posible que el hedor que había olido fuese debido al

cáncer? ¿Se lo podía preguntar a alguien? No. Se calló y olvidó el tema. Aunque nunca más volvió a fumarse un cigarrillo.

21

Cinco semanas antes

Cala d'Or, Mallorca

—Dani Dee —Akane alza la voz como si su marido no la hubiera escuchado ya—. Estoy de los nervios y tú… sigues adelante a pesar de lo que se ve en la televisión.

«Y esto no es nada», piensa él.

—¿Piensas decirme algo o no?

Estaba tan furiosa que Dani no podía seguir ignorándola por más tiempo.

—¿Sabes que también es una situación difícil para mí?

No mira a su mujer. Sus palabras son susurros que se arrastran con la cabeza bajada y los hombros caídos.

Akane se acerca a él, le pasa el brazo por los hombros y le da un beso.

—Discúlpame, cariño. No debí decir eso. Sé que para ti también es duro todo esto, pero… me siento perdida sin saber qué va a ocurrir.

Él levanta la cabeza y le planta un beso a su mujer en el mentón.

—Es mejor así. Cuanto menos sepáis, mejores momentos podréis pasar.

—No se trata de eso, Dani. Además, la incertidumbre me provoca ansiedad y un estado de nerviosismo que no me deja pensar en nada más.

—Por eso mismo no quiero que veáis las noticias, los reportajes ni las opiniones de esos pseudoprofesionales que salen a diario.

—Pero… somos jóvenes. No podemos tirar la toalla sin más.

—Es la realidad, mi amor. El virus no es ninguna broma. ¿No recuerdas lo que ocurrió con el SARS-Cov-19? —Los ojos de Dani parecen contener el peso del planeta entero; están enrojecidos, cansados, tristes—. Nadie hizo caso y en cuanto se levantaron las restricciones…

—Pero Tokio está cerrado. Lleva en cuarentena desde que salimos del país.

Asiente.

—He aquí el primer error.

—¿Cómo dices?

—Que logramos salir.

El aire se vuelve cada vez más denso.

—Los protocolos de seguridad fueron demasiado lentos y no se contuvo la fuga a tiempo. Además, nadie ha intentado localizarnos. Aunque estoy seguro de que saben que estamos aquí.

—No, no, no. No pueden saberlo. Nos hubiesen detenido, ¿no?

—Tienen todas nuestras propiedades en sus registros. Por eso insistí tanto en que Villa Sa Dragonera no saliera relacionada con nuestros nombres.

Dani se levanta del escritorio y se dirige a la caja fuerte, escondida detrás de un cuadro al óleo que muestra un navío en alta mar.

Mete la combinación en el teclado numérico. El sonido reverbera en la estancia. Luego pone el dedo en el sensor de huellas dactilares y acerca el ojo al lector de retina.

—Cada vez que oigo el sonido de la caja me da escalofríos. —Akane se abriga con los brazos a pesar de que no hace frío.

—Es lunes —añade Dani como si eso lo explicara todo—. Nos están esperando.

Akane niega con la cabeza.

—¿Estás seguro de que no hay alternativa?

—No la hay. Lo siento.

A Dani le cuesta respirar. Siente una presión en el pecho y unas punzantes agujas en su interior cada vez que respira. Se esfuerza para mantenerse en pie sin mostrar que está peor.

Akane se acurruca a Dani con su brazo. Sabe que podría ser una de las últimas veces que lo pueda hacer.

Al salir del despacho y andar hasta el salón general, el tiempo se dilata. Parece que el pasillo se ha alargado y que al andar solo recorren escasos centímetros.

Al llegar, los hijos de José y Antonia están sentados a la mesa toqueteando las pantallas de sus teléfonos.

—Marc. Isabel. Los señores han llegado.

Los jóvenes se levantan y sonríen.

—Podéis sentaros —dice Akane—. Y vosotros también.

—¿Quiere que vaya a buscar a Eiji, señora? —Antonia se apresura en ofrecerse.

—No será necesario, Antonia. Gracias. Preferimos que descanse. Aún es pronto y así podremos hablar sin tapujos.

—Como desee —dice asintiendo y se sienta en la silla.

Cuando los cinco están a la mesa, Dani les cuenta los detalles de la situación y pone las cartas encima de la mesa en cuanto a los planes que les acontece.

—Así que es cierto —dice Marc—. Y también lo es que uno de nuestros padres debe morir.

Dani lo mira con fijeza. La mirada del chico, en cambio, salta de sus padres a Dani y Akane.

—¡Marc! —gruñe José—. Ya te he dicho que a los señores debes hablarles con respeto.

—No te preocupes, José —calma Dani, restándole importancia a la actitud del chico—. Marc e Isabel pueden expresar sus dudas y recelos. No hay problema.

—Es que… lo veo injusto. Quiero decir… a que uno deba quedarse sin vacuna, sin posibilidades de sobrevivir a lo que sea que está atacando al mundo.

Dani sonríe.

—Te comprendo, Marc. Y sé que es difícil de comprender. Que hay ciertas decisiones difíciles y complicadas, pero lo que ninguno sabe de los que están ahora mismo en esta sala, es que esa opción de dejar a alguien sin posibilidades, ya no existe.

—¡¿Qué?! —exclaman todos al unísono.

—Dejadme que os explique que el contenido del vial agrietado parece que no ha sido dañado del todo. —Dani asiente a José y este le devuelve el gesto con una leve sonrisa.

—Pero… ¿por qué no me lo dijiste? —inquiere Akane.

—Era una sorpresa que me apetecía compartir en este momento. Nada más.

—¡Oh, gracias a Dios! —Se santigua Antonia.

—Lo cierto es que durante esta semana he intentado salvar las propiedades de la vacuna. Me ha costado, pero creo haberlo logrado. Solo podré estar seguro en cuanto llevemos las dos dosis completas.

—¡Excelente!

El nerviosismo que había imperado en la villa durante las últimas semanas y, en concreto, desde que se supo la existencia del virus y de la vacuna experimental, había sido reemplazado por una cierta alegría. En apariencia, era como si hubiesen acertado la combinación ganadora de los Euromillones.

Dani Dee se centra en la caja metálica que tiene delante. Las voces del resto parecen haber quedado relegadas a un segundo plano. Amortiguadas por una capa que los silencia, que les ha bajado el volumen y que se mueven, incluso, a cámara lenta.

Pero Dani Dee sabe que no es verdad. Sabe que eso es una aparente sensación que ha ejercido su mente sobre sus sentidos. ¿Por? Porque él tiene otras cosas que le ocupan el pensamiento racional.

—Vamos, Dee. —La voz de su mujer lo hace regresar a la sala—. Empecemos cuanto antes.

Él asiente.

Los viales reflejan la luz de la estancia. Dos de ellos de cristal con un líquido lechoso en el interior, y el tercero, plateado y opaco. Imposible ver el contenido.

—Por favor —dice Dani—, tended los brazos y comencemos.

Obedecen.

La imagen es inquietante. Por un instante, Dani cree estar ante los integrantes de una secta que se preparan para que él, el líder, les corte las venas de los antebrazos, y, así, llevarlos al paraíso.

Coge el primer vial de cristal y administra las dosis; primero a Akane, luego a Antonia, a Isabel y a Marc. Teniendo mucho cuidado en tomar la medida exacta. Luego, con el metálico, repite la operación con él y José.

Desecha las agujas y las jeringuillas, y guarda los viales.

—Gracias, señor. —Antonia está llorando—. Muchísimas gracias.

José la abraza.

—Nada que agradecer, Antonia. Sois nuestra familia. Qué menos puedo hacer.

—Gracias —dicen Isabel y Marc también.

Dani sonríe, pero sus ojos están tristes.

—Ahora solo debemos esperar a que el sistema inmunitario empiece a trabajar. Y en una semana nos pondremos la segunda y última dosis.

—¡Bien! —Marc hace un gesto de triunfo con el brazo.

22

En ese mismo instante

Manhattan, Nueva York

Había un detalle que marcaba la diferencia y Helen Houston lo sabía.

En esta profesión solo podías ser dos cosas: un cordero o un lobo. O te comían o eras comido.

Sí, cuando acabó la carrera de Periodismo también pensaba que sería diferente, que cambiaría algo en el asqueroso mundo y que, de alguna manera, su nombre sería sinónimo de honestidad.

Ahora, trabajando sin descanso para una de las productoras más importantes del país, ya sabía lo equivocada e ingenua que había sido.

Vale, era un puesto de reportera de calle en *Vanity Heart*, y la reconocerían en todos los Estados Unidos. Y, sí, gozaba de cierto prestigio, pero seguía siendo un trabajo de serie B en un programa de cotilleos y poco más.

Tampoco era que el sueldo fuese un problema. Al contrario, una cifra de cinco dígitos a fin de mes le daba para bastantes caprichos y lujos al alcance de pocos. Lograr un sueldo así la había hecho perder parte de los escrúpulos y las barreras que antes proclamaba con tanta rigidez.

—¡Oh, nena! —murmulló el hombre—. Eres una diosa.

Como ahora mismo. De rodillas ante un gordo y apestoso informático.

—Tú sí que eres un dios, Aquiles.

No era su nombre verdadero. Como todo buen *hacker* tenía su oportuno alias.

—Dime —dice Helen poniéndose muy encogida al lado de él en el raído sofá—, ¿sabemos algo más?

—Nena, yo lo sé todo.

—Ya te digo yo que eres el mejor. Cuéntame.

Se acurruca a él y le da un masaje en el pecho desnudo dibujando círculos entre los pelos que lo tapizan todo.

—Pues, verás, Inglaterra ya ha tomado cartas en el asunto y ha

ordenado el cierre de las fronteras.

—¿Qué? En redacción no tenemos constancia.

—Ni la tendréis hasta mañana. Todo está en la *darknet* nena. Los líderes de Europa están temblando ante la amenaza del nuevo virus de Japón, que ya han sido puestos en una cuarentena absoluta.

—Preventiva, ¿no? Después del fiasco hace dos años…

—Nada más lejos de la realidad, bombón. Esto no es lo que se dice.

—Entonces, ¿qué dice Europa al respecto?

—Bruselas ha intentado calmar los ánimos, pero tras la pandemia de la covid, que aún está bien activa por mucho que quieran hacer creer a todos que está controlada, y el *brexit*, que los dejó con el culo al aire… solo les faltaba esto.

Las paradas al hablar ponen a Helen de los nervios. Se muerde el labio inferior y le aprieta como un mozo a una mula.

—Y tú sabes que…

—El nuevo virus es una amenaza muy fuerte y tras el cierre de Inglaterra llegarán las limitaciones en toda Europa, que ya tiene infectados en cada uno de sus países. Y, por si no fuera poco, hay un dato incluso peor.

—Me tienes en ascuas, Aquiles.

—¿Recuerdas la última cumbre mundial sobre el cambio climático?

Helen asiente. Fue hace menos de una semana. «¿Cómo no iba a recordarlo, tarugo?», piensa.

—Bien, más de la mitad de ellos están enfermos.

—¿Los asistentes?

—Los líderes mundiales. Incluso nuestro presidente Joe Biden. Creen que no lo superará.

Houston se ha quedado muda. Las implicaciones, no solo políticas, de una nueva pandemia a nivel mundial van a ser catastróficas. Nadie quiere volver a los cierres masivos, al aislamiento. La humanidad quieren ser cerdos; comer sin parar y, al final, con la venda en los ojos, que los conduzcan al matadero. Un sacrificio en toda regla. O una eutanasia camuflada.

—Han surgido grupos que se están preparando para sobrevivir a lo que viene. —Aquiles se rasca la frente—. De verdad que no hemos vivido nada igual. En los vídeos que se han registrado en China, Japón, Italia o África, todo parece como casos aislados e inocentes, casi divertidos y anecdóticos. Pero es tras unas horas que se hace evidente la gravedad del asunto.

—Es una noticia bomba —articula Helen sin poder esconder el entusiasmo que le ha provocado.

—Por eso mismo te lo he dicho, bombón. La población debe estar alerta y prepararse para sobrevivir al apocalipsis real. La covid fue un mero aperitivo.

Helen Houston se despega de Aquiles y se incorpora en el sofá. No tiene tiempo para asquearse de lo que ha hecho ni de a quién se lo ha hecho. Hay cosas más importantes en las que pensar.

—¿A dónde vas? —pregunta él, apoyando el peso de su tronco con el brazo—. Aquí estarás segura y protegida. Además, puedes escribir la noticia y mandarla por correo electrónico.

—Estaba pensando en una aparición en directo en el programa —dice mientras se abrocha los vaqueros.

—¿Crees que te dejarán? ¿Que te creerán?

—Pásame uno de los vídeos que corren en Internet, esa que está oculta.

—Está bien —asiente—. Te lo envío. Pero prométeme que volverás aquí en cuanto hayas cumplido tu cometido.

Helen ya está en la puerta con la mano congelada en el pomo.

—Por supuesto que volveré —miente. «Y una mierda así de gorda, cabrón», piensa. Se gira y le lanza un beso. Luego, añade—: Ocúpate de que el vídeo sea de calidad. Luego nos vemos.

—Chao, bombón.

—Chao, mi dios. —«Chao, bola de sebo», es lo que piensa en realidad.

Y cierra de un portazo.

En ese instante, amortiguado por el golpe de la puerta de madera, un estornudo hace eco en la habitación.

23

Ahora

Hospital Comarcal, Aurora.

—¿Ves cómo te mentía, Félix? —preguntó el niño con cara de satisfacción.

—Estoy sin palabras la verdad.

—Es curioso que tengamos esta habilidad, ¿verdad, Félix? Somos como los superhéroes de los cómics; habilidades especiales para salvar a los indefensos.

Félix no lo tenía del todo claro. ¿Una habilidad de héroe? ¿Para qué? ¿Acaso podrían proteger a la humanidad con ese olfato ultrasensible? «Más bien al contrario», le dijo una voz en su cabeza. La gente no lo creerá, pensará que era un loco fanático del apocalipsis o, incluso, le tendrían saltando de programa en programa como a tantos reporteros que se atrevían a sacar a la luz temas prohibidos.

—De verdad crees que podemos hacer algo, Carlitos —no fue una pregunta. Su tono, débil y cansado, transmitía cierto grado de decepción.

—Yo lo conseguí. Mi hermano está bien.

Y tenía razón. Pero una cosa es salvar a un chaval y la otra muy diferente salvar a la humanidad.

—No lo tengo tan claro.

—¿Por qué? —preguntó desilusionado.

—Hace unas semanas que se habla de un nuevo virus y se están tomando las medidas oportunas. Si nosotros decimos que… olemos la enfermedad.

—¡Es la verdad! —responde enojado.

—Y no digo que no lo sea. Pero otra cosa es que nos crean o, directamente, nos tomen por locos en busca de un minuto de gloria.

—¡Carlitos! —Es la madre del chico, que lo llama desde el final de la bajada. Cuando se percata de Félix, le lanza un «hola» vocalizando con los labios y un gran aspaviento.

El chico arranca a correr hacia ella mientras dice:

—Haré lo que pueda.

—Yo también lo haré, Carlitos.

* * *

Un rato después, Félix salió del supermercado con el carrito cargado hasta los topes de alimentos no perecederos.

Se ha sentido bastante estúpido. Teniendo en cuenta que hace meses que nadie lleva mascarillas y él no se la había quitado en ningún momento dentro del local. Lo miraban como a un bicho raro. Igual que en su época de estudiante, el primer día de instituto…

Introdujo las bolsas en el maletero, devolvió el carro a la fila más cercana, recogió la moneda y regresó al coche.

Al llegar a casa se dio cuenta de que su cabeza no había cesado de dar vueltas a un asunto: la posible heroicidad que mencionó Carlitos. Félix no lo veía así. Él recordó un documental de la BBC en el que hablaban del instinto de algunos animales que podían oler la enfermedad y la muerte en sí.

Se trataba de una mejora evolutiva que permitía a dichas especies guarecerse de los individuos enfermos. Los repudiaban y obligaban a abandonar la manada. Ni tan siquiera acababan con su vida. Lo echaban y punto. El enfermo moría solo y sin posibilidad de contagiar a nadie más, y la comunidad podía seguir con toda normalidad con sus vidas, asegurándose de que no iban a enfermar.

¿Era lo que estaba ocurriéndole a él y a Carlitos?

¿Era una teoría descabellada?

No. La evolución humana había estado estancada durante miles de años. En lugar de adaptarnos al medio, nosotros adaptamos el medio a nosotros. Era muy posible que, de un modo aleatorio, surgieran estas pequeñas mutaciones. En caso de satisfacer al rebaño, se multiplicarían terminando por convertirse en una característica más de la especie. Y en caso contrario se extinguiría sin más.

Aparcó y fue entrando la compra, colocándola encima de la isla de la cocina al tiempo que su mente navegaba por el océano incierto que se extendía frente a él y en todas direcciones.

—¡Pero… Félix! —Marta le dio un susto de muerte.

—¿Quieres matarme o qué? —repuso él llevándose una mano al corazón.

Marta estaba apoyada en el marco de la puerta de la cocina, detrás de ella, las escaleras que llevaban al primer piso.

—No es mi intención, pero ¿vamos a dar una fiesta o qué?

—Nunca debemos desaprovechar una ocasión.

—En eso estoy de acuerdo, Félix. Pero ¿era necesario acaparar con todo esto? —Su brazo hizo un movimiento que abarcaba toda la

cocina, de punta a punta. Félix sonrió.

—Pareces un torero capeando al toro, cariño.

Ambos se rieron y Marta se abalanzó sobre él para darle un beso en los labios.

—Ahora en serio. Dime, ¿por qué todo esto?

Félix asintió.

—Está bien. Siéntate un momento.

24

Hace cuatro semanas

Cala D'or, Mallorca

La semana había transcurrido con cierta normalidad entre ellos. Dani Dee, Akane y Eiji disfrutaron del inusual clima chapoteando en la piscina. Era climatizada y eso también ayudaba a sentirla tan placentera.

Habían probado en un par de ocasiones meterse en el mar, pero su temperatura sí que había descendido a lo habitual en diciembre, así que solo anduvieron por la orilla haciendo el burro con la arena y recogiendo conchas.

Los hijos de José y Antonia habían dejado sus clases asistenciales achacando que estaban indispuestos por un cuadro vírico estomacal, y seguían *online* para no perder el ritmo. Por su parte, los padres estaban más que entusiasmados al tenerlos ahí durante tantas horas y más, viendo cómo enfermaba el mundo.

—Tienes mala cara, Dee. —Akane se inclina y besa la frente de su marido—. Y estás ardiendo.

—¡Nah! Nada que no arreglen un par de pastillas.

Dani se sienta en la cama, abre el cajón de la mesilla y recoge la caja metálica. En el interior de esta, varios compartimentos con píldoras de distinto tamaño y color.

Vacía dos compartimentos y se lleva las cápsulas a la boca. Da un buche del botellín de agua de la mesilla y se las traga.

—Hace días que sé que has aumentado la dosis —le dice Akane.

—Tranquila, cielo. Sé lo que me hago.

—Y eso me pone más inquieta.

Él se gira, la mira con los ojos húmedos y enrojecidos.

—Me da mucho miedo perderte, mi amor.

—Nunca me perderás.

—No bromees, Dee. No soy tonta.

—Me disculpo si te lo ha parecido. No era mi intención.

—¿Puedes contarme la verdad?

Dani se queda mudo.

—Creo que lo merezco, Dee. Para bien o para mal, sabré llevar el peso de lo que implique.

—Es que…

—Sabes que tengo razón. Al igual que sé, por mucho que me lo niegues, que no había dosis para todos. Y no haces más que mentirme.

—No, no, no. —Se abalanza sobre Akane y le coge la cabeza con las dos manos—. No te miento, mi amor. Es solo que quiero protegerte. No sabemos cómo evolucionará ni a qué nos enfrentaremos.

—Por eso mismo, Dee. ¿Acaso no es motivo suficiente para que conozca todos los detalles? Hoy nos pondrás la segunda dosis de la vacuna experimental y quiero saber la verdad. Toda la verdad.

Dani Dee no dice nada. Está sopesando el peso de las palabras de su mujer. Tan joven y llena de vida. Tan joven y con tanto que cargar.

Al final asiente.

—Te lo contaré. —Su voz es un murmullo—. Aunque cambie tu percepción de mí para siempre.

Akane no responde con palabras. Le da un beso, y, luego, unos golpecitos a su lado en la cama. Él se sienta al lado de ella y entrelazan sus manos con los dedos.

—Durante la Segunda Guerra Mundial, y con la entrada en escena del Tercer Reich de Hitler, se probó y experimentó con múltiples armas y demás artilugios mágicos.

—¿Hitler? ¿Qué tiene que ver?

Dani sigue relatando sin responder directamente a Akane.

—Era bien conocida la obsesión del canciller alemán hacia temas esotéricos y místicos, y las pruebas que llevó a cabo durante décadas. Fue tal dicha obcecación que, incluso hoy día, se cree que la caída del Imperio nazi tuvo un componente oscuro.

»Fuera por un motivo u otro, uno de los archivos secretos, recuperados en su archivo personal, databa del siglo XVI, en él hablaba de la creación de un gólem, un ser creado con barro para proteger a la ciudad. Lo cierto es que incluso la Biblia nos habla de un caso similar y concreto acerca de la creación de vida a partir de materia inanimada.

—¿Significa que el virus es una creación mágica, Dee? Esto no puedo creerlo.

—El trabajo de investigación en el que estaba inmerso tenía como objetivo dar ciertas facultades inexistentes en ellos. Por ejemplo: poder distinguir entre razas.

—¡Es una abominación!

Dani Dee asiente.

—Lo es. Y no solo le dimos esa facultad. Encontramos textos antiguos, tratados de magia en los que se usaban ciertas palabras de poder para crear el gólem. —Dani mira a su mujer por primera vez—.

Imagina una creación con la que atacar a ciertas partes de la población sin que los soldados deban desplazarse al lugar ni el peligro a perder la vida que supondría para ellos.

—Pero no justifica los hechos, Dee. Sigue siendo una aberración, un genocidio. Es espantoso.

—Y lo peor es que creímos poder controlarlo. Los laboratorios son propiedad estadounidense y, aunque estén asentados en Tokio, tenemos sucursales en todos los países y el secretismo es absoluto. —Hace una pausa. Piensa en lo que debe decir a continuación. Que suene menos duro—. En la cepa original se introdujo un gen asiático específico. De esta manera, ante una posible fuga, solo afectaría a esa población.

—¡Por Dios, Dee! —exclama Akane—. Solo afectaría a millones de personas…, yo entre ellas… y Eiji…

—Por eso estaban las píldoras experimentales y la vacuna. Para minimizar daños colaterales.

—¿Eso somos, Dee? ¿Daños colaterales?

—Ese no es el problema, Akane. Tan pronto se creó el virus, este no era lo suficiente agresivo ni duradero. Prácticamente, ni siquiera se multiplicaba. Con lo cual, probamos a grabar en su ARN las palabras mágicas que dieron vida a la figura de barro, el gólem.

—Y funcionó.

—Peor aún. El virus empezó a mostrar un crecimiento inusual, una agresividad extrema y un poder… sobrenatural que no se detenía ante nada. Al contrario, a cada límite se crecía, aprendía y era mejor.

Akane está pálida y un temblor se ha apoderado de su labio inferior.

—¿Me estás diciendo que lo «sobrenatural» es real?

—Me temo que sí.

—Tú, que jamás has creído en nada que no fuese demostrable con pruebas científicas, ¿me dices que ahora crees en ello?

—Es más que creer o no. Tiene un poder palpable. Pudimos ver cómo rezumaba incluso en una simple placa de Petri.

—¡Es horrible! ¡Monstruoso! Las consecuencias serán terribles…

—Lo sé, cielo. Atacó rápidamente a todo el equipo y fue imposible de contener.

—¿De verdad crees que tenemos alguna posibilidad con la vacuna? ¿O es un engaño más?

—No puedo estar seguro, ya te lo dije. Pero sigue siendo nuestra mejor baza.

—Aparte del dolor en el brazo y algún que otro ligero escalofrío, no me he sentido nada extraña. Eiji, José, Antonia y sus hijos tampoco parecen… distintos.

—Puede ser una buena señal no tener síntomas graves o puede ser

malo. No tengo ni idea. Lo ideal sería que adquirieseis una inmunidad total, pero eso lo sabremos cuando os expongáis directamente al virus. Que será tarde o temprano.

—¿Has dicho «os expongáis»? ¿Acaso no esperas estar en nuestro futuro cercano?

—Me encantaría… aunque no puedo estar seguro.

—Los medicamentos… La vacuna…

—Han frenado su reproducción, pero me temo que no tengo nada que hacer contra él.

—¡Dani Dee! —exclama Akane juntando las cejas en una—. ¡Ni se te ocurra pensar de ese modo! ¿Entendido?

No le queda otra.

—Entendido, jefa.

—Algo habrá que hacer, alguien sabrá cómo hacerlo.

—En nada no podrán contener la información y se desatará el caos.

Unos golpes en la puerta cortan la conversación.

—Adelante —dice Dani.

Es José quien asoma sin terminar de entrar.

—Disculpen, señores. Es la hora que dijo y estamos listos.

—Gracias, amigo —responde con aparente calma—. Dadnos unos minutos.

25

Hace tres semanas

Plató de *Vanity Heart*, Manhattan, Nueva York.

A Helen le había costado tanto llegar hasta allí que creía imposible tener que dinamitar su carrera con tan solo pisar la cima.

Ella se había habituado a saltar de cama en cama y de coche en coche, con tal de conseguir una exclusiva de algún famosillo o que algún jefazo la enchufase en un mejor lugar. Y así fue trotando entre canales, productoras y demás.

Su reputación no estaba dañada ni nada. No al menos por los demás, quienes actuaban con total normalidad ante ella. Muy distinto de cómo se veía ella misma. Siempre había odiado a ese tipo de mujer que logra un ascenso por dejarse rozar la cadera, el contorno de un pecho o calmando las calenturas de sus superiores. Sí, ella se sentía mal por todo. Su afán había crecido al igual que esa carcoma en su corazón. Y ahora que había logrado dejar de ser una mera reportera de calle a aposentarse en el plató de *Vanity Heart*, su espalda se había erguido todavía más. Y su mentón retocado, su nariz retocada, y todos los arreglos que se había hecho, parecían lucir, al fin, por el propósito que fueron creados.

Un silencio se impone en el plató a la orden de una sola voz.

—¡En el aire en… tres… dos… uno… dentro!

—Bienvenidos un día más al programa que destapa las vergüenzas ajenas y pone encima de la mesa los temas más radiantes y de rabiosa actualidad.

Es Gerarld Porter, el gran y cotizado presentador, que durante los últimos veinte años, dirigía el programa y parte de la cadena, de la cual era accionista. Martina Price, Jessica Jones, Rif Ryan, Lee Chen y Samir Kufrat formaban el exitoso equipo de Porter. Ahora con la incursión de la promesa Helen Houston, con un apartado de cotilleos misteriosos.

Tras las presentaciones formales y una sección de «Pillados infraganti» subida de tono, tocaba el turno de Houston.

—Y ahora la nueva sección que pidieron nuestros telespectadores, «Mystery Affair», conducido por la radiante nueva incorporación al

equipo, Helen Houston. Démosle un caluroso aplauso de bienvenida.

El público asistente aplaude y vitorea.

—Muchas gracias, Gerald. —Sonríe con ojos radiantes—. Gracias a todos.

—Un placer tenerte entre nosotros, Helen —añade Gerald—. Un pajarillo me ha dicho que nos traes una noticia bomba que revolucionará a la audiencia. ¿Es eso cierto?

—Así es. Y no solo a la audiencia, Gerald. Es muy posible que, en unas horas, se convierta en *trending topic* en el mundo entero.

Gerald da un silbido, abre mucho los ojos y añade:

—¡Señoras y señores! ¡Helen Houston, la audiencia es tuya!

Una repentina corriente de aire helado planea por el plató y se enrosca a la cintura de Helen. Esta se pone rígida al helársele el espinazo y se le pone el vello de punta.

¿Arrepentimiento? No. ¿Miedo? Tal vez. ¿Saber que miles de personas están pendientes de ella? Sí.

Ha llegado la hora.

Un ligero asentimiento a Porter, gira la cabeza y fija los ojos en la cámara frente a ella con mirada helada. Y va directa al grano sin leer el teleprónter.

—La información que están a punto de conocer está contrastada por miembros específicos de uno de los equipos de intervención. Nadie les ha contado la verdad sobre lo que se nos viene encima. Repito: ¡Nadie!

El público asistente aplaude efusivo.

«Ignorantes», piensa ella. Deberían sentir terror y no emoción.

—Todo lo que han oído y se les ha dicho sobre la, en teoría, nueva y más agresiva mutación del COVID-SARS-19, es mentira. —El público se silencia al momento y el realizador levanta los hombros y manos en gesto de confusión ante la asombrada mirada de Porter, con cara de circunstancias—. El virus, queridos espectadores, va mucho más allá de lo que hayamos conocido nunca antes. Y la evidencia que nadie podrá rebatir es que se trata de un fenómeno que nada tiene que ver con el calentamiento global u otras teorías naturales a las que nos han avasallado en distintas ocasiones.

»Ahora mismo, somos testigos de una catástrofe a nivel mundial que cambiará nuestra sociedad tal y como la conocemos. Las leyes que rigen el orden mundial tambalearán y aumentarán el caos.

Porter, visiblemente nervioso y con la frente perlada, forma unas tijeras con los dedos índice y corazón, y los abre y cierra. El jefe técnico asiente y teclea en un aparato. Helen Houston sigue hablando.

—La información que tienen sobre el origen del fin es falsa. Las autoridades se han espabilado en hacernos creer que se debe a una mutación y cruce de especies en un mercado de China, en Wuhan,

concretamente y para variar. —Toma aire y hace una pausa para evidenciar su tono sarcástico—. Y la verdad es muy, muy distinta.

Houston es consciente del ajetreo que se ha formado detrás de las cámaras. Están todos de un lado a otro, tecleando, intentando mover las cámaras e, incluso, estirando el cableado para cortar la electricidad. No le queda mucho tiempo. Espera que Aquiles esté logrando hacer su trabajo.

—Detrás de su creación se esconde la superpoderosa élite estadounidense en un nuevo intento de creación de arma biológica. Su trabajo se ha diseminado en distintos laboratorios secretos alrededor del mundo. Y es en Japón, donde seguro no recuerdan la explosión e incendio de unos laboratorios situados en el centro de Tokio porque se vetó toda información. Pero para los que siguen pensando que esto es una broma, tenemos la declaración de alguien que estuvo allí. Alguien que prefiere guardar el anonimato, pero su moral ha hecho querernos avisar.

Helen sonríe para sus adentros. Es una rememoración. Lo único bueno que ha sacado de su poca o nula capacidad de hacerse valer. De dejar los escrúpulos por una oportunidad.

—Adelante, Aquiles. —Asiente a cámara. La orden paraliza de nuevo al equipo. Se miran unos a otros. ¿Quién es Aquiles? Están perdidos.

Luego, un pitido, seguido de una música de tensión, acapara todos los ojos hacia las pantallas que hay en el plató.

Multitud de imágenes de enfermos abarrotando los hospitales, sus aceras y jardines, colas inmensas en los centros sanitarios. Luego van apareciendo símbolos religiosos; la cruz cristiana, el crismón y el *ichthys* de los cristianos. El símbolo del creciente y estrella, el *rub el hizb*, pertenecientes al islam. La estrella de David, la menorá o el chai, en representación del judaísmo. El om, rostros de hombres y mujeres con el bindi pintado en la frente, o el *padma*, para los símbolos de hinduismo. El *khanda*, que es la mezcla creada entre el hinduismo y el islam, formado por tres armas que representan distintos aspectos de Dios. Luego es el turno del budismo, con su rueda del *dharma*, los ojos de Buda y el nudo infinito. Y termina con el símbolo del bahaísmo.

Entonces, los símbolos religiosos se expanden formando un círculo en la pantalla y aparece un hombre, o una mujer, con el rostro cubierto por una máscara de pico —como las usadas por los médicos medievales para luchar contra la peste negra— y un gorro también negro.

Una voz grave, evidentemente distorsionada, empieza a hablar.

«El virus es una mutación creada por la unión del virus común de la gripe con características procedentes del de la viruela. Este segundo, y dado que la enfermedad se considera extinta desde hace décadas, es el

punto más importante que hará comprender a la población a qué nos enfrentamos. Cualquier persona puede tirar de los datos anteriores que forman parte de la historia.

»Ahora, y a diferencia de lo que los humanos han debido luchar por sobrevivir ante estas amenazas naturales, nos vemos, sin lugar a dudas, forzados a recorrer un camino que nosotros mismos hemos construido.

»Mi nombre no es importante. Sí lo es que soy uno de los especialistas en biotecnología que ha creado a nuestro enemigo más terrible. Escondido bajo el amparo gubernamental de los Estados Unidos de América y de su presidente como arma de defensa, el virus se creó en el extranjero, mi sucursal la de Japón, con el fin de, en caso de liberación accidental, culpar a dicho país.

»Y así está ocurriendo. Mientras los países se disputan la culpabilidad y minimizan la información hacia la población, el virus se ha abierto paso, con enorme rapidez, entre países. Nuestra globalidad es nuestro talón de Aquiles, y la soberbia como especie, nuestro fin.

»Es por ello que he decidido advertirles de que este es un peligro real. ¿Recuerdan las protecciones y recomendaciones durante la pandemia de la covid-19? Esta vez es peor. Deberán ser más estrictos. China se ha blindado y llevan semanas encerrados en sus domicilios. El suministro de agua y comida a los residentes se realiza de manera automática por robots creados para tal uso. Las calles desérticas y las medidas de contención extremas siguen siendo una duda, pero es lo mejor que podemos hacer.

»Otros Estados y países lo han visto como una posibilidad de expansión, de crecimiento para ganar mercado al gigante asiático. La verdad es que, si no logramos entre todos frenar la expansión, llegaremos a un punto de no retorno y esto no sería bueno para nadie.

»No tenemos tiempo para vacunas, ni fármacos que nos defiendan. Solo hemos podido experimentar con…

La imagen se retuerce y un ruido blanco ocupa las palabras del supuesto doctor.

»…aunque no tenemos la certeza… fun… el… y todos…».

La pantalla se vuelve negra. Y con ella, las de todos los aparatos que en ese momento retransmiten el evento en directo.

26

Hace dos semanas

Cala d'Or, Mallorca, España.

Dani está sentado a la mesa de su despacho mordiéndose las uñas. Un vicio que llevaba años sin mostrar ya que si estás todo el día entre gérmenes y patógenos, lo menos lógico es llevarse los dedos a la boca.

La foto que se hicieron durante el viaje a Tailandia, cuando su hijo aún era un mocoso controlable, le tuerce el rostro con una forma similar a una sonrisa. Sus ojos enrojecidos y cansados por la fiebre, que cada día va en aumento, chispean con un brillo mortecino.

Sabe que los fármacos no funcionarán durante mucho tiempo. «¡Qué más da!», se grita a sí mismo. Y tiene razón en pensarlo. Durante las pruebas en los laboratorios no lograron hacerle frente y, mucho menos, controlar su capacidad de mutar, de aprender, de hacerse más y más fuerte.

Recuerda el baño en las aguas cristalinas de Maya Bay, la playa más preciosa que jamás había visto. Solamente en sueños, uno podía hacerse a la idea de lo paradisíaca e ideal que era. Akane fue la que dio la idea de ir allí de vacaciones. Dijo que la pequeña isla, que se encontraba dentro del archipiélago de islas de Koh Phi Phi, en Tailandia, debían visitarla antes de que Eiji fuera adolescente y no quisiera acompañarlos.

Dani se rio ante la ocurrencia de su esposa, pero, igualmente, planearon el viaje. Luego descubriría que allí fue donde se rodó la película *The Beach*, protagonizada por un joven Leonardo DiCaprio en el año dos mil.

«Tú siempre querías hacer planes», piensa. «Siempre pensando en dejar huella todos juntos».

La puerta del despacho se abre y le da un vuelco el corazón.

—Dani, cielo. —Es Akane. Asoma la cabeza y espera el asentimiento de su marido. Él se lo da. Luego, cierra la puerta con suavidad, y, casi como si estuviese levitando por la estancia, se desliza hacia él.

—Buenos días. —Le da un beso en la frente—. Estás caliente. ¿Has logrado dormir algo? ¿Cómo te sientes?

Él la envuelve con sus brazos.

—Buenos días, amor. Dormir lo he hecho poco. Dadas las circunstancias… Pero estoy bien —miente—. Mejor de lo esperado.

—Se te ve cansado. ¿Te has tomado la temperatura?

—Claro —miente de nuevo—. No llega a treinta y siete y medio. Nada que deba preocuparnos. —«Es el momento de cambiar de tema», piensa. O estará perdido.

—A ti se te ve estupenda, cielo. ¿Ninguna reacción?

Niega con la cabeza.

—Nada. Sí que me siento un poco… extraña. Es como si mis músculos pesaran cada vez menos. Es muy curioso.

—Lo es. Pero mejor que una reacción fuerte. Significa que lo estás asimilando bien y que tu sistema inmune se adapta correctamente. ¿Y Eiji?

—Enfadado, Dee. Sigue molesto.

—Lo entiendo —dice él entristecido—. Supongo que lo superará con el tiempo y… se dará cuenta de que, a pesar de la decisión, era lo mejor para todos.

—Es un crío, Dani Dee. Él no sabe por qué su padre no puede quedarse con nosotros. Yo pienso igual.

—Ya lo hablamos en su día, cielo. Es lo mejor para todos. Yo ya me condené en esos laboratorios.

—Ya, pero…

—Lo raro es que aún no esté imposibilitado en cama, retorciéndome de dolor y desapareciendo de vuestras vidas.

Una lágrima baja por la mejilla de Akane.

—Por eso nos cuesta tanto aceptarlo, Dee. Si tu cuerpo lucha y sigue un camino diferente, ¿quién puede negar que la vacuna funcionara contigo?

—No hay modo de saberlo, amor.

—No…, pero…

Un sonido procedente de su ordenador corta la conversación. Es una videollamada.

Ambos no se dicen nada hasta que termina de sonar el aviso.

—¿Es el hombre del *podcast* o la chica, la reportera?

Akane coge la máscara de encima del escritorio.

—Me da tanto repelús… —Pasa los dedos por el cuero negro recorriendo los contornos del pico.

Dani se cubre la cabeza con un pasamontañas negro que esconde su precioso cabello. Akane le da la máscara y se la coloca. Luego, el sombrero negro, termina con el avatar perfecto.

—Es necesario para guardar el anonimato y… protegeros a

vosotros.

A Akane se le pone el vello de punta.

—Desde que la reportera americana del *Vanity affair* habló del virus y difundió tu mensaje, el mundo está en cólera. Entró en pánico.

—Sabía que era peligroso, cielo. Pero ahora saben a qué se enfrentan. Tienen una posibilidad de sobrevivir.

—¿Y no tienes miedo de que te encuentren?

—No. Yo ya estoy muerto. —Se arrepiente al mismo instante en el que salen las palabras de su boca. Un silencio. Luego, añade—: Y vosotros no tenéis de qué preocuparos. Las conexiones se hacen a través de servidores espejo imposibles de rastrear.

—Bueno…, me fiaré de ti. Como siempre.

«Llamada entrante». El sonido les corta de nuevo y sus ojos terminan de hablar. Akane se agacha y ambos se besan en los labios.

27

Hace dos semanas

Podcast: La nave del misterio

«Bienvenidos todos, mis queridos navegantes.

La negativa a dar una información clara por parte de los representantes políticos no ha hecho más que acrecentar las ansias por conocer la verdad y, con el mensaje del doctor Muerte, que así ha apodado el público al hombre tras revelar la situación actual en el mundo.

Hoy, en *La nave del misterio*, nos acompaña ni más ni menos que el mismísimo doctor Muerte.

Antes de nada, quiero advertir a todos nuestros navegantes y oyentes que el audio que van a escuchar es total y absolutamente real.

Sin más dilación, démosle al *play*.

—Antes de nada, muchas gracias por concedernos unos minutos, doctor Muerte.

Silencio.

—La audiencia es suya.

—Mi mensaje es claro y conciso. Y es para todos aquellos que se tomen esto en serio. El mundo está en grave peligro. El virus avanza a pasos de gigante y en pocas semanas habrá infectado a millones.

»Les pido que no cunda el pánico, pero que sigan las instrucciones al pie de la letra si quieren tener una oportunidad de ganar la batalla.

»En primer lugar, antes de salir de sus casas, protéjanse la nariz y boca con una mascarilla homologada. Deben proveerse de comida no perecedera, agua embotellada, medicamentos y velas por si hay fallos en el suministro eléctrico.

»Tengan contacto con el mínimo de individuos y diríjanse a sus hogares de nuevo.

»Es de vital importancia que no vuelvan a salir bajo ningún concepto en semanas. No tengo certeza de cuándo será seguro de nuevo salir al exterior y retomar el contacto con las demás personas. Con lo cual, olvídense de sus vecinos, familiares y conocidos.

»Si tenemos suerte, en pocas semanas, se reducirá drásticamente el

número de infectados y remitirá poco a poco el peligro. Recuerden que, a pesar de lo que les han dicho las autoridades, ustedes tienen la prueba de que no pueden fiarse de nadie. La antigua covid-19 no se ha extinguido ni controlado. Sigue provocando una ingente cantidad de fallecidos cada semana por más que quieran que creamos en la inmunidad de grupo y que llevamos ganando la batalla. Es mentira. El virus sigue mutando y llevándose por delante a todo el que puede.

»La situación, ahora, es mucho peor.

»Les imploro que sigan las instrucciones y se confinen aunque sus Gobiernos lo nieguen. Es su única posibilidad de salir de esta con vida.

»Muchas gracias y mucha suerte».

28

Ahora

Aurora, España.

Félix había andado como uno de esos zombis que salían en las películas. Su mente se había quedado estancada pensando en la revelación del pequeño Carlitos y en su frase al despedirse. «Ya nos veremos cuando no quede nadie más que nosotros», le había dicho.

Era tan de fantasía y ficción que no se hacía a la idea de lo que podía representar para él, para su mujer, para su mundo o para todos. A fin de cuentas, afectaba a nivel mundial.

Pasó por delante de un parque; su zona infantil con columpios, tobogán y artilugios giratorios. Una extensa zona verde de césped cuidado y arbolado. Era un día frío, pero no por ello la gente dejaba de salir.

Se detuvo y, sentándose en un banco de madera sin dejar de mirar a las personas y críos que tenía delante, se fijó en sus bocas.

Pequeñas partículas salían de ellas. De todas ellas. Cualquier otro día lo habría considerado la condensación del aire caliente saliendo de los pulmones al frío exterior. Ahora no. Los veía como la exhalación premonitoria de algo mayor, de sus afectaciones, de sus enfermedades, de lo que les quedaba de vida.

Su mente le hizo sentir el dulzor de las manzanas al pudrirse, el tostado del caramelo quemándose. Incluso el pestilente y tamizado azufre o el hedor calcinado de ceniza.

Sacó el móvil de su bolsillo y buscó en las noticias. Nada hacía pensar que se enfrentaban a un holocausto de proporciones nunca vistas. Nada, excepto por la reportera que saltó a la fama por las extremas advertencias y luego desapareció del mapa. Nada, excepto por el *podcast* de *La nave del misterio,* que seguía alimentando a sus millones de seguidores, que no cesaba de aumentar, con conspiraciones gubernamentales e invasiones a la carta.

Escuchó con atención cada entrada, cada advertencia y cada nuevo complot. Fue justo, en ese instante, cuando recordó que alguien había

hablado de los olores, del olor de la muerte.

Fue pasando los momentos y *flashes* hasta encontrarlo. Y tomó más consciencia de lo que se explicaba.

¿Era posible que él fuese una muestra de veracidad ante aquellas afirmaciones? Pues sí. De algún modo que no llegaba a entender, sus receptores olfatorios habían cambiado. Igual que su visión le permitía ver el olor en forma de vaho. Igual que al niño del hospital. Carlitos lo llevaba mejor que él. Quizá la inconsciencia frente al miedo de lo que suponía un cambio tan grande. O quizá también se tratara de que su mente, aún en desarrollo, estaba abierta a esos mismos nuevos cambios.

Al rato, se levantó y retomó el camino a su casa.

¿Debía contarle a Marta qué le sucedía?

«¿Y qué me sucede?», se preguntó.

«Sí, claro. Mira, puedo ver un vapor que sale de las personas y, según el olor que percibo, consigo detectar si están enfermos o algo así».

«Ah, me olvidaba. He conocido a un niño y me ha dicho que él también puede hacerlo y es una especie de poder. De don».

Menudo saco de dudas estaba hecho Félix. No debería ser tan complicado confiar en ella. Habían pasado mucho juntos. Y, de momento, incluso con lo jóvenes que eran, lo habían superado.

Se armó de valor y al levantarse fue como si se le recargaran las pilas con una energía nueva y poderosa. Era la confianza. Un sentimiento que se habían prometido desde que se conocieron hacía ya… lo que parecía una eternidad. Pero los había mantenido unidos. Sí. No hay nada como poder contar con el apoyo de alguien, aunque no siempre entendiera a la perfección lo que aquejaba el alma del otro.

Llegó a la calle en la que vivía con una ligera sonrisa en los labios que se le desdibujó al momento. Una furgoneta amarilla de emergencias estaba rodeada por un grupo de personas concentradas en la acera, frente a la casa número veintitrés. La suya.

Se abalanzó hacia adelante y se puso a la carrera. Como en aquellos momentos críticos de las películas, Félix sintió cómo deceleraba, cómo sus pasos eran cada vez más y más lentos, eternos y fatigosos, pesados.

Los murmullos y las voces de los allí presentes, sus vecinos y amigos, llegaban amortiguados a sus oídos. Ni siquiera el policía que le puso los brazos por delante tenía voz. Supuso que él repetía: «Mi mujer. Mi mujer». No estaba seguro ni de eso.

Su olfato le llamó la atención.

Una mezcla de hedores se arremolinaba alrededor del bullicio de personas. Su instinto le pedía correr en dirección contraria. No mirar atrás. Alejarse del pueblo tanto como pudiera.

En ese instante, vio como los técnicos de emergencias sacaban una camilla con Marta tumbada en ella. Su largo cabello le caía a un lado. La boca y rostro cubierto por una máscara de oxígeno, supuso. Inerte. Pero no muerta. Félix rompió el bloqueo del policía. «¡Es mi mujer!», gritó. Y este, un hombre corpulento de mirada gélida, se hizo a un lado comprendiendo la desesperación de él.

Unos pasos. Ya estaba a su lado. Sí, tenía el rostro cubierto por una máscara de oxígeno. Abrió los ojos con dificultad… Lo miró. ¿Lo veía? Sí. Sonrió… Félix le cogió la mano, la acarició.

—Estoy aquí, cielo. Te pondrás bien.

Pero ¿qué le sucedía? ¿Cómo era capaz de calmarla sin siquiera saber lo que tenía?

El fino hilo vaporoso que salía por las aberturas de la máscara de plástico. Eso congeló a Félix. Lo clavó al suelo como si miles de anclas vararan un barco en el mar.

Olía a… una almizclada y pestilente mezcla que había percibido antes. «¿Dónde lo he olido?», se preguntaba.

Entonces, como si un rayo le entrara por la cabeza y le recorriera las entrañas, lo recordó con toda claridad; el olor de Toño, el marido de Carmelita, cuando lo visitó en el box del hospital. Incluso a ella, cuando la habían llevado en coche, se lo había olido.

«¿Es… es el virus?».

Los técnicos la cargaron en la gran furgoneta amarilla. Sus luces, rojas y azules, tiñéndolo todo. Ahora, el amasijo de metal le parecía un monstruo que se tragaba a su amor para siempre.

—Se ha desplomado. —Félix se sobresaltó al oír la voz tras de sí—. Se ha desplomado.

Se giró como pudo y solo entonces fue consciente de que era Carmelita, la anciana vecina.

—¿Qué… qué ha ocurrido? —preguntó con un hilo de voz. Más pendiente del vaho que le salía a la anciana de la nariz y la boca.

—Hemos estado hablando. Un poco de todo y de nada. No sé… Y de golpe… —Se cubrió la boca con las manos como si así fuese más fácil de decir—. Se ha desmayado, Félix. Pensé que había muerto.

Surcos como ríos le bajaron por las mejillas. Félix le dio un abrazo contrito y aguantó la respiración. El hedor a manzana que emanaba de Carmelita parecía invadirla entera.

—¿Ha hecho algo? —preguntó él—. ¿Un esfuerzo? ¿Ha dicho algo antes de desplomarse?

Ella negaba con la cabeza.

—No, no. Ha sido como mi Antonio, Félix. Se ha derrumbado igual que lo hizo él.

Las neuronas de Félix trabajaban a la velocidad de la luz.

—Por lo menos Toño ya está en casa, Carmelita. Si a Marta le ha

ocurrido lo mismo, en nada estará bien.

Ella se puso más pálida de lo que ya estaba. Por un momento, Félix pensó que era un fantasma, un espectro que la había poseído.

—No… —murmulló ella.

—No, ¿qué?

—Que Antonio no está en casa, Félix. Por lo visto tuvo algún tipo de complicación. O una alteración. No lo sé.

—Pero si parecía perfectamente cuando le vimos… Si iban a darle el alta…

—No sé nada más, Félix. Dijeron que debían llevárselo enseguida para hacerle algo, o no sé qué a Barcelona. Dijeron que fuese a casa y esperara. Que ya me llamarían en cuanto tuviesen un diagnóstico. Por eso estaba con Marta. Suerte que estaba con Marta…

Explotó en un llanto desgarrador.

Félix quería abrazarla, pero ya casi habían cerrado las puertas traseras de la ambulancia.

—Gracias, Carmelita —le expresó con unos golpecitos en el hombro. Luego se dio media vuelta y antes de salir corriendo le dijo —: Vaya a casa. La llamaré en cuanto sepa algo.

Ella asintió.

—¿Puedo ir con ustedes? —preguntó al técnico—. Soy su marido.

Él lo miró debatiéndose interiormente. La normativa lo prohibía ahora, tras la pandemia que había azotado al mundo. Pero había algo en los ojos de Félix que ablandó el corazón del hombre.

—De acuerdo —asintió—. ¡Vamos, suba!

29

Hace un mes

Residencia Miyamoto, Tokio

Sakura Miyamoto está acostumbrada a ver situaciones difíciles. Complicadas. A tratar a enfermos altamente contagiosos. Y en muchísimas más situaciones se ha visto afectada por esos mismos bichitos invisibles.

Ha pasado las dos últimas semanas retorciéndose en la cama por los dolores musculares, los calambrazos en las articulaciones y, puede que lo peor de todo, el martilleo constante en su cabeza. Un golpeteo. Plam. Plam. Que podía oírlo y sentirlo.

Había seguido de cerca las informaciones emitidas en televisión. Patrañas. Sí. Patrañas y mentiras. Nadie parecía saber nada del virus. Por lo menos, no en público. Y nada de lo que se decía parecía diferente a la anterior pandemia que había sufrido el país.

Distancia. Mascarillas. Lavado a conciencia de manos.

Y, en último caso, si presentabas síntomas, confinamiento total en casa.

Patrañas y mentiras.

Ella lo sabe porque lo ha visto de primera mano. Pacientes y más pacientes amontonándose sin ningún tipo de medida sanitaria en pasillos, en el suelo del exterior del hospital. Tirados sin más. Sanitarios desbordados. Exhaustos. Sin fuerza ni aliento para seguir recibiéndolos.

Mientras, en televisión, llamadas a la calma. Situaciones bajo control. Imágenes de tranquilidad.

Patrañas y mentiras.

Luego se infectaron los profesionales. La saturación del sistema era total. ¿Qué podían hacer? Nada. Solo enfermar y pedir a un dios cualquiera que sus defensas invisibles resistieran al enemigo.

Inútil.

Todo era inútil.

Sakura Miyamoto cayó justo antes de la tercera parte de la

evolución.

Se contagió cuando una de las mujeres, llorando y con el rostro rojo debido a la temperatura, le tosió. Sakura sintió algo clavándose en su ojo derecho. Una minúscula partícula de saliva. Minúscula, sí. Pero con suficiente carga viral para dar el pistoletazo de salida al proceso de ataque, de conquista.

Ahora, con el cuerpo encharcado, se lamentaba de no haber sido más lista, más precavida.

Se da la vuelta. Los huesos crujen. Se retuercen y la hacen temblar. Ella es una luchadora. Siempre lo ha sido. Ha corrido maratones. Ha practicado deportes de riesgo. Así que se lo toma como aquella vez que, encaramada a la pared rocosa vertical, se colgaba aprovechando cada grieta por pequeña que esta fuese para poder subir hasta la cima.

Apoya una mano y flexiona el brazo.

Apoya la otra y se prepara.

Pasa la pierna por encima de la otra y le da un tirón cuando esta toca el acolchado futón.

De rodillas. Su aliento va más rápido, y, sin embargo, les llega menos oxígeno a los pulmones. Se impulsa adelante caminando a gatas. Se apoya en la mesita y, en un impulso, se levanta.

Grita. Un grito de dolor. De cuchillos que se clavan en sus piernas, rodillas, caderas… Todo su atlético cuerpo es un hervidero de tormento.

«¿Cómo puede pasarme esto?», se pregunta. Es joven y deportista. No. Ahora se siente vieja y estropeada.

Dicen que la fuerza de voluntad es capaz de mover montañas. Su montaña es la ventana rectangular por la que entra una luz mortecina y anaranjada.

Sakura mira el reloj digital de la mesita de noche. Sus números parpadeantes son borrosos, bailarines y serpenteantes. Su percepción de la realidad que la envuelve se ha hecho difícil de reconocer. No es capaz de distinguir los dígitos. Los párpados le pesan y quieren cerrarse.

No lo hacen.

Se centra en la montaña.

Su montaña personal.

La ventana.

Un último esfuerzo y se pone en pie. Se tambalea y sus rodillas la amenazan con dejarla caer. Se apoya en la pared. Con la mano, el brazo, el torso.

No oye a los vecinos desde hace días. Es extraño. Las paredes son tan finas que, a veces, parece que vivan juntos. Ella, la pareja de cuarentones y su hija de seis años. Una revoltosa de cuidado.

Pero ahora… solo hay silencio. Incómodo. Antinatural.

Un paso.

Nuevo tirón.

Arrastra el cuerpo por la pared. Es el único modo de avanzar. De lo contrario. Mejor no pensarlo.

Otro paso.

La ventana emite un brillo precioso. O eso le parece a Sakura.

Al llegar, los cansados ojos le regalan una preciosa vista del monte Fuji al fondo. Su color anaranjado, casi carmesí, es precioso y aterrador a la vez.

Corre las cristaleras y el aire entra en contacto con su cabello y lo hace ondear. Siente un repelús debido a la diferencia de temperatura entre su cuerpo y el exterior. Es agradable. Nada molesto.

Se pregunta cuánto tardará su sistema inmune en defenderla.

Toma una gran bocanada de aire e intenta retenerla en su interior.

No puede.

Sus pulmones parecen estar rígidos como las piedras del rocódromo donde practicaba escalada.

Tose.

Libera el contenido de sus pulmones con la garganta ardiéndole. ¿Se le habrá agrietado la laringe? No importa. No ahora. El pensamiento de dar un trago al agua que reposa en el vaso encima de la mesita se le antoja mejor preocupación. Una tarea de regreso casi imposible.

Sin embargo, la mano que la sujeta al alféizar de la ventana resbala. Ella se precipita al exterior y sus costillas se aplastan. El dolor es máximo. Se ha desorientado. Se sujeta con la otra mano y se impulsa. No sabe cómo, pero quizá lo haya hecho mal y se ha impulsado al revés.

Se balancea.

Se retuerce.

Pierde el equilibrio.

La ráfaga de aire le azota el rostro mientras se precipita como un tiesto a la acera.

Sakura no piensa.

Sakura no teme.

Porque, en ese instante que no dura más que unos segundos, la enfermera tiene la imagen del monte Fuji bañado en sangre grabado en su mente.

Una imagen preciosa.

Una imagen perturbadora.

Una imagen que se desdibuja en sus ojos, apagándose hasta perder el brillo de la vida.

30

Hace una semana

Portal *Nave del Misterio*

«Queridos amigos y amantes del misterio y lo sobrenatural.

Desde que publicamos el primer vídeo informando de un incendio en el centro de Tokio y del silencio mostrado por las autoridades al respecto, nuestra flota de reporteros se ha movido sin pestañear.

Las grandes ciudades se están blindando. Se está cerrando el tráfico aéreo y se limita la movilidad.

Las redes están cayendo y la información llega distorsionada.

Unos hablan de un ataque terrorista. Otros de un ataque extraterrestre. Incluso de un intento por doblegar a la población mundial bajo el yugo de un nuevo orden.

Nos quieren callados.

Nos quieren sumisos.

Nuestro informador, el doctor Muerte, no ha vuelto a contactar con nosotros. Creemos que se trata del mismísimo Gobierno que acalla la voz de la verdad, la voz de…

¡Bum!

¡Por todos los demonios del inframundo!

Pasos. Ruidos. Golpes.

Queridos navegantes. Han entrado en nuestra nave. Son…

Crujidos. Algo rompiéndose.

Están aquí…

Otro golpe.

No dejéis que nos silencien.

Un disparo. Otro más.

Sonido blanco.

Fin de la emisión».

31

Hace veinticuatro horas

Cala d'Or, Mallorca, España

Dani ha mantenido en secreto parte del origen de la pandemia a su familia. Por más que le hubiera contado el origen mágico, de nada hubiera servido ser más concreto.

Ahora su cabeza le devuelve al recuerdo de lo que hizo. Al recuerdo del principio del fin.

El gólem. El virus.

Los dos eran uno.

Nadie en los laboratorios era consciente de su ingenuidad. Pensaba que la mitología era cosa de locos, de personas con pocas luces.

Sí. Hitler había dedicado millones de dinero (y de vidas humanas) a la investigación sobrenatural. Entre ellas también al gólem.

Nunca consiguió crear vida a partir de la nada. Del barro o de lo que fuese.

Dani creyó que aquel libro, encontrado durante una visita a Praga, era un mero ensayo sobre el tema. Lo atesoró y se sintió parte de él, como si su alma se hubiera fusionado con aquellas tapas de cuero negro.

La leyenda era un manual extremadamente preciso sobre el gólem. Y cómo crear uno.

Entonces, una noche de verano como cualquiera… las piezas en su mente hicieron clic.

¿Y si grababa el símbolo de la vida del gólem al virus que estaba investigando? ¿Se podría utilizar algo tan pequeñito para crear algo tan grande? ¿Peligroso? ¿Mágico?

No pegó ojo en toda la noche pensando en cómo realizar tal proeza.

A la mañana siguiente, Akane, su mujer, fue la primera en advertir el humor de Dani. Qué iba a imaginar ella lo que le pasaba por la cabeza. La besó con tanta pasión que rememoró su época de noviazgo. Con el fondo de los cerezos en flor. Así que se quedó con la sonrisa más grande y las mejillas más ruborizadas que había tenido en tiempo. El pequeño Eiji les había robado la pasión. Y ese día pareció regresar

de golpe.

Luego fueron los guardas de seguridad del complejo que le dieron los buenos días con un marcado brillo en los ojos. Y los compañeros, que se contagiaron de aquella positividad casi mágica.

Dani Dee se encerró en la C32 para tener la privacidad y las herramientas que le permitirían poner en práctica lo leído en el libro de cuero negro.

La cepa que estudiaban ya era de por sí virulenta. ¡Dios si lo era! Una gripe con trazas de viruela. Nadie era consciente de lo mortal que podía ser la primera. Se había convertido en algo estacional para todos. Como un simple catarro. Pero no. Miles de personas fallecían cada año por «una simple gripe». Y la viruela… simplemente la creían extinguida. Y era cierto en parte. Muchos laboratorios en todo el mundo custodiaban cepas. Por seguridad, decían unos. Un arma biológica, pensaban otros.

Dani se aferró a los aparatos que tenía y usando un láser de alta precisión, grabó los símbolos en el mismísimo genoma. Algo tan pequeño. Tan nimio.

Al principio, pensó que el virus moriría, que sería incapaz de replicarse. Pero se sorprendió ante el crecimiento en un sistema de cultivo celular normal (que son monocapas de células vivas), el único modo de reproducir un virus.

Sin embargo, Dani se dio cuenta de lo que lo diferenciaba de los demás. Su patrón destructivo era mayor. Su inteligencia era mayor. Incluso mostraba cierto grado de estrategia.

Pensó en eliminarlo. ¡Dios si lo pensó! Quemarlo todo. Si algo así se liberaba en el aire…, la humanidad estaría perdida. No era un arma biológica. No. Era un nuevo ser biológico.

Intentó controlarlo. De hecho, en el libro de cuero negro se decía que el creador tenía cierto control hacia su creación. Luego se giró en su contra y lo mató. Pero a él no le sucedería.

Empezó a probar métodos que le permitieran cargarse el gólem vírico si llegaba el momento. Ningún antibiograma pareció obtener resultado alguno. Con lo cual, Dani comenzó a sentir el peso de la conciencia. No quería ser el culpable de una masacre a nivel mundial. Así que tomó la decisión más acertada: eliminarlo.

La cremación de todas las muestras se hizo siguiendo todos los protocolos. El resultado: un amasijo negruzco listo para desechar.

Pero Dani pensó en echarle un ojo al residuo. Y suerte de hacerlo. Bajo el microscopio, y rodeado por una membrana gris platino, el virus se había protegido de una muerte por cremación.

Dani no podía creerlo.

Pero el virus resistió.

Desde entonces, cada prueba, cada nuevo intento fue en vano para

él, pero altamente beneficioso para el pequeño gólem vírico.

Resistía. Aprendía. Mutaba.

Con cada réplica, un poco más fuerte. Mejor.

Entonces, fue consciente de lo que había hecho.

Había dado el pistoletazo de salida a la carrera hacia el fin de la humanidad.

Ahora…

…por lo menos tenía la esperanza de que Akane, Eiji, Antonia, José y sus hijos resistieran. Que sus defensas evolucionaran un paso más.

Dani se sirve un poco de brandi y lo engulle de un trago.

No quiere perder la fe. Resistirán.

32

Ahora

Aurora, España.

Félix volvía a estar en ese lugar incoloro en menos de lo que canta un gallo.

Los vecinos, el chico, los vapores, su mujer… Se sentía como si bajara un río bravo en una barcaza hinchable. Sin control. Agitándose de un lado a otro. Salpicándolo con dolor y amargura.

Félix sabía que debía permanecer al lado de su mujer. Pero la realidad ante sus ojos lo ralentizó.

Una multitud se agolpaba alrededor del gran centro hospitalario. Primero vio los alrededores; en las zonas ajardinadas, en las entradas, en Urgencias… Todos agolpados. Todos tosiendo. Algunos en el suelo. Algunos sin moverse.

El interior era aún peor. Un ir y venir frenético. Caótico. Le privaron la entrada en cuanto los técnicos de la ambulancia, un chico y una chica más jóvenes que él, llegaron a una doble puerta custodiada por tres vigilantes de seguridad fornidos como armarios. Armados. Con las pistolas en la mano. Apuntando al gentío.

—Lo siento, señor —dijo uno de los armarios—. No puede pasar.

—Es mi mujer —exigió Félix como si eso le confiriera un poder especial.

El armario negó.

—No puede pasar.

—Tenemos su número —gritó la chica que apretaba la camilla—. No se preocupe. En cuanto sepamos algo le llamaremos enseguida.

Menudo consuelo.

Menuda mierda.

¿Qué demonios estaba sucediendo?

Félix se apartó del lugar y salió al exterior.

Entre la preocupación y la resignación que le asaltaban la mente, una nueva revelación le hizo tambalear.

Eso era…

…el maldito olor a manzanas.

Sus fosas nasales no percibían ninguna otra fragancia. Ni el olor a bosque. A estiércol de los campos. Solo las malditas manzanas podridas. Tan dulces que le dieron arcadas.

Quería salir de allí antes de…

Vomitó.

Los apretujones no se calmaron hasta que hubo echado hasta el último miligramo de bilis. Le requemó la garganta y, por raro que le pareció, se alegró de percibir el sabor y olor rancio por encima de las manzanas.

Se alzó.

Alrededor de cada persona de las que estaban allí, se mantenía una neblina procedente de sus bocas y narices. Vio, a través de la gran cristalera que iba del suelo al techo, que en el interior el panorama era el mismo.

Personas. Neblina.

Todos olían igual.

Todos olían a manzanas.

Todos olían como su vecino Antonio.

Todos olían como Marta.

Y eso solamente tenía una lectura: estaban afectados por el mismo problema.

«¿Y si ese era el virus del que todos hablaban?», pensó.

Si esto era así…, ¿por qué él no exhalaba aquel vapor extraño? ¿Por qué no desprendía olor a manzanas?

Félix se dejó caer al suelo. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Y lloró agitándose como un bebé. Un llanto agónico y doloroso. Primitivo.

Un llanto que trae consigo la certeza de que todo está perdido.

33

Seis meses después

Tokio

La ciudad había sido pasto de las llamas.

Los edificios calcinados le conferían un aspecto apocalíptico. Alguien diría que era como las brasas tras un fuego en una acampada. Con la diferencia de que aquí eran kilómetros de muerte y ceniza.

El virus, que en un principio pareció estar controlado, se había llevado por delante a millones de personas. Millones de vidas.

La ciudad muerta a los pies del monte Fuji era una mancha oscura, el cáncer del planeta.

En el bloque donde tiempo atrás se cayó Sakura Miyamoto no fue una excepción. Ardió como una caja de cerillas en la que las cerillas eran personas. Personas con vidas, con sueños…

Un movimiento sutil barrió una de las calles levantando una nubecita de polvo.

La sombra se movía grácil saltando los pedruscos, las ruinas y los cadáveres. Fue alejándose hasta las afueras de la ciudad hasta llegar al bosque que crecía impasible a la matanza. Por primera vez en siglos, la vegetación estaba ganando terreno a la humanidad. La que una vez casi la extermina, ahora avanzaba imparable reclamando lo que antaño fue suyo.

La sombra siguió su camino hasta un claro junto al arroyo. Allí, construida con chapa y madera, una pequeña cabaña colorida ofrecía refugio a alguien. La sombra se detuvo y se quitó la capucha que le cubría el rostro.

El destello rojo de sus cabellos al sol era como un amanecer. La chica miró al cielo y cerró los ojos dejándose acariciar por el sol.

De la cabaña salieron dos chicos. El mayor, de pelo oscuro, no tendría más de dieciséis años. El menor, no menos de diez.

La chica se giró hacia ellos y los tres se sentaron en el suelo verde, tapizado y natural. Abrió su mochila y la puso en medio.

Los tres rebuscaron entre las latas de comida hasta encontrar la que

les apetecía. Las abrieron y saciaron el hambre.

Juntos habían pasado unos meses difíciles, imposibles.

Todas las personas de la ciudad habían fallecido. Incluso sus familias.

Se encontraron de casualidad. Y la casualidad les dio coraje para seguir sobreviviendo. Se contaron sus vidas, sus muertes, el olor de la gente y el vapor que salía de ellas. Ninguno de los tres sabía, exactamente, de qué se trataba. Pero sabían, exactamente, de lo que hablaban.

En ese momento se hicieron hermanos.

Se hicieron familia.

Y juntos seguían y seguirían.

Sucediera lo que sucediera no se separarían jamás.

Aurora, España.

Félix se negaba a marcharse.

¿Adónde ir? Esa era su casa. Su hogar.

El día que Marta, su mujer, ingresó en el hospital comarcal, se desató la locura.

Félix recordaba la desesperación ante sus ojos. Cómo se había desplomado ante la visión de la neblina que exhalaban los cuerpos de humanos. Entonces, uno a uno, fueron muriendo.

Las personas sanas se apresuraron en abandonar el pueblo. Ni que otro lugar fuese más seguro. Lo que atacó a la humanidad era algo diferente. No había sido un meteorito. Ni un terremoto.

Lo que durante semanas apareció en las noticias como una cepa, como un nuevo virus, incluso eso, fue una mentira.

Los expertos engañaron a todo el mundo y, quizá ahora, el mundo ya no existiera. O, por lo menos, existía sin humanos.

Todo fue cayendo. La luz. El agua del grifo. Poco a poco los cadáveres se amontonaron en todos los lugares imaginables.

En las camas y sofás de los hogares, en hospitales, aceras, coches… No había lugar libre de la masacre.

Félix entró en el hospital al cabo de unos días.

Mantenía cierta esperanza de encontrar a Marta. De que hubiera sobrevivido igual que él.

Tuvo que pasar por encima de los cadáveres que se amontonaban, no solo en el exterior, sino que también en los pasillos interiores. Y pensar que hacía unos pocos días aquellas personas seguían con sus vidas… Iba entrando en los boxes —Marta entró por Urgencias así que era lógico pensar que la encontraría en uno—, mirando sin querer ver

realmente. Sin perder la fe.

Verla en la cama con la cabeza ladeada, los ojos abiertos y la mandíbula desencajada, lo destruyó por dentro. Un segundo después, lo destruyó por fuera.

Se aferró al cuerpo inerte y frío de su mujer.

La abrazó, besó y susurró palabras de amor.

Sus lágrimas saladas caían en el rostro muerto que había sido tan lleno de gracia y brillo.

Ni siquiera se preocupó del tiempo que estuvo allí. Nadie fue testigo de aquellos momentos terriblemente hermosos y escalofriantes. Amor en estado puro. Muerte en su forma más bella.

Cuando al fin logró reponerse, Félix la alzó, y, en brazos, recorrió el trayecto que lo separaba de su casa. Una vez allí, la tendió en la mesa exterior, donde tantas noches habían cenado bajo un cielo estrellado.

Fue al garaje, apartó la sábana que cubría una de las estanterías del rincón y agarró la pala que utilizaba en invierno para quitar la nieve de la entrada. Con ella, junto al rosal que tantos cuidados y mimos se había llevado de Marta, Félix cavó un hoyo.

Quedó sin aliento pero no se detuvo hasta haber terminado. Tomó un respiro sentándose en el césped, al lado del cuerpo de Marta.

La miraba con una fijación extrema. Esperaba ser capaz de discernir el menor movimiento en su pecho, o un latido por debajo de la piel, en el cuello, en la arteria carótida. Y, aunque seguía sin creerlo del todo, lo que más deseaba era ver una fina columna de humo asomar por la nariz o la boca. La exhalación de la muerte. Así la había llamado en secreto.

La lógica se impuso y no percibió ninguna de las señales.

Entonces, volvió a coger a Marta en brazos y la introdujo en el agujero. Tuvo mucho cuidado en colocar sus piernas rectas, los brazos juntados a la altura del abdomen y los mechones de pelo sin despeinar.

Fue de mucha ayuda que en el hospital no les hubiese dado tiempo a ordenarle que se pusiera una de las típicas batas blancas. Aún llevaba puestos los tejanos azules y la blusa amarilla.

«Eres tan bella», le susurró Félix al oído.

—Te querré siempre, mi amor. Siempre.

Teniendo en cuenta que no se escuchaba ningún otro sonido alrededor, Félix se santiguó como si todo el pueblo estuviera asistiendo al evento, junto a él. Acompañándolo en el doloroso proceso.

Al terminar, colocó tres piedras a modo de tótem entre el rosal y la tierra viva, y enroscó en la pequeña de arriba la cadena que le regaló cuando se prometieron. El símbolo del infinito resplandeció.

Félix entró en la casa y regresó con una botella de champán. Se la

bebió entera. Brindó por ella. Por su amor. Por su nueva realidad.

Aquella noche durmió al raso, junto a Marta. Separados solo por unos centímetros de tierra.

* * *

Fueron muchos los días y las noches en las que se le pasó por la cabeza quitarse la vida. Pero a Félix le faltaba valor. ¿O quizá era sangre fría?

Nunca había llegado a pensar en una vida sin ella. Y ahora se encontraba de golpe con un estado de soledad extrema. Sin ella. Sin nadie.

Ya lo dijo alguien en su día: «Solo cuando una persona se encuentra en el precipicio, es justo entonces, cuando recuerda que tiene alas para volar».

Félix voló.

Las alas por mantenerse con vida eran fuertes y musculosas. Le impulsaron a alimentarse. Primero con lo que había en casa. Luego, asaltando las casas de los vecinos. Más tarde fue al supermercado. Iba cogiendo lo justo. ¿Puede haber alguien más como yo?

«El chico».

Era una voz en su cabeza que lo incitaba a tener esperanza. Él casi lo había olvidado. La voz no.

«¿Recuerdas a Carlitos?».

Claro que lo recordaba. El niño del hospital que le habló del «poder». ¿De qué le servía ahora? Y, ¿qué se suponía que debía hacer?

«Ve a buscarlo».

¿Adónde? Ni siquiera sé dónde vive o si está bien.

«Lo está. Es como tú. ¡Corre! ¡Muévete!».

La voz no era más que su subconsciente alentándole a vivir. A tener fe. A perdurar en el tiempo. Pero le hizo caso.

Los días en soledad eran duros, fríos y cortantes. Pero llenar la mochila de agua embotellada y comida le dio algo que hacer.

Se movió por las calles solitarias y entró en las casas ajenas. Llamándolo de vez en cuando.

«¡Carlitos!».

«¿Carlitos?».

La esperanza fue temperándolo. El frío glacial de los primeros días, cuando todo desapareció, iba siendo reemplazado.

Y un día…

…ardió.

Le pareció un espejismo.

El sonido de hierro contra hierro le llamó la atención.

Anduvo siguiendo el sonido e imaginando lo que podría encontrar

en el origen del mismo. Recorrió la calle hasta asomar a un parque infantil. Sus ojos se le salieron de las cuencas al ver el columpio de un lado a otro. El chirriar de los goznes le pareció lo más hermoso que había escuchado en meses. Quedó tan quieto que podría haber pasado por un arbusto más.

«¿Lo ves, tarugo? Yo tenía razón».

Pero Félix sentía un miedo atroz a que se tratara de una macabra ilusión. Era incapaz de mover un dedo por terror a que no fuese real.

«¿A qué esperas?»

Le hizo caso.

—¿Caaa-Carlitos?

El sonido chirriante de los goznes paró en seco sustituido por un arrastre de tierra. Se levantó una nube de polvo. Y… el chico se giró.

Sus ojos se clavaron en los de Félix, que no se acordaba de respirar. O no quería hacerlo por el pánico a que se esfumara.

En lugar de eso, los oídos de Félix recibieron una respuesta que temía no escuchar jamás.

—¡Félix!

El grito del chico le hizo estallar en llanto. Vio como el chico se lanzaba a la carrera hasta sus brazos. Él no pudo más que abrazarlo y llorar. Qué maravilloso sonaba su nombre con el timbre del niño.

—Sabía que estarías bien —le dijo, también llorando—. Te he estado esperando.

—Yo… No…

A Félix no le salían las palabras. La felicidad que inundaba su cuerpo en ese momento no le permitió hablar. Y desde luego que se moría por decirle cosas a Carlitos. Solo que era incapaz ahora mismo.

—Te lo dije, Félix. —Carlitos sonrió—. Te dije que era un don.

Y quizá lo fuera.

O quizá no.

Ese sería otro de los misterios que rodeaban la evolución de los humanos. Lo que sí era, sin lugar a dudas, era una nueva oportunidad. Un nuevo comienzo. Un libro en blanco listo para escribir la historia en él.

¿Ficción? ¿Historia?

La respuesta no la sabía nadie. La única certeza fue que, desde entonces, Félix y Carlitos no volvieron a separarse. Anduvieron por las calles desiertas, antes atestadas de personas, buscando a otros como ellos. Otros con el don. Con el poder. Con la evolución en sus genes.

Carlitos se lo repetía cada día: «Seguro que hay más superhéroes como nosotros, Félix. Ya lo verás».

«Ya lo verás, tarugo».

Al fin sonreía. Félix tenía algo por lo que luchar y seguir adelante. Una historia que escribir, que relatar. Y así, perdurar en el tiempo.

Cala d'Or, Mallorca.

Atrás quedaron los lamentos y frustraciones. Akane era una mujer afortunada. Y así lo demostraba su sonrisa.

Recordaba el día que Dani Dee la llamó como si fuera ayer. Las prisas, el vuelo, las vacunas, el miedo… Sobre todo, el miedo a no saber qué ocurriría.

Consciente de que su marido les había ofrecido el regalo de la vida con las vacunas, aun a sabiendas de su sacrificio, ella no perdió la esperanza. Lo hizo por ella, por Eiji.

Lo experimental de inyectarte algo que jamás se ha probado es como masticar a ciegas unas hierbas. Uno no sabe si tendrán un efecto sedante, tóxico o beneficioso. Por lo menos hasta que no se hayan testeado.

Y eso habían hecho. Los hijos de Antonia y José, y el propio Eiji, ni siquiera habían sentido malestar. Ni una tos. Ni una fiebre. Ella y los masoveros, sin embargo, sí habían experimentado ciertas molestias típicas y comunes. Décimas de fiebre. Diarrea. Temblores. Boca seca. Nada grave.

Dani Dee les había explicado que «la prueba» consistía en alterar su ADN en origen. Modificando el código genético desde los cimientos del mismo.

No se había hecho antes. Y funcionó.

Durante el proceso, y mientras salía por la isla solo para cubrir sus necesidades en el supermercado, siempre acompañada, fue consciente de que estaban sufriendo una metamorfosis.

La primera vez fue en la caja. Una chica de piel tostada por el sol, labios rojo sangre y ojos sombreados. Iba pasando los productos por el lector.

Pip-pip. Pip-pip.

Akane palideció. Pensó que la cajera vapeaba mientras trabajaba. Le extrañó mucho. Pero sabía que los jóvenes lo hacían y la multitud de sabores a elegir los hacía caer como moscas en una telaraña. Además, el olor dulzón a manzanas, no dejaba lugar a dudas.

La cajera le dijo el precio.

Ella no reaccionó.

—¿Señora? —preguntó—. ¿Se encuentra usted bien?

—Sí, sí. —Akane notó como se le coloreaban las mejillas—. Disculpa.

Sacó el dinero del bolso y pagó. Antonia la ayudó a meter los

productos en las bolsas reutilizables y le dijo:

—¿También lo ve?

La miró sorprendida con los ojos muy abiertos.

—¿Tú?

Se dispusieron a salir.

—Sí, hace unos días que me di cuenta.

—¿Y qué es?

—No lo sé. Pero puedo sentir los olores de las personas.

Era cierto. Y veían un vapor salirles de sus cavidades bucales, de la nariz.

Dani Dee les explicó esa tarde que podía tratarse de un efecto del cambio. Una cualidad mejorada, la llamó él.

Fue extraño y sorprendente. Akane y Antonia jugaron en secreto a adivinar qué significaban los olores de las personas con las que se cruzaban. Tenía cierto grado de diversión.

Luego, con la llegada de los fallecidos, desapareció lo divertido.

Todos olían.

Todos enfermaban.

Todos morían.

Todos… excepto ellos.

A diferencia de Akane y los demás, Dani Dee sí se puso muy mal. La temperatura le llegó a los cuarenta grados centígrados, sudaba como una esponja tras la ducha y deliraba hablando en un idioma inventado.

Akane estuvo a su lado llorando. Sabía que se estaba muriendo mientras ella mejoraba, gracias a él. Se sentía tan culpable y dolida… Sentimientos contradictorios. Con el deseo de cambiarse por su marido. No soportaba esa agonía.

Ahora que habían pasado las semanas, se sentía de maravilla. Más fuerte y vigorosa. Capaz de realizar cualquier tarea, afrontar todos los retos que se le pusieran por delante y volver a cambiar, para mejor.

* * *

Sale al jardín, se envuelve con el albornoz de seda y va andando por el césped en dirección al límite de la propiedad.

Allí, justo donde se corta el color del amanecer por una sombra oscura, Akane piensa en la larga caída al Mediterráneo.

La silueta se intuye fuerte, marcada por unos músculos que aún no puede ver. Hombros, espalda y piernas.

Un paso más y empieza a dibujarse el color. Una camiseta azul celeste, unos pantalones *beige* cortos hasta las rodillas y los pies descalzos.

Otro paso. Akane extiende los brazos hacia la sombra colorida y la

abraza por detrás. Cierra los ojos. Aplasta su cuerpo con el de la sombra e inhala su aroma.

Huele a rosa de Damasco.

Ahora la sombra le acaricia los brazos a ella. Siente un escalofrío. Sus dedos, sus manos, son calientes y agradables.

Akane se desliza por el cuerpo de la sombra que arde. Un bienestar que la posee, la embriaga y tranquiliza.

Solo cuando ha logrado rodear a la sombra, abre los ojos y mira arriba.

La sombra también la mira a ella. Es Dani, con una sonrisita y los ojos brillantes. Akane le recorre el pecho, el cuello y el pelo. Lo siente tan fuerte. Lo huele tan hermoso.

—Soy tan afortunada, mi amor —le dice Akane.

—Los dos lo somos, cielo —responde Dani Dee.

Y, ciertamente, lo son.

Él no se explica cómo sobrevivió. Creyó que podía tratarse de un milagro o de un capricho del destino. Fuera como fuere, lo verdaderamente asombroso es que ahora podían vivir. Y no una vida como la de antes. No. Con necesidades absurdas y nimiedades que atender. No. Ni señales de radio ni de televisión. Todo había desaparecido en un santiamén.

Ahora cada instante contaba. Cada inhalación era especial. Solo estaban ellos y su hijo, los masoveros y sus hijos.

Y así, estaban más que bien.

No pedían más.

Akane se alzó de puntillas y besó a Dani Dee. Recortados por la claridad pastel de un amanecer nuevo.

Una vida nueva que les había sido regalada sin darse cuenta. Una metamorfosis necesaria que, visto en perspectiva, salvó al mundo.

Y lo hizo en lo que dura una exhalación.

FIN?

;)

¿Has disfrutado de esta historia? ¿Quieres recibir información cuando Joan Llensa publique su próximo libro?

¡Sigue al autor en Amazon!

1) Busca el libro que acabas de leer en la web de Amazon.es, en la de tu país de residencia o en la aplicación de Amazon.

2) Dirígete a la página del autor haciendo clic en su nombre

3) Haz clic en el botón «Seguir».

La página del autor también está disponible al escanear este código QR desde tu teléfono móvil.

¡Y comparte tu opinión con otros lectores!

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos y cada uno de los que lleváis aguantándome y a los nuevos que se atreven a caer en esta condena.

Gracias a mi familia, por el apoyo diario y continuo, y por quererme tantísimo.

A Pili, una palabra: *siempre*.

A mis tres hijos, mis tres vidas, lo mejor que me ha pasado en esta vida. *No os cambio por nada. Os quiero por todo*.

A mi padre, un ejemplo a seguir. *Gracias por guiarme incluso ahora que has cruzado al otro lado.*

A mi madre y mi abuela, por cuidarme tanto y tan bien. *Os siento a mi lado todos los días y jamás dejaré de amaros*.

A Pedro Tarancón, por un trabajo excelente con la portada.

A Lorena y Yolanda, de Llyc Correcciones. *¡Qué afortunado soy de haber podido teneros junto a mí una vez más! Gracias.*

A Francesc Miralles, por su amor incondicional y amistad infinita. *Te quiero mucho, amigo*.

A Oscar y su maravillosa mujer e hijas. *Sois un rayo de luz para muchas personas. Entre ellas, yo.*

A Sònia, por estar en las buenas y las que no lo son tanto.

A los *bloggers*, *Instagramers*, grupos de lectura y el largo etcétera que siempre estáis ahí, esperando un nuevo título, recordando mis libros y tratando cada historia con tanto mimo. Gracias. Merecéis estar aquí por todo el trabajo que realizáis y muchas veces no se reconoce lo suficiente. No puedo mencionar a solo unos pocos y dejar a otros fuera. Espero que lo entendáis. Y, sobretodo, que os quede muy claro que tenéis un pedazo muy grande de mi corazón.

Y a ti, lector, lectora, GRACIAS por hacer que esta historia hayan cobrado vida con tu lectura. Deseo de corazón que hayas disfrutado de esta novela y espero que nos reencontremos en la siguiente historia.

Joan Llensa

OTROS títuloS del autor

—

***Thriller* / Novela negra**
La carnicera
Nuestro secreto más oscuro
Serie Irina Pons
1-Primer Padre
2-Segunda Madre (próximamente)

Antología miedos cotidianos
Todo lo que no puedes ver

Histórico / Paranormal
La niña de maíz

Fantasía
Condenados: El secreto de Iris